

EL ESPAÑOL

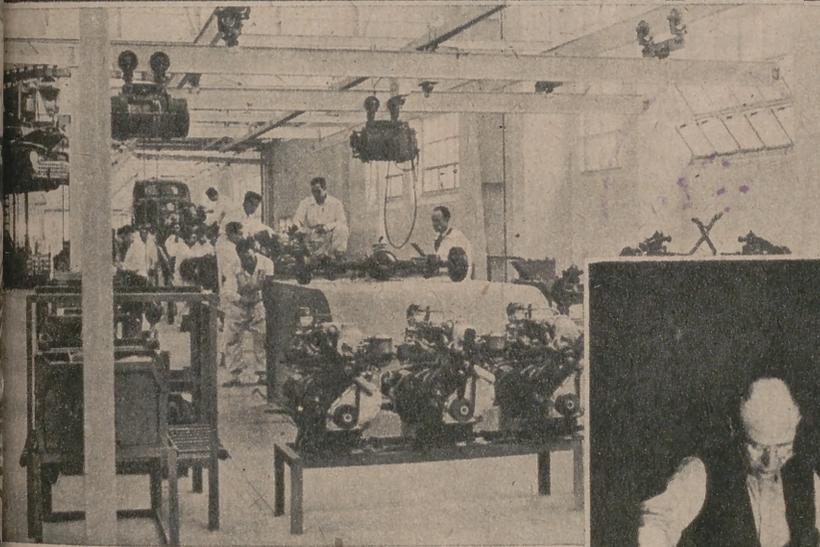
2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 16 - 22 mayo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 285

NO HAY CRISIS

HECHOS Y CIFRAS
FRETE A RUMORES
Y OPINIONES SIN
FUNDAMENTO

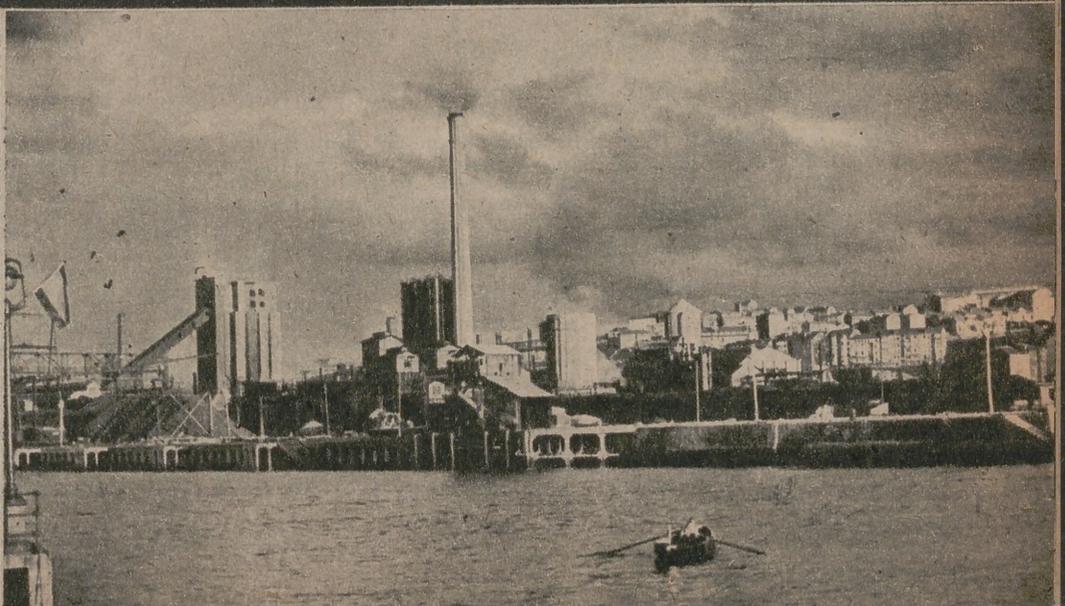


LOS SECRETOS Y LAS
REALIDADES DEL
MERCADO DEL ACERO

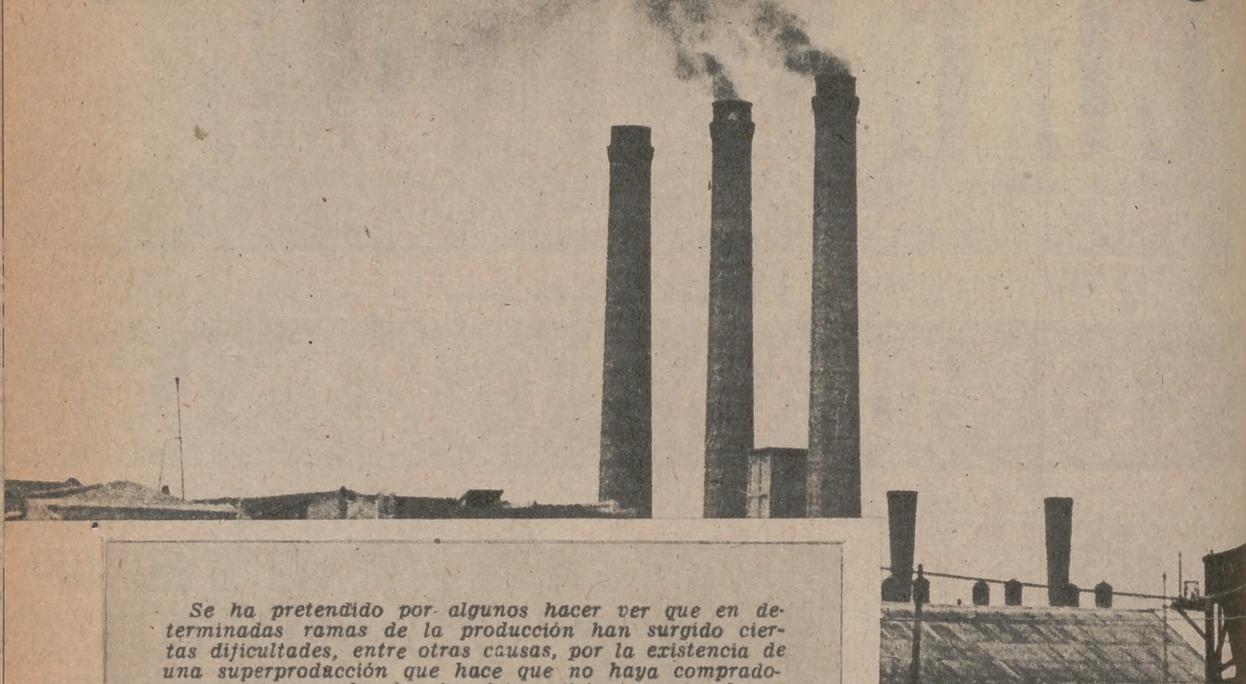
COMO VIVEN HOY LOS ESPAÑOLES Y COMO VIVIRAN EN EL FUTURO

Nada más lejos de la realidad que los rumores de crisis en la industria española. Frente a las noticias falsas que han corrido por algunos sectores de la nación, los numerosos índices elaborados por el Instituto Nacional de Estadística alcanzan hoy un alto nivel sobre el actual estado económico e industrial de España.

EL ESPAÑOL presenta, una por una, las más importantes industrias nacionales. Estas fotografías han sido tomadas en la fábrica de automóviles S. E. A. T., de Barcelona; factoría de Sagunto y altos hornos de Bilbao.



NO HAY CRISIS



Se ha pretendido por algunos hacer ver que en determinadas ramas de la producción han surgido ciertas dificultades, entre otras causas, por la existencia de una superproducción que hace que no haya compradores en el mercado al estar éste suficientemente abastecido o saturado.

Nada más lejos de la realidad. La perspectiva económica de España no puede ser hoy más favorable para todos los sectores industriales o comerciales de la nación. Vencidas las dificultades externas, terminados los periodos anormales de todos conocidos, la producción industrial de España alcanza hoy su más elevado nivel. Los números índices de la producción industrial, elaborados por el Instituto Nacional de Estadística sobre una base científica y absolutamente objetiva, dan 192 como media mensual del año 1953, cifra superior a la media mensual de los años 1948, 1949..., 1952, que fueron de 140, 133, 152, 161 y 185, respectivamente. Aneja a esta producción se encuentra la demanda de dichos productos por parte de la población consumidora, problema relacionado muy de cerca con su nivel de vida. Pues bien, los habitantes de España, en nuestros días, aumentada la renta por habitante, tanto en pesetas nominales como en pesetas de 1929—año tomado como base en todos los cálculos de renta—, poseen nua cada vez más elevada capacidad adquisitiva. Esta capacidad de adquisición, más y mejor distribuida, se deja sentir, por fuerza, en todos los mercados del país. Hay productos en el mercado y posibilidades en los consumidores para adquirirlos. La crisis, pues, no existe. EL ESPAÑOL va a presentar, una por una, las más importantes industrias nacionales con todos sus aspectos de producción, consumo, distribución del producto y demanda del mismo.

Hoy le toca el turno, abriendo la marcha, a la siderurgia.

UNA IDENTIDAD PERFECTA: MAS ACERO, MAS FABRICAS

ES indudable que la producción de acero por habitante es uno de los factores que miden la prosperidad económica de una nación y, por consiguiente, la facilidad o dificultad de vida de sus habitantes. Los Estados Unidos, con sus 553,2 kilogramos de acero producido por habitante y sus 493,8 kilogramos de acero consumido por el mismo concepto, es la nación que marcha a la cabeza de la siderurgia mundial. Rusia, por ejemplo, ocupa el noveno lugar, con 105,2 kilogramos

de acero producido por habitante, estando antes que ella Canadá, Australia, Bélgica-Luxemburgo, Inglaterra, Checoslovaquia, Suecia y Francia.

La industria siderúrgica en España puede decirse que hasta ahora no había recibido ninguna renovación vital ni ningún impulso rotundo por parte del Estado. Al decir la palabra ahora nos referimos al periodo comprendido entre 1939 y 1954.

Los índices de la producción industrial siderúrgica han superado ampliamente la base del año 1929. En el grupo del lingote de hierro la cifra es de 130, en el

de lingote de acero, 104; en el de ferromanganeso, 254; en el de ferrosilicio, 1.121, dando 112 el índice total.

Por estos mismos conceptos, hace cinco años, los números índices correspondientes eran de 100, 84, 130, 639 y 88. Como puede verse, el aumento favorable en la producción, con toda ella más que solicitada por los consumidores, es verdaderamente optimista y económicamente fuerte.

La industria, en general, se basa, más o menos directamente, sobre la industria siderúrgica. La industrialización de España es un hecho palpable y evidente. Cada día, casi en cada esquina, en cada pueblo o en cada región, un nuevo grupo industrial se pone en marcha. Para instalar aquel complejo, para elevar las naves, para poner en funcionamiento la maquinaria y los aparatos especiales, se ha necesitado acero. Cuanto más acero y más hierro se produzcan en el país, más y mejores fábricas podrán ser levantadas sin ayuda de nadie. El crecimiento de los números índices es como el resplandor cada vez más fuerte del faro que guía al barco en medio del temporal, señal firme y segura, amblas, de buena arribada.

LA PRODUCCION SIDERRURGICA ESTA VENDIDA POR MUCHOS AÑOS

España se encuentra actualmente en un proceso de industrialización fortísimo. Cualquiera máquina que se construya, cualquier instalación que se haga, exige una determinada cantidad de hierro.

Una estimación de la demanda de acero, hoy día en España, puede fijarse en la cifra de millón y medio de toneladas al año. Actualmente la producción, con casi toda la capacidad lanzada al máximo de las empresas privadas—no contamos el complejo industrial de Avilés, ya que todavía ni

está en pleno funcionamiento—, es de un poco más de las noventa mil toneladas anuales —904.296 se produjeron en el año pasado—. No obstante, el ritmo de producción de lingote de acero es cada vez mayor, ya que mientras que en febrero de 1953 se habían producido 71.103 toneladas de lingote de acero, en el mismo mes de este año la cifra fué de 76.173 toneladas de lingote de acero producidas.

En estas condiciones, la ausencia de crisis económicas para las empresas privadas es totalmente firme. No hay, en este terreno fiduciario, crisis de ningún género. Hace unos años, cuando las materias primas eran todavía muy escasas, es decir, cuando la desproporción entre demanda y producción era aun más acusada, el equilibrio alcanzado entre producción y consumo fué debido a la existencia de precios de «mercado negro» y gracias también al empleo de sustitutos del hierro y del acero siempre que ha sido técnicamente posible. Hoy, no tan grande la diferencia entre demanda y producción, con ser, sin embargo, de un gran volumen, vienen sosteniéndose por algunas empresas, ocultamente claro está, precios de tal género. Los beneficios, de esta manera, son superiores. Mas con todo, puesta en marcha la Empresa Nacional de Siderurgia de Avilés, de la que luego hablaremos, la producción española de acero está íntegramente vendida durante muchos años todavía.

LOS YACIMIENTOS DE MINERAL DE HIERRO, SIN PELIGRO DE AGOTARSE

Para la producción de acero, dos son los principales elementos con los que ha de contarse: mineral de hierro y chatarra. Tratándose técnicamente por adecuados procedimientos se obtiene lingote de acero.

En España la recuperación de chatarra es escasa. En este aspecto, o sea, en el de obtención de acero a partir de la chatarra, son los Estados Unidos los principales productores. La recuperación de chatarra en Norteamérica es tan elevada que pueden dedicar parte de ella a la exportación. El principal volumen de chatarra en Estados Unidos lo dan los automóviles y los aviones que ya no se usan, bien sea por haberse quedado anticuados o por haberse estropeado en accidente o por el uso excesivo.

En España, pues, se ha de recurrir al mineral de hierro. La gran tradición minera férrea ha estado en los criaderos vizcaínos, con un producto de inmejorable calidad, sobre todo para la aplicación del procedimiento Bessemer. Pero hoy, reducidas las reservas por explotación directa, se ha de recurrir a otros criaderos de la Península. Quiere ello decir que el área de extracción se va ensanchando y que, puesto que las reservas encontradas en nuevos lugares son de un gran volumen, la obtención de mineral de hierro está asegurada y no se presenta, por esta parte, amenaza de crisis alguna.

Para comprobar esta afirmación no hay más que examinar las cifras de producción de mineral de hierro en España y en

Marruecos. En el año 1949 se obtuvieron 1.776.296 toneladas en España y 892.008 en Marruecos. Pasados cuatro años, en 1953, las toneladas de mineral de hierro obtenidas en todos los criaderos de la Península, fueron de casi tres millones: 2.966.248. En Marruecos también ascendió la cifra: 931.152 toneladas.

Casi el cincuenta por ciento de las reservas nacionales de mineral de hierro, que en el año 1925 se estimaban en 880 millones de toneladas, corresponden a los yacimientos de Asturias, León y Galicia. Esta relación en la actualidad es mayor, ya que los yacimientos de Vizcaya, sur de España y Marruecos han sido objeto de explotación regular e intensa, cosa que no ocurrió siempre con los asturianos, gallegos y leoneses.

Por ello, el problema de aumentar la producción de acero esta, principalmente, en la puesta en marcha de nuevas instalaciones. Pero para el desarrollo de esta rama industrial no basta a veces la acción individual de una o varias personas reunidas. Para ejecutar y poner en marcha un gran complejo siderúrgico es necesario una enorme suma de dinero. Se hace precisa entonces la intervención de un elemento mucho más potente que estimule la iniciativa privada con un plan de conjunto coordinado y directo: el Estado.

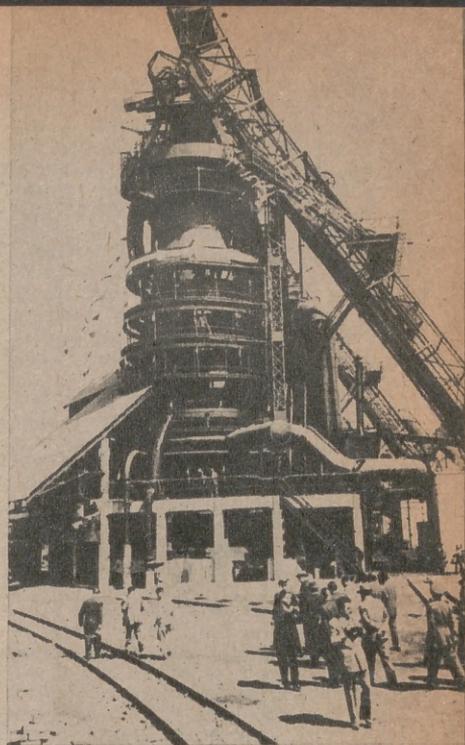
LAS FABRICAS AUMENTAN SUS ALTOS HORNOS

Hasta ahora, la industria siderúrgica española ha venido actuando en un régimen de producción con características algo parecidas a las de un monopolio. Tradicionalmente, debido a su historia y a su trabajo, Altos Hornos de Vizcaya es la empresa más fuerte en la producción de hierro y acero.

De las diez factorías que producen lingote de hierro, A. H. Vizcaya produce ella sola el 80 por 100 del total. De las trece factorías dedicadas a la obtención de acero por el procedimiento Siemens, A. H. Vizcaya produce casi el 60 por 100. De las siete factorías dedicadas a la obtención de acero por el procedimiento Bessemer, A. H. Vizcaya obtiene el 95 por 100. En el total de acero producido—Siemens, Bessemer y Eléctrico—, A. H. de Vizcaya producen más de 500.000 toneladas anuales de lingote de acero, lo que hace una cifra casi del 50 por 100, con una enorme ventaja sobre las demás empresas privadas.

Esto—que, por otra parte, es una muestra de la laboriosidad y del esfuerzo de unos hombres y de una región—puede llevar consigo dos peligros: uno, la elevación anormal de los precios, y otro, el estancamiento de la producción o, cuando menos, la no ampliación de una manera rápida y tajante de las instalaciones industriales con el fin de producir más.

De aquí que el Estado piense en la construcción de una gran entidad con capital del Estado y de las personas privadas que forzase este régimen de producción y—puesto que la demanda crecía cada vez más y el interés nacional así lo exigía—



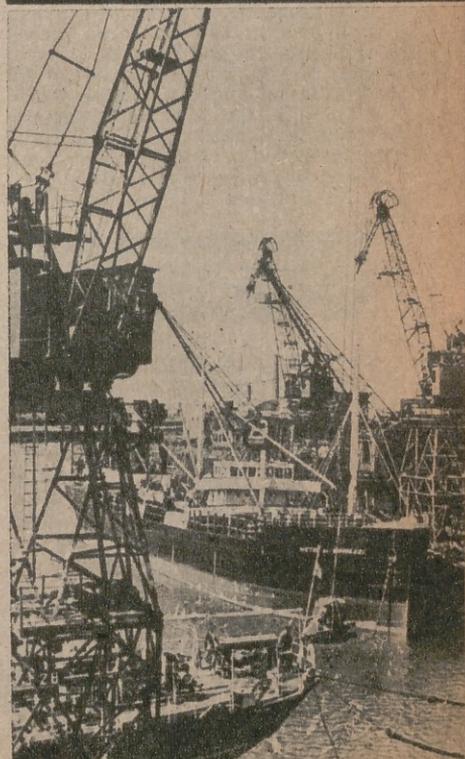
Uno de los hornos últimamente inaugurados en la factoría de Sagunto

alejase el perjuicio que para el consumidor suponía el depender de casi una empresa productora y estimulase a las factorías siderúrgicas para la construcción de nuevos altos hornos, como ya hay, en este momento, muchas que lo hacen. De aquí que se planease la creación de un nuevo y valiosísimo grupo siderúrgico nacional: la ENSIDESA o, por otro nombre, el complejo siderúrgico de Avilés.

EN SEIS AÑOS SE HA DUPLICADO LA PRODUCCIÓN DE ACERO

La industria privada siderúrgica existente se alarmó en cierto

Muelle de la fábrica en Valencia



modo ante la nueva capacidad de producción que se le presentaba, la cual, indiscutiblemente, venía a ser un factor importantísimo de competencia. Así, algunos portavoces de las empresas privadas expresaron su desconfianza sobre la capacidad de absorción del mercado, que iba a recibir un gran volumen de producción, anulando de esta manera el peligro de los precios para el consumidor y favoreciendo el desarrollo del proceso de industrialización del país.

Vencidas las dificultades técnicas que se presentaron, Avilés fué el lugar escogido para la instalación de la nueva y potente factoría siderúrgica capaz de producir anualmente 600.000 toneladas de acero.

De esta manera se habrán conseguido varios objetivos. Uno, reducir el grado de monopolio existente en la actualidad; otro, fomentar el espíritu de cooperación entre los distintos empresarios siderúrgicos con el fin de racionalizar su producción y obrar en acuerdo unos con otros, conducente a aumentar la producción de acero y al exacto cumplimiento de las características pedidas en los aceros encargados y, el último, satisfacer la demanda, a largo y a corto plazo, favoreciendo de esta manera la creación de nuevas industrias, como automóviles, maquinaria, etc., el desarrollo de las ya existentes y llegar a una cifra ideal en la producción de acero por habitante.

No obstante, en este aspecto se ha avanzado mucho. En el año 1947 España producía 19,9 kilogramos de acero por habitante. En 1953 esta cifra casi se ha duplicado: 32,3 kilogramos. Con la ayuda de la Empresa Nacional de Siderurgia de Avilés, dentro de cinco años podrá llegarse a un millón ochocientas mil toneladas anuales de acero, con un consumo de 62 kilogramos por habitante, cifra que todavía habrá de ser elevada por lo menos en un 100 por 100.

Por lo pronto, no se define, en esta parte de la economía nacional, ni a corto ni a largo plazo, crisis alguna por falta de colocación de producto, ni en virtud de precios, ya que éstos, fijados oficialmente, son lo suficientemente rentables, aparte de que la producción está vendida, con seguridad cierta, en su totalidad.

La Empresa Nacional de Siderurgia de Avilés

Faenas de pulición en la Constructora Naval de Bilbao

rurgia, en otro aspecto, no será elemento de competencia perjudicial en relación con las empresas privadas, ya que la demanda de acero, que cada vez va siendo mayor, se conservará por lo menos durante un tiempo superior a la oferta, con lo cual el volumen de producción tendrá, por consiguiente, empleo adecuado e inmediato.

LA INDUSTRIA DEL AUTOMOVIL PIDE CADA VEZ MAS ACEROS ESPECIALES

Después del lingote de hierro y del lingote de acero ocupan un destacado lugar los aceros especiales. El primer horno eléctrico que se instala en España conserva la fecha del año 1918. Esa misma fecha marca el comienzo de la fabricación de aceros especiales. En el mundo la producción de aceros al horno eléctrico—que se ha desarrollado gracias a la industria del automóvil—aumenta sin cesar, debido, por un lado, a la exigibilidad del mercado, y, por otro, a la facilidad de poder emplear chatarras de baja calidad, ya que cada vez se va haciendo más difícil encontrar chatarras de un grado no ya óptimo, sino simplemente bueno. Muchos de los actuales mecanismos de uso en paz o en guerra sólo son posibles debido al empleo de aceros especiales. La industria automovilística, así como al aeronáutica y la de la construcción, exigen cada vez una mayor templabilidad en las piezas. Los motores de propulsión a chorro, por ejemplo, necesitan unos aceros de especiales características, inoxidables y resistentes al calor.

En España los aceros especiales son fabricados en horno eléctrico, y a partir de 1944 más de la mitad de la producción de aceros eléctricos corresponde a aceros especiales.

Las factorías siderúrgicas nacionales cuentan con una gran abundancia de hornos eléctricos y con una capacidad de producción en porcentaje, con relación al acero total, superior al de casi todos los países industriales. En el ramo de la maquinaria y de la fabricación de herramientas, los aceros especiales juegan un importante papel. Una reciente estimación de demanda de maquinaria ha cifrado el valor de ésta en trescientos millones de pesetas. Por tanto, el campo de aplicación de los aceros especiales es más que suficientemente amplio para no temer, ni por

lo más mínimo, un exceso de producción.

Es a partir de nuestra guerra de Liberación cuando adquiere en España verdadera importancia la fabricación de estos aceros. En el año 1941 se producen 9.177 toneladas de aceros de estas clases; en 1949 se pasa ya a 28.128 toneladas y en 1953 la cifra es de 60.228 toneladas. Las importaciones de los aceros especiales van disminuyendo. De 2.000 toneladas en 1948 bajaron a 1.201 en 1951.

Es éste un proceso combinado. Los motores, las máquinas, los tornos, las fresadoras, los instrumentos sanitarios, etc., necesitan de estos aceros. La coyuntura futura para la siderurgia en todos sus capítulos no puede ser más favorable.

UN AUMENTO LENTO, PERO SEGURO, DEL COQUE METALURGICO

Hemos de referirnos ahora a un producto cuya participación en la industria siderúrgica es fundamental, ya que ocupa el segundo lugar en cuanto a materia prima: el carbón. De la capacidad productora de las minas de carbón y de su emplazamiento depende, en gran parte, el potencial siderúrgico de la nación. El carbón está estrechamente ligado a la economía industrial de los países bajo dos aspectos: como materia prima y como combustible. Del primero, un 17 por 100 va destinado a la industria siderúrgica. La producción de coque, variedad carbonífera de la que se trata, tiene en España un aumento lento, pero seguro.

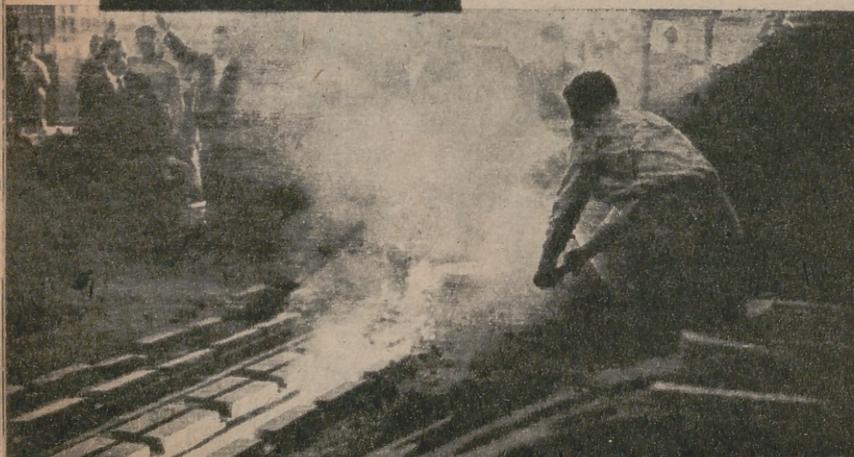
Las provincias de mayor producción son Vizcaya y Oviedo, con notable diferencia sobre las demás. Considerando el total de España, la producción de coque metalúrgico ha pasado de 514.964 toneladas en 1935 a 916.939 en 1950 y a 996.444 toneladas en el pasado año de 1953.

Aun cuando la calidad de nuestro coque no es tan superior como la de otros países, este aumento de producción, debido más que nada al perfeccionamiento de los métodos de destilación, sin contar con la posibilidad de nuevos yacimientos hulleros, hace que el suministro de coque nacional para la industria siderúrgica sea cada día mayor, con lo que el panorama, por esta parte, se va aclarando cada vez más.

EL MERCADO DEL ACERO, DISPUESTO A CONSUMIR TODO LO QUE SE PRODUZCA

En el proceso de fabricación del acero ocupan un sitio importante las ferroaleaciones. La minería de manganeso ha decuplicado la escasa producción de anteguerra: las instalaciones de reducción han adquirido considerable importancia, y durante el pasado año se han puesto en servicio en Bilbao y Santander nuevos hornos eléctricos con una capacidad de producción de diez mil toneladas anuales.

Ello hace que el pasado año se produjeran 13.796 toneladas de ferromanganeso y 9.360 toneladas de ferrosilicio, mientras que en



de
ra
en
la
En
to-
la-
28
es
cr-
tes
to-
en

do.
lcs
ru-
an
ru-
dos

TO,
O-

a
ón
es
se-
te-
cu-
nas
en-
po-
ón.
li-
de
co-
m-
por
ria
co-
la
un

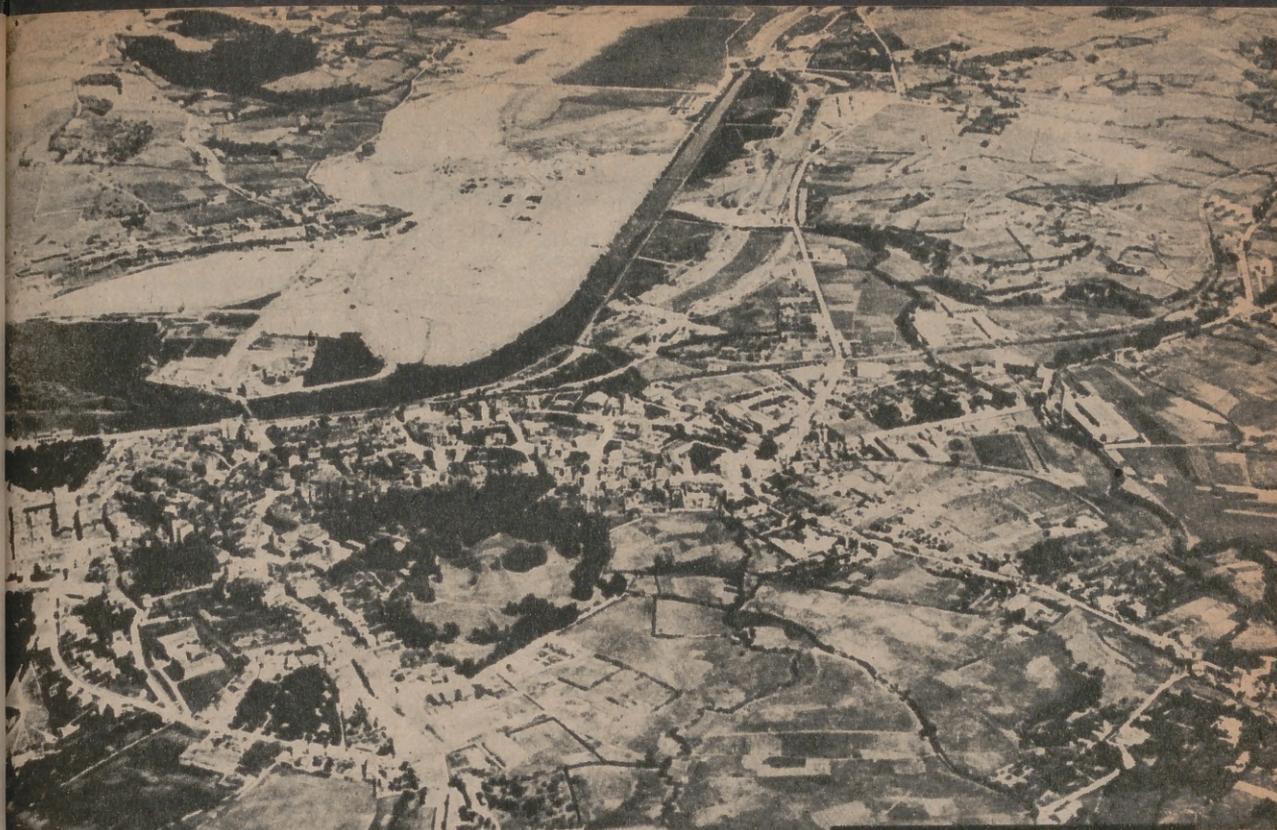
ro-
do,
las
de
que
964
en
el

es-
co-
au-
más
de
sin
ue-
ace
na-
úr-
lo
var-
vez

CE-
ON-
SE

del
an-
ne-
ado
ue-
uc-
ble
ado
en
or-
dad
ne-

ño
de
das
en



1949 las producciones fueron de 8.916 y 5.364 toneladas, respectivamente.

Otra fundamental actividad de la producción del acero se dirige hacia el mercado de los perfiles laminados. Es evidente que el lingote de acero necesita elaborarse y que no se vende al consumidor en bloque, tal y como sale del horno de afino. Para ello ésta, como una de las especialidades técnicas, la fabricación de perfiles laminados, que no son otra cosa que el lingote de acero dado forma, según las peticiones de los consumidores y que se ajustan a una serie de tipos normalizados como los desbastes y palanquilla, la chapa galvanizada o la chapa fina negra, los flejes, las pletinas y llantas, los carriles, las vigas y tes, las bridas y placas, etc...

Teniendo su origen estos productos en el acero, es lógico que el ritmo de su producción vaya al compás de la producción del acero. La varia gama de los perfiles tiene absoluta aplicación, cada uno de ellos en su lugar específico, en toda la industria nacional.

Hace cinco años, en 1949, la producción de perfiles laminados fué de 431.840 toneladas; en 1953 esta cifra se había elevado a toneladas 558.984.

Nos valen por completo todas las consideraciones ya dichas para el mercado del acero con relación al mercado de los perfiles. No existe crisis de ningún género ni actual ni futura. La técnica de los ingenieros, unida a la visión comercial de las empresas, es ahora la que tiene la palabra. El mercado, un óptimo mercado dispuesto a consumir el producto en toda la cantidad que se le pueda ofrecer, está abierto. Y, por añadidura, esperando la creación de nuevas y poderosas entidades siderúrgicas que, junto con las ya existentes, la próxima

de Avilés y las que en un futuro puedan crearse, nos hagan llegar a la cifra de 200 kilogramos de acero producido por habitante, cifra que marcará en un plazo por fortuna no muy lejano el comienzo de una verdadera y grandiosa prosperidad económica de la nación y de sus habitantes.

HAY QUE PRODUCIR MEJOR Y MAS BARATO

Hemos dado una rápida vision al estado actual de la industria siderúrgica en España. Las cifras expuestas, obtenidas directamente de las empresas por los servicios estadísticos, señalan con toda claridad la inexistencia de una crisis y la revelación de un mercado con inagotables posibilidades que está esperando su total saturación. Mas esta saturación, lejana y casi inalcanzable, ya que la industrialización de España necesita más y más acero cada día, no nos indicará que en las finanzas de la siderurgia hay pérdidas, como quieren hacernos creer determinados sectores con otras ramas de la producción. No; la libre elección de los productos por los consumidores, al existir número de productos suficientes en el mercado, indica que se ha llegado a la nor-

Perspectiva aérea de Avilés, en la que destaca la zona ocupada por la gran factoría siderúrgica en construcción

malidad económica, que es necesario entonces producir mejor y más barato—que es, por otra parte, lo que hacen todos los industriales del mundo cuando existe la competencia—y que el fallo no está en los precios de las primeras materias ni en la capacidad adquisitiva de los consumidores; no. El fallo puede estar en los procedimientos de fabricación.

Hay que producir mejor y más barato. Esto es, ni más ni menos, todo el secreto de las actuales crisis económicas que algunos se empeñan en ver porque, particularmente, les conviene.

Con suma facilidad...
hará que le admiren por su

CULTURA GENERAL Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia

ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ISMAEL HERRAIZ CRESPO

COMO nos devuelven la juventud estas jornadas de Salamanca, cuya primavera palingenésica ha impedido que se perciba entre los videntes la musitante confesión de alguna palinodia! Era, pues, un tópico que una ciudad de teólogos y un campo de ganaderos, con sus dehesas y alquerías en medio de las encinas, se conformase con el mal menor del cedismo, custodiándolo dogmática y prácticamente para toda la vida. Aquella componenda se esfumó porque repugnaba a las mentes sólidas y a las almas reclas (reciedumbre aprendió don Miguel de Unamuno en Salamanca, pero no pudo prestarle cordura a su intelecto Salamanca); mientras que ahí está en la primera página de tu diario la excitante fotografía de nuestros camaradas salamanquinos de Fuenteguinaldo, impertérritos con sus veteranas y desteñidas camisas azules, con sus medallas de ex combatientes, apiñados en torno de sus banderas, como si viviésemos en 1937, como si volvieran de Brunete y se dispusiesen a marchar al Ebro. Tales estampas se conservan con una saludable biología en los pueblos españoles, que no olvidarán jamás la guerra de España en su ancho y hondo sentido unificador, moralizador, vivificador; pero este recuerdo que les aflora tan pronto como su más verídico Jefe, su único Caudillo, les convoca, aunque sea pacíficamente, es más auténtico que la nostalgia ciudadana por vagosos nombres intelectuales a los que preparan homenajes como a fuegos fatuos.

Dejar que los muertos entierren o desentierren a los muertos; pero yo me quedo contigo y hasta con el magnífico rector de la Universidad salmantina, con la Salamanca de la charrería y de los escolares, con la Salamanca inmortal. Habías entrado en Sigüenza como los falangistas que reconquistaron el Doncel, que murió en la reconquista de Granada, y a pesar de que un proyectil había interceptado el huracán de tu pecho, tu vitalidad resistió y convalécias en Salamanca, en la vigilia de incorporar a un tabor de Regulares. Ibas a ir también a Granada, cual el Doncel, para entrenarte en el mando de los moros, ya que en nuestra Cruzada fueron posibles los imposibles; mas entretanto me acompañabas a la redacción del periódico que yo dirigía para oír unos discos atrasados y sentimentales de fonógrafo (es la sola palabra que se merecía aquel artefacto) o copiabas a máquina las Memorias de Azaña, que se había traído un diplomático de Ginebra. No cabían en Salamanca tantos diplomáticos disponibles, de los que han salido después tantísimos y diligentes embajadores, y en el semiciclo se les veía bullir o pulular entre el palacio del Obispo, el palacio de Anaya, el Trilingüe y el comedor del café Novelty, donde el menú con flan de huevo costaba cinco pesetas con cincuenta céntimos. Los más estáticos se sentaban en los bancos del Campo de San Francisco o del paseo de la Alamedilla para recordar paisajes y fiestas de misión. No había entonces estudiantes en la ciudad, puesto que la juventud española había ingresado en el Ejército y en la Milicia; pero no habían desaparecido las casas de huéspedes para estudiantes, en las que me alojé y viví durante aquel tiempo. Salamanca era un vivac y una gran familia, cuyo padre y Generalísimo era Franco. En Burgos había empezado a reconstruirse el Estado; sin embargo, Salamanca era un campamento, el magno Cuartel General de los primeros de guerra, que velaba a nuestro lado. Cuando salía del diario cada madrugada para recogerme en mi pensión estudiantil de la calle de Libreros, a la espalda de la residencia de Franco, por la estrechez del lugar, casi me rozaba con el centinela de la Guardia Mora, y luego mi compañero de hospedaje, el alférez del Tercio Navalón, me refería sus fidelidades

hacia el Caudillo. Todo era íntimo en Salamanca, todo cabía, no obstante su magnitud, dentro de la plaza Mayor, donde paseaban en una dirección las mujeres y en otra dirección los hombres, yo con mi capote gris; los falangistas distinguidos con sus guerreras negras que estrenaron en Salamanca; las primeras saharianas, traídas de Addis Abeba; los muchachos rubios y hieráticos de la Legión Cóndor; los Viriatos, que no desentonaban en Salamanca con algunos confines aportuguesados; los voluntarios irlandeses, que allí en Salamanca eran familiares, como los seminaristas del Colegio Irlandés, que se bañaban en el Tormes hasta en las madrugadas de invierno; la representación fluyente de todas las provincias, de todas las tierras liberadas, de todo el mundo, pues por allí pasaba el ferrocarril que exclusivamente unía el Sur con el Norte, Andalucía y Marruecos con la raya de Portugal, con la frontera de Francia, con los puertos gallegos. Salamanca era la Ecúmene, como siempre Roma la chica.

En el crisol salmantino se fundieron tantos elementos y hubo tantas aportaciones, que un sosteniendo la confianza de que aquella movilización que erigió un Caudillo y dispuso la unidad de la Tradición y de la Revolución española era algo histórico que perduraría durante siglos, nadie podía sospechar su suerte futura. Así conviví con el actual rector de la Universidad de Salamanca, don Antonio Tovar, en la pensión para estudiantes de la calle de la Rosa, de doña Adelfa y de don Antolín Carabias. Tovar, doctorado dos veces, parecía un estudiante entonces, con su morral que había venido consigo desde Alemania; un estudiante que tocaba el piano y que pretendía que le enseñasen el árabe los moros de la escolta. Paseábamos muchísimo por las carreteras de Toro y de Zamora, hasta el prado de Panaderos, donde aún flotaban los soliloquios de don Miguel, en una pequeña Salamanca de Boiza y Cividanes, en una Salamanca con un barrio entero destruido por los obuses franceses, que se llamaba de Los Caídos, en una Salamanca teológica y biológica, terruñera, que habían querido adulterar el liberalismo de don Pedro Dorodo Montero, llegando casi a la anarquía en la rebótica de la plaza, y por último la Ceda, como una cataplasma de urgencia.

Salamanca es una ciudad de Dios que admite un César (¿no te acuerdas, Ismael, de aquel viejo cartel sobre las paredes de Salamanca con la efigie de Franco con casco y laureles y una inscripción semejante a ésta: «Los antiguos Césares eran generales victoriosos?»), porque así lo ha mandado Cristo en el Evangelio. Por consiguiente, la democracia que se apellida cristiana, o el cristianismo que aspira, políticamente, a ser democrático, no son nada evangélicos, sino ficciones para oponerse a la verdad. Frente a los que resistimos en Salamanca al lado del Caudillo en defensa de España y de su religión católica, están los resistentes de Francia y de Italia, que se aliaron con el comunismo (tal De Gaulle, tal De Gasperi) y no pueden romper los lazos. Mientras volvíamos a Salamanca, como en los años de nuestra juventud, para ver el crecimiento de la ciudad, la fortaleza de su agricultura y la apoteosis de Francisco Franco en las dos Universidades; en la ciudad de Asis, un delegado de la Acción Católica italiana, piemontés de Alva o de Ivrea, ha preguntado a su presidente con retintín polémico: «La muchedumbre católica y la opinión pública tienen necesidad de saber si queremos el Estado democrático o el Estado franquista.» El cardenal Piazza, que asistía a la asamblea, impuso a los descarriados la respuesta de que se lo interrogasen a sus obispos. Como la Iglesia es unívoca y universal, los obispos de Italia responderán lo que los obispos españoles reunidos en Salamanca.

LA FE CON OBRAS

EN Salamanca, con el ritual clásico, ha sido investido doctor «honoris causa» por las Universidades Literaria y Pontificia. Su Excelencia el Jefe del Estado. El caudillaje auténtico, el que hace historia, el que permanece a través del tiempo influyendo la historia, es aquel que vence, gobierna, administra y funda conforme a ley; el que crea normas y Derecho. Encontrar la norma, el principio, y alumbrar el Derecho fué sustancialmente la misión—bien cumplida—de la Universidad de Salamanca. Fué verdadera «alma mater», porque, como muy pocas Universidades del mundo, engendró y nutrió realmente muchas generaciones y en sus entrañas plasmó definitivamente la sobrecogedora personalidad de España. Porque en la universitaria matriz de Salamanca fueron reengendrados independientes, soberanos, plenamente «sui iuris», los pueblos de América y la comunidad internacional como sujeto moral, con derechos comunes y obligaciones por igual imperativas para todos los países. Salamanca creó todo esto porque hizo y sentó doctrina, y creó conciencia de una doctrina, abierta a todas las perspectivas y a todos los avances, pero inalterable, innegable e irrenunciable en sus fundamentos y en sus cánones, válidos ayer, ahora, mañana y siempre. La doctrina que salva, no la que destruye, desintegra y corrompe. La doctrina que hace posible la continuidad entre el pasado y el futuro e informa de sana tradición la originalidad de cada hora y no la que descoyunta y quiebra el nexo que liga a padres e hijos; la que da al individuo, al pueblo y a la autoridad lo que le corresponde, sólo lo que a cada uno le pertenece, pero también todo lo que le es debido; la que penetra y trasciende la circunstancia presente y abre caminos por los que discurre luego el porvenir con todas las inevitables violencias de lo nuevo, pero sin que las aguas se encuentren sin cauces resistentes. La doctrina que advina e intuye y evita la peligrosa necesidad de la improvisación, que fuerza a pensar y a obrar a remolque de los acontecimientos. Penetración, prudencia, audacia, tenacidad y lealtad inquebrantable al dogma católico son las virtudes que caracterizan a los teólogos, juristas, humanistas y científicos de la noble escuela salmantina.

Aun para el más exigente análisis de la figura, del pensamiento, de la conducta y de la obra de Francisco Franco resultará patente la más ajustada adecuación y fidelidad, no sólo a estas

virtudes, sino a la levadura espiritual, moral, científica, política y teológica de la Universidad salmantina. El sistema de gobierno de Franco descansó, desde un principio, sobre el respeto y el culto convenientes a la norma jurídica, entendida como manifestación de la ley natural y de los preceptos divinos y como instrumento de orden y paz al servicio de la persona humana y de la comunidad. Para Franco, además, individuo y comunidad no son entidades con derechos objetivamente contrapuestos, sino armónicos y correlacionados. Ambos dependen de Dios y a Dios han de servir. Esta superior religación, esta última y altísima teleología es la que informa, condiciona y mueve íntegramente su conducta, su gestión y su mandato. Por eso, Franco lleva su concepción católica del hombre, de la sociedad y el gobierno hasta las últimas consecuencias, con la gallardía, la autenticidad y la decisión, que sólo él, entre los que rigen hoy los pueblos, es capaz de mantener. La proclamación de principios que encierran los discursos pronunciados por el Caudillo tiene el gran valor y el supremo sentido de estar avalada por la tarea de una voluntad, que no descansó en el bien hacer, de una mente que, en ningún momento, conoció las sombras ni la tentación del escepticismo, de unas manos que están llenas de realizaciones meritorias ante su pueblo, ante la historia y ante el Creador.

Entre las jornadas castrenses de aquel Cuartel General de 1936 y éstas de 1954, desarrolladas sobre el mismo escenario, sobre la misma topografía urbana y rural, discurre nada menos que el formidable proceso histórico de la «resurrección de España». Hay a quienes les envuena el corazón tan clara realidad, tan esclarecida ejecutoria y tan férrea congruencia entre lo que se prometió y se dijo y lo que está consumado limpiamente. Son, ciertamente, una minoría que nada representa en España, que no tiene sitio en España. Sobre sus contubernios, y sus vergonzantes odiseas por ciertas Cancillerías extranjeras, haciendo almoneda de sus conciencias, ya hace tiempo que el pueblo español honrado pronunció su incommovible veredicto, como a lo largo de todos estos años ha pronunciado su palabra entera, rotunda, sobre la legitimidad de origen y de ejercicio del mandato permanente, insustituible e indiscutible de Francisco Franco.

DE LAS PIEDRAS PAN

BARCELONA SIN ARISTOCRACIA

CUANDO se quiera formular una teoría de Barcelona, habremos de tomar en consideración, entre otros hechos, el siguiente: Barcelona es una ciudad de gran tradición, pero sin aristocracia histórica. La tradición de Barcelona, como ha dicho Torras y Bagés, es artesana, o sea, de pequeña industria familiar, y mercantil. Sismondi, en su historia de las repúblicas italianas, nos advierte que en las ciudades laboriosas y mercantiles, existía un respeto a la ley, así en Venecia o en Génova, que difícilmente podríamos hallar en las repúblicas y ciudades aristocráticas y militares. Pisa, Mantua, etc. La aristocracia militar hasta el siglo XIII, dice Sismondi, consideró deshonoroso ampararse en la ley, antes de haberse hecho justicia uno mismo por las armas.

Barcelona es una ciudad de origen mercantil y laborioso. He aquí por qué nuestra alta clase, da preferencia a los compromisos comerciales, a las deudas comerciales, sobre las deudas de juego, en tanto que toda la aristocracia histórica del mundo, ha calificado a estas últimas de deudas de honor, y por ello, deudas de preferencia.

La alta burguesía barcelonesa, se ha visto impurificada recientemente por la aparición del nuevo rico, del hombre enriquecido rápidamente, que aun no ha asimilado las buenas tradiciones de la ciudad. En el nuevo rico, se observa en primer término, una libertad de lenguaje, que supone una total desconsideración hacia los demás. Le advertimos que, celoso de la virtud de su mujer, no pondrá ningún reparo en mani-

festar su escepticismo sobre la castidad de las mujeres de sus amigos. Le sorprenderemos también explicando aventuras personales, poseso por aquello que Rusiñol denominaba «d'orgull de jic». El comedimiento en el lenguaje de los demás, será ante los ojos del nuevo rico, como ante los ojos del proletario resentido, hipocresía y falsedad.

Evidentemente, cada sector social tiene una concepción propia de lo que sea «buen tono». Cuando se hacen en ferrocarril largos viajes en tercera clase, advertimos que los viajeros, al tomar sus meriendas o sus cenas extremas su empeño en compartir esas cenas y esas meriendas, con sus fortuitos compañeros de viaje. Esto que para aquellos viajeros es una prueba de generosidad y buen tono, será a los ojos de esas

EL VIETNAM, NUEVA REPUBLICA POPULAR A LA VISTA

PARAFRASEANDO a De Gaulle, alguien ha dicho en París: «Hemos perdido la batalla de Dien Bien Fu, pero no la guerra de Indochina.» Incluso desde que comenzó la segunda ofensiva del general Giap se ha querido desvalorizar estratégicamente a la fortaleza que defendió De Castries. Se reconoció, en cambio, su «incalculable trascendencia psicológica», como si esto tuviese menos importancia que aquello. Pero el hecho es que, capitulado Dien Bien Fu, los comunistas del Vietminh tienen el camino expedito bien hacia Luang Prabang, capital política del territorio thai; bien hacia Hanoi, en el delta tonquinés. A nadie se le oculta que hoy la situación militar de Indochina es más grave que nunca. Giap necesitará uno o dos meses para reorganizar sus tropas, y si para entonces las fuerzas francovietnamitas no han aumentado sus contingentes y no han recibido una sustantiva ayuda en pertrechos bélicos—sobre todo, aviación—, es muy posible que el Ejército expedicionario del general Navarre tenga que retirarse hasta Saigón, de la misma manera que las tropas de las Naciones Unidas tuvieron que retirarse, en Corea, hasta Fusan. En esta ocasión cierto periódico inglés comentó con pésimo mal gusto y absoluta mala fe. «Los americanos han demostrado que no saben luchar; ahora nos demostrarán si saben nadar.» Es de temer que pueda decirse otro tanto del Ejército expedicionario francés si las cosas se ponen mal. Que es lo más probable, pues, descartada la idea de «internacionalizar» el conflicto indochino, nadie sabe de dónde va a sacar Francia hombres, dinero y moral para aguantar en el delta del río Rojo una ofensiva vientminh de gran estilo, que seguramente a estas horas ya se está preparando.

Todo parece indicar que el territorio del Vietnam está sentenciado a muerte. O mucho nos equivocamos, o pronto veremos nacer al norte del paralelo 16 una República popular, presidida por Ho Chi Minh, a la que se apresuraran

a reconocer, como de costumbre, los ingleses. Después, con el tiempo, caerán Laos y Camboya. Toda Indochina, en una palabra, con lo que el Continente asiático habría sido ganado para el comunismo y perdido para el mundo occidental. Por de pronto, noticias llegadas de Washington nos dicen que allí nadie piensa ya en salvar al Vietnam y que todo lo más que puede hacerse es tratar de salvar de la quema a Laos y Camboya. ¿Cómo? Por el momento no hay respuesta a esta pregunta.

Las naciones occidentales se habían prometido que Corea sería la última agresión comunista, la última conquista. Ya hemos visto que no ha sido así. El agresor, representado por Chu En Lai, se sienta hoy en Ginebra en calidad de «grande». A este hombre van a mendigar los franceses una «paz honrosa» en Indochina. ¡Buen momento se ha elegido para semejante pretensión! ¿Se le podrá ocurrir a alguien la idea de que los comunistas chinos y «viet» van a mostrarse «razonables» después de la resonante victoria de Dien Bien Fu y cuando tienen al alcance de la mano la victoria definitiva? La «paz honrosa» será todo el Vietnam para ellos... o la carrera hasta Saigón. ¿Qué otra cosa puede ofrecer Francia a cambio? Absolutamente nada.

Todo lo que está ocurriendo ahora estaba más que previsto. No podía ser de otra manera. El director de «Le Figaro», M. Pierre Brisson, ha sintetizado así una situación que sólo podía acabar mal «Podemos recordar el epitafio dedicado por Kipling a las víctimas de la primera guerra mundial: «Hemos muerto porque nuestros padres nos habían mentido.» Los combatientes de Dien Bien Fu han muerto porque nos hemos mentido a nosotros mismos. Han muerto porque no hemos sabido hacer esta guerra, porque no hemos sabido quererla ni rechazarla.»

ELESPANOL

DE LAS PIEDRAS PAN

personas más frías que viajan en coche-cama una familiaridad excesiva y desplazada. Mientras que aquello que la alta clase burguesa estima como discreción y reserva parecerá egoísmo a la clase media modesta. Siempre ha existido una solidaridad más grande entre los hombres del pueblo que entre las clases adineradas. He aquí por qué las maneras son más necesarias entre los que viven aislados y con menos amor mutuo, nos referimos a la clases burguesas adineradas, que en los que tienen entre sus peleas y diferencias, un profundo sentido de solidaridad. El deseo y la necesidad de no disgustar a los otros, el respeto a los usos y a las tradiciones, la elegancia y las maneras, son asimismo en la alta clase burguesa de Barcelona, más fuertes que la espontánea libertad de movimientos, del gesto y del lenguaje propios de la aristocracia histórica, clase también más solidaria que la burguesía. El dominio de uno mismo, el se-

ñorío sobre el primer movimiento, la observación de los propios gestos y de las propias expresiones, caracterizan a nuestra alta clase industrial no improvisada.

Pero si el buen tono de la burguesía y Barcelona son hechos que van profundamente unidos, hemos no obstante de advertir, que la amabilidad y la cortesa no son las únicas virtudes que se pueden y deben exigir a las clases dirigentes. Nosotros queremos ver y reclamamos a nuestra alta burguesía un desarrollo constante de su devoción para el bien público, una renovación de su antigua aptitud para sacrificarse desinteresadamente por el país, el deseo activo de orientar a los subordinados hacia el bien y la verdad, la voluntad firme de adquirir la competencia personal necesaria para poder rendir servicios al Estado desde los puestos públicos, si a ellos se es llamado, una voluntad de trabajar en el mejoramiento de las costumbres y de emplearse generosamente en

las reformas sociales que puedan disminuir la miseria y elevar el nivel medio de vida. Sólo esas actividades y virtudes pueden dar sentido pleno al buen tono de nuestra alta clase industrial. El individualismo egoísta, el amor exclusivo de la ganancia, la falta de escrúpulos en los medios de enriquecerse, son más propios de la finanza extranjera que de las clases altas de Barcelona, si consideramos su brillante tradición. Del mismo modo que la vulgaridad de maneras y del lenguaje señala la preponderancia del egoísmo sobre el altruismo, el cívico o el desprecio de los otros y la indiferencia a la estima o a la buena opinión de los demás, el buen tono en su dimensión más auténtica y profunda, requiere para completarse, una actuación práctica y efectiva, en favor de los que, económicamente, ocupan un puesto inferior en la sociedad.

Claudio COLOMER MARQUES

EXALTACION DEL CABALLO EN LA FERIA DE JEREZ

Un pueblo dormido en el tiempo, sin prisa y sin pausa

Animales de la más depurada raza en un espectáculo indescriptible

(De nuestro enviado especial José Luis CASTILLO PUCHE)

ESTOY completamente seguro de que el lector está conmigo. Colarse en Jerez con un bloc de notas y una pluma estilográfica, dispuesto a reflejar su ambiente de feria, es absurdo y disparatado. Es un desafío en el que uno lleva las de perder, de todas, todas.

—¿Usted ha venido a escribir o a pasarlo bien?

—Hombre, yo...

Jerez pide crónicas añejas, pero no reportajes vertiginosos. Jerez hay que tomarlo con calma, como deben tomarse sus vinos. ¿Ustedes saben cómo se bebe el vino de Jerez en Jerez? Pues muy despacio, solemnemente, como en un rito.

—Pero, usted, ¿pa qué tiene prisa, si se puede saber?

Por algo la calle principal de Jerez de la Frontera se llama la calle Larga, y estoy convencido de que es difícil recorrerla de un tirón. Esta calle no es recta, sino quebrada, y esto ya da a entender que su recorrido hay que hacerlo por etapas.

Se duermen los ojos y el alma con la luz que se filtra por entre los naranjos y las palmeras. Se acuesta la voluntad, como un borreguito trotón y cansado, una vez que uno ha puesto los sentidos a secar en esta calle palabrera y un poco musical de Jerez. Porque hay algo de esto; a Jerez debe venirse, sobre todo, a intentar una cura de reposo. Para los que siempre van con prisas, para los que consultan el cronómetro cada dos minutos, para los que en el diálogo amistoso suelen decir: «abreviando», para los que no han saboreado el divinísimo placer de no tener nada que hacer y vivir como si todo estuviera ya finito y rubricado, Jerez es la receta.



Estampa clásica de feria

Y aun en ferias, amigos. Uno va detrás de lo que las eruditísimas «Guías» turísticas le tienen dicho que es fundamental e importante, y en cualquier esquina, sin culpar de ello a ningún mirador, ni a las macetas, ni a las manos que las cuidan, he aquí que ha perdido el rumbo y se ha internado sonámbulo por un callejón o una plazuela. ¿Y qué va a hacer uno después de haberse perdido tan cautelosamente? ¿Preguntarle a un guardia? Uno anda bobo por las calles, se detiene en el mercado y escucha con versaciones que no hacen al caso durante horas o segundos—no sabe—; después se mete en una peluquería sólo por el gusto de oír hablar despacio sobre cosas bala-

días, luego se lanza por un paseo y, sin saber quién te invitó, ya estás dentro de una bodega hablando con una gran parsimonia de los perros de caza. Es curioso cómo al andaluz le encanta hablar—muy bien sentado—de escenas que exigen gran ajeteo y movimiento. Debe ser un regusto especial de la raza esta de vivir con la imaginación escasa que reclaman gran cansancio y fatiga.

No es que yo diga que el jerezano es perezoso, ni mucho menos. Lo que sí digo es que parte en su diario trajín del principio



Jinete y caballo hacen las delicias de un público absorto en el misterio de la equitación

de que no hay por qué apurarse, de que nada vale ponerse nervioso y correr, de que todo está siempre hecho y a punto, como las tapas en los bares.

Jerez exige calma, paciencia. Sería y tiene que ser fraudulenta toda visión de reportaje. Lleva viviendo muchos siglos esta ciudad en un costado el viento marino y en el otro el de las sierras, para que ahora venga gente ilusa creyendo que es fácil sacar al nativo de su ataraxia.

Yo soy partidario del «tempo lento», y donde esté el caballo que se quite el «jeep». Donde imperan y discursen vinos con cientos de años de historia tiene muy poco que hacer la «Coca Cola». Es ésta, señores, una raza vieja que está tan pujante como el día que se estrenó. Anda despacio, pero por comodidad, porque quizá yendo despacio se llega antes que yendo de prisa. Es un paso señorial y fino, paso como si dijéramos litúrgico, de quien sabe que el coche espera a la puerta y de quien está seguro de que el campanero no ha de echar a vuelo las campanas hasta verlo en persona.

En la calle Larga, los Cadillac y las soberbias jacas están casi juntos; pero mientras que la nerviosa alazana no para de hacer sonar su musiquilla de cascabels, el reluciente «cuarenta caballos» está frío y dormido como el esqueleto de un pez enorme en un museo. No hay más reloj para el jerezano que el «jipío» de su canto y el sonar de los cascabeles, y será tiempo perdido querer acostumbrarlo al grito de las sirenas.

Los mismos guardias de tráfico, a los que se les ha impuesto, sin duda, el canon de la circulación, tan pronto hay un descuido terminan por aconsejar al caprichoso transeúnte que haga lo que le venga en gana.

Dejemos al jerezano como es, que está en lo cierto. No sólo ha encontrado una medida jerárquica para que podamos valorar lo que es señoría y elegancia, sino que prácticamente su imperturbable serenidad, su aristocrático bromo y hasta sus inesperadas vehemencias constituyen la dignidad de un estilo nacional que—siquiera en días de feria—debería imponerse en todas partes.

Incluso el modo de mirar a una

mujer flamante y majestuosa dice mucho. Su sonrisa un poco lejana y el piropo largo—que ya no es piropo—revelan algo así como el tratado de la contemplación silenciosa y extática. No hay que precipitar los acontecimientos: eso se queda para la guerra. Y en la guerra los jerezanos ya son otra cosa.

Lo fueron. Siempre que suene en geografía e historia la palabra «frontera»—frente al moro, frente al toro o frente a lo que sea—, los pueblos que la han vivido y luchado llevan ganada la mitad de la lid. Solamente los pueblos que dan la impresión de despreocuparse tanto de la vida son capaces de defenderla luego con limpieza y decoro de festival regio.

—Haya calma, señó—me replicaba el camarero cada vez que se me ocurría dar unas palmadas y reclamar el café.

Contra esto no había más que entornar los ojos y esperar.

Y EN EL CENTRO, DON MIGUEL

De los señores de casta que ha producido Jerez, pocos podrían montar en la silla que en la plaza de los Reyes Católicos tiene ensillada a perpetuidad don Miguel Primo de Rivera, de quien los jerezanos hablan con gran respeto y confianza.

Don Miguel Primo de Rivera está en el centro de la plaza, montado a caballo y con una serie de inscripciones que recuerdan su pacificación de Marruecos y su etapa de paz y bienestar entre los españoles. Delante de la ecuestre hay una especie de angelote descamisado tocando la trompeta de la fama. Unos cien chorros de agua lanzan a la cola del caballo y a la espada del general sus dardos líricos. La estatua se ilumina en rojo, en verde y en blanco. Allí se retratan las familias a pleno sol y sirviéndose del «flash».

—¡Jozú, qué susto!—dicen cuando salta el relámpago. Y se van hacia la feria.

LA SEMANA DEL CABALLO

Está muy bien que Salamanca tenga «Semanas de Teología» y que La Mancha celebre su «Semana del Molino». Barcelona con el tiempo habrá de dar solemnidad internacional a la «Semana del

Telar», y Murcia, a la del «Guano de Seda».

Aquí entre otras cosas, importa e interesa el caballo. El caballo íntegro y total, con alas y sin alas, con jinete y sin jinete, con toro y sin toro, con paisaje de monte al fondo y con mujer a la grupa dentro de la ciudad.

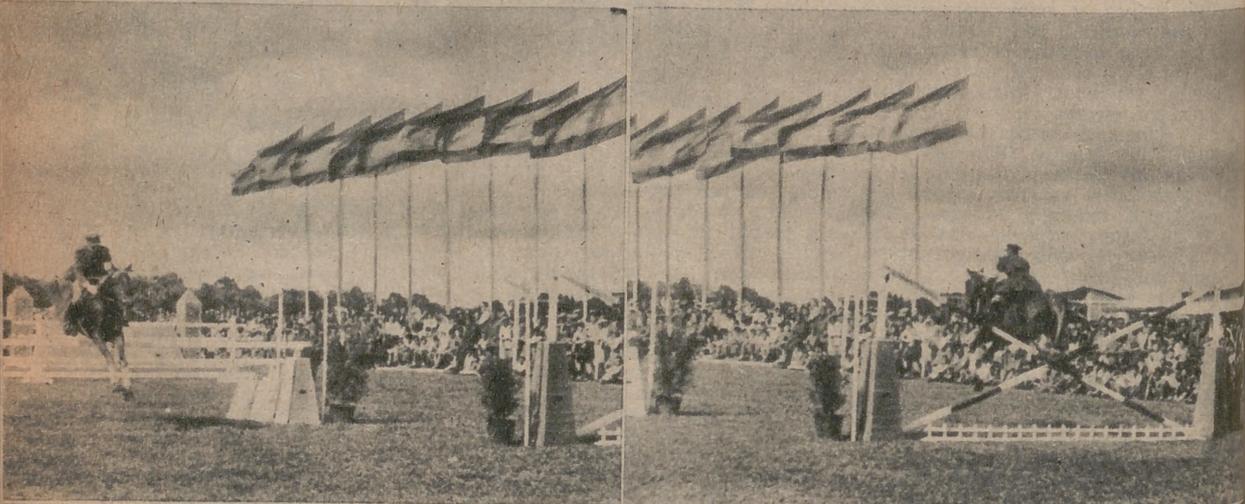
Si algún día cae alguna bomba atómica sobre la Humanidad y se salva alguien, ya verá el que quede cómo sobre las laderas y montecillos que rodean al Guadalete brinca y salta pristino y hermosísimo un caballo blanco de amplia cola o una yegua castaña de orejas tiesas e inteligentes. No hay más remedio. Al fin de la jornada—como seguramente lo fué al principio—el caballo estará en su sitio. Uno de los primeros animales que salió de manos del Creador probablemente fué el caballo, y por eso le salió tan alado, perfecto y modernísimo. El caballo no envejece: siempre parece una cosa recién creada. También el toro se puede decir que es rotundo, bello y acabado.

La sangre más pura del caballo anda suelta por esta feria de Jerez. Yo los he visto relinchando, irguiéndose, furiosos, tranquilos, puros, salvajes, en arranques deportivos y arrancadas guerreras, y de veras que siento no tener elementos de vocabulario para que el lector pudiera verlos con las patas en alto, más gráficos que el mármol y el pincel, con un vacío al espacio y al ritmo que parecía más cosa soñada que vista; o también pisar con levedad de pieza angélica la arena, arrastrando coches que tampoco parecían cosa real, sino cosa que uno ve cuando la imaginación es buena y nos regala esos trozos de majeza que no ha tratado ningún pincel ni está esculpida ni en piedra ni en bronce.

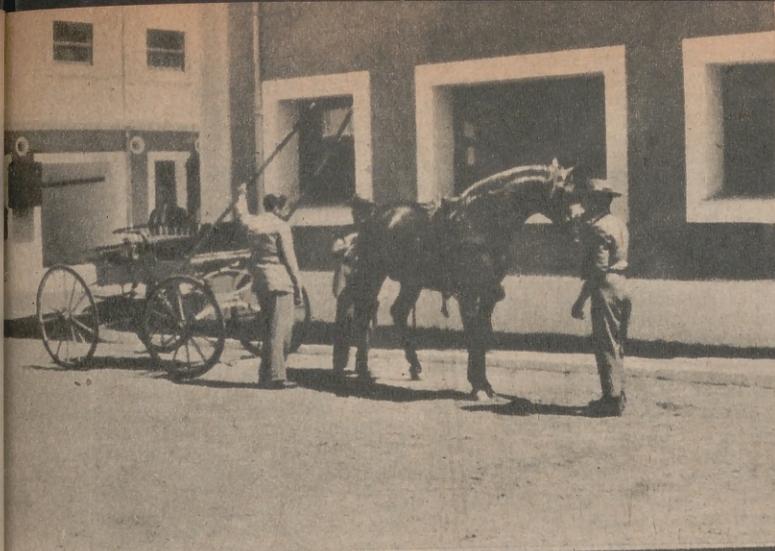
Estoy profetizando, amigos. La Semana del Caballo se hará famosa. No sólo en España, sino en el mundo entero.

UNA VUELTA POR LAS CUADRAS

Me he paseado como un empujador desocupado—perdón—por las cuadras. ¿Usted ha hecho alguna vez la prueba de ponerse cerca, al lado de un caballo, y dirigirle la palabra? ¿Ha visto la cara de comprensión que pone? ¿Ha notado la vehemencia que se



Concurso hípico en Jerez. La yeguada militar sentó cátedra de buena monta



El coche, preparado para el paseo por la feria



El caballo «Sangriento VII» asoma, coquetón, su bella cabeza

apodera del bello animal, que se mueve impaciente, clavándote los ojos? Es una fatalidad que el acero y el aluminio se hayan metido en la guerra, quitándole su puesto al caballo. Porque la guerra indudablemente ha salido perdiendo no sólo nobleza, sino brío. Era más duro y hermoso enredar la cabellera en un árbol, arrastrado por el corcel, que morir aplastado por una inmensa tortuga de tornillos y planchas. El caballo infundía carácter al que lo montaba, y para firmar la paz había que poner el pie en tierra, y aun entonces el caballo era como un testigo humano, porque venía a dar al acto un rango de ineludible ética.

A media mañana los caballos estaban inquietos, altivos. Todo Jerez venía a ser como un relincho jubiloso y dilatado, un relincho tierno, fiero, de animal indomable que se humaniza.

—Esta, ¿cómo se llama?

—Esta es «Espléndida» y es de don Alvaro Domecq.

—¿Ha rejoneado con ésta?

—Muchas veces.

El mozo le pasaba la mano por el lomo. La yegua se fijaba en mí. Es aterrador que un animal tan delicado, tan limpio, haya pasado tantas veces junto a los cuernos de los bravos. Y que haya salido indemne, etérea, como para conducir la carroza victoriosa de un príncipe.

En las cuadras de Soto me presentaron a «Revoltozo», «Pochocho» y «Aguillito». En las de don Agustín García Mier y Zorrilla, a «Ilusión», a «Tulipán» y a «Meficano VI». En las de Mora Figueroa, a «Orquídea», «Pensamiento», «Orgullosa», «Travieso», «Secreto», «Dudosa». También conocí en el Depósito de Sementales a «Animoso», «Valenciano V», «Madrileño IV», «Dadivoso», «Bombardino», «Mohamed Siroco», caballos que, más que de carne, parecen hechos de concepto, de ideas puras sobre el caballo simbólico y ejemplar. Tampoco había que dejar a un lado el «Barquillo», «Nabuco», «Jubiloso» y «Nagasaki», de la Yeguada Militar de Córdoba.

Cada uno es más estilizado que el anterior.

Entre los de la señora viuda de Terry hay que detenerse forzosamente ante esa dinastía eminente que comienza en un «Bilbaino II», por ejemplo, y acaba en «Gorrón», pasando por «Infeliz

II», «Indiano II», «Descarado II» —de éste hablaremos después—, «Descarado III», «Nervioso II», «Insidioso II». También los del marqués de Domecq —«Húngaro VII», «Sangriento VII», «Pituroso VII», «Chaparrito II», «Sisón V», «Húngaro IX», «Alejandrino IV», «Benalud II», andan mal de genealogía y sonoridad. Sin embargo, entre los de la cuadra de Guerrero Hermanos me impresionó aquel que se llamaba «Vidrio», «Vidrio», y parecía de acero. Exacta planta la de este caballo, junto a «Xeres», «Pegaso», «Vistru», «Vándalo», etc.

Daban ganas de preguntarle a estos caballos no por la salud precisamente, sino por las aventuras que tuvieron al vivir aquel pasado mitológico que indudablemente han vivido. Unos parecen los caballos que leíamos en «La Eneida», que siempre que plafaban hacían estornudar al profesor, y aquellos otros quiméricos caballos del Apocalipsis que a lo mejor vemos un día cabalgar sobre las nubes.

Todo esto que estoy diciendo del caballo da una idea en mí de arrebato súbito de fervor caballístico, cuando debía de hacer contar todo lo contrario. Monté,

para probar, encima de uno por la feria, y así tengo yo la nariz. De todos modos, un caballo es para emocionarse, sobre todo si se sabe que por «Congo» (del Depósito de Sementales) se ha presentado un americano ofreciendo la friolera de medio millón de pesetas. Y si encima de valer medio millón se llama «Jabonero», «Ebrio», «Baco» o algo parecido, se explica uno que sus dueños lo cuiden más que a santos en peana.

Y AHORA YA VIENE EL MOMENTO DE QUE PU DAMOS HABLAR DE LA ESCUELA ESPAÑOLA DE EQUITACION DE VIENA

Es desconcertante y acaso consolador pensar que de tantas cosas como han periclitado de Europa—que diría Spengler—, una de las pocas que va retando a los siglos sea esta fundación de la Escuela Española de Viena, que data, como ustedes saben, del siglo XVI y que dispone en Josefplatz del mejor picadero del mun-



Dos cartujos pasean por las cuadras su experiencia de buenos conocedores en estas nobles lides hípias

do. La yeguada de Lipiza la fundó en 1580 el archiduque Carlos con tres sementales, seis potros y veinticuatro yeguas de raza española-andaluza.

Tenía que ser en Jerez—en donde tiene su asiento la cátedra de la equitación—donde los vieneses tuvieran que someterse a esta especie de reválida del título de jinetes que con todo honor sustentan. Porque en Jerez la gente entiende de caballos. Sólo en Jerez podía darse una Semana dedicada al caballo en la que concurren las más afamadas ganaderías andaluzas, enviando sus más airosos y estilizados ejemplares. Cada caballo de los llegados traía por delante, como verdadero aristócrata, sus pergaminos y sus escudos.

Los jerezanos examinaron cuidadosamente a los «dipizzanos» y vieron hasta qué punto estos caballos conservaban las cualidades de nobleza, elegancia, tradición y finura de la raza. Y se dispusieron con toda seriedad a contemplar el espectáculo de alta escuela que los vieneses le ofrecían.

Realmente no se puede—ni siquiera mentalmente—exigir más de un caballo. El caballo, de un modo preciso, rítmico, correctísimo, inteligente, se brinda a una teoría de ejercicios cada vez más difíciles y costosas, y de todas ellas hace pieza lúcida y ornamental. No van buscando los jinetes movimientos decorativos, pero la gracia que queda petrificada sobre la arena si que parece número armonioso de revista. Casi no parece que aquello lo esté presenciando uno, sino más bien que lo esté soñando; hasta tal punto llega la regularidad de pasos y la elasticidad de saltos a los que de un modo metódico, consciente, perseverante, ha llegado la doma.

Hay un momento en que el público jerezano quizá pudiera llegar a cansarse, porque acaso se repiten los balances y desplazamientos del caballo de manera excesivamente técnica y fría. El cálculo vale mucho en el dominio del caballo, pero acaso para los hombres que viven entre caballos el cálculo no tiene que ser un esquema racional, como el de los silogismos o el de la derivación de un problema, sino más bien producto espontáneo de una energía dominada al instante, pero no superada a fuerza de hábitos.

Los jerezanos aplaudían las corvetas y las grupadas. Reconocían el mérito de los ejercicios.

—Aquí lo que falta es tenacidad.

—Eso mismo digo yo.

—Pero si nosotros tuviéramos constancia, nosotros, éso y mucho más.

Y es que los ejercicios de los vieneses quizá sean poco expresivos para el público español, y aunque le impresionen espera siempre del jinete algo más de voluntariedad e iniciativa. Pero bueno es el coronel Alois Podhajski para permitir exhibiciones personales. Caballos y hombres están en la pista pendientes de la música del *ballet*, casi se diría sin personalidad propia.

—Yo le he preguntado a don José María Pemán sobre el particular, y después de aclararme que había figuras y números entre los vieneses de equitación de alta escuela que aquí no se ha-

bían logrado, me señaló que quizá lo que puede cansar un poco al público es que la evolución de determinados pasos sea demasiado larga y se repita.

—El público nuestro quiere muchas cosas; tiene otra medida para el tiempo—ha concluido diciendo.

La venida a España de la Escuela Española de Equitación de Viena se debe justamente al yerno de Pemán, don Ramón Guerrero González, que ocupa un puesto importante en el Real Jockey Club de Jerez de la Frontera. Como viera hace seis años en Austria actuar a estos famosos jinetes se empeñó en traerlos y no ha parado hasta que lo ha conseguido.

—¿Cómo fue que se le ocurrieron traerlos?

—Quise que los viera mi padre, don Manuel, y aquí están.

Uno oye hablar del picadero de Viena y se queda turulado. Allí ha dirigido Beethoven una orquesta de más de 1.000 músicos, allí se ha reunido más de una vez el Parlamento de Austria. Festivales, bailes de sociedad, reuniones diplomáticas, Congresos, Asambleas, todo ha pasado por el picadero. La mayoría de estas cosas, incluso tronos, se han ido al traste. Pero el picadero sigue en pie.

Los rusos creo que tienen los dientes bien largos de tener tan a mano tan célebre *caballería* y no poder disponer de ella a su antojo. También Hitler, que llegó hasta allí con sus tropas, respetó totalmente la Escuela, eximiendo a sus jinetes del servicio militar.

EL CORONEL PODHJSKY

El director de la Escuela Española de Equitación es muy alto, muy serio, inflexible, rígido, matemático. Su única frivolidad es un perrito que se llama—averigüenlo—«Tranvia». De vez en cuando sale a pasear con su perrito y le llama «bandido» en alemán repetidas veces. Es su única debilidad. Lo demás es reloj. Los alumnos de la Escuela le obedecen sin levantar cabeza. Una sola mirada basta.

Las monturas de los caballos—que son verdaderas filigranas—brillan como lo que son: oro puro. Cada día tienen largas horas de entrenamiento. No quiere decir nada que el ejercicio se lo sepan de memoria y puedan hacerlo los caballos incluso con los ojos cerrados.

—¿Cuántos alumnos tiene ahora la Escuela de Viena?

—Extranjeros, siete.

Y prosigue impávido, tocándose de vez en cuando una berruguita que tiene en la mejilla derecha. Su mujer es rubia y—¿cómo no?—vienesas.

LA MADRE DEL CORDE-RO, O MEJOR DICHO, DEL CABALLO

Estos caballos «dipizzanos» provienen de Jerez, con alguna alteración que otra al cabo de los siglos; pero es que el caballo jerezano ha subsistido en su casta merced a un monasterio de cartujos que hay a unos cuatro kilómetros de Jerez, a la orilla del río Guadalete, y que es un monumento que se encuentra en plena fase de reconstrucción y que yo no aconsejo a ningún turista que se lo salte. El caballo

cartujano ha dado limpia y rotunda descendencia a las cuadradas andaluzas y jerezanas.

Todavía ayer, visitando yo el monasterio, me encontré en la huerta una yegua y una potrilla que no sé cómo no están en la Exposición, al menos por su representación simbólica.

El monasterio se llama de Nuestra Señora de la Defensa—ni quito ni pongo nombre—y está al frente de él un cartujo de la más pura estampa cartujana. Este Arteche también está esperando un buen pincel o un atrevido buril.

La próxima vez que vuelva seguro que no me deja curiosear la Cartuja. Por haber dicho esto. Pero también puedo decir que sólo un hombre como él podía llevar a cabo tan apremiantes obras sacando cuartos de allí y acá con lo cual tendrá que callarse.

En la Cartuja son actualmente 24 monjes entre padres y hermanos. Como esta Cartuja estaba en pleno abandono y ruinas, los monjes que ahora la mediodueñan, porque es inmensa, proceden de Miraflores e incluso de Italia.

En esta Semana del Caballo, Jerez también le debe un homenaje a esta Cartuja, cuna de su más típico caballo. La Cartuja los ha conservado y mimado. Una vez vueltos los frailes, después de la expulsión decretada por José Bonaparte, lo primero que hicieron fue dedicarse a la crianza del caballo.

EL EXITO DE LA TEMPORADA: EL CABALLO TORO

Alfonso Torres, de Huelva, con su caballo «Martinet»—nombre de cantante—, se ha hecho la figura del día.

Lleva unos meses domando a su caballo, y en este tiempo ha logrado adaptarlo totalmente a la faena taurina. El caballo va tras la capa, se vuelve, embiste, se cifa, al cuerpo del caballista-torero, se coloca en todas las situaciones en que un toro es puesto a la fuerza por mano experta. El caballo sufre un plagio de banderillo y es torreado con capa y estoque de forma magistral. Ni un momento el caballo se distrae y deja de entrar como los buenos. Cuando el toreador hace como que le hinca el estoque, el caballo, de modo trágico, violento, plástico, muere. Hace como que muere, mejor dicho, pero lo hace como si hubiera estado viendo morir caballos infinidad de años. Alfonso Torres se hizo célebre con su chaquetilla color mayonesa y su pañuelo a la cabeza.

Yo vi a los instructores de la Escuela Española de Viena poner una cara de asombro estupenda.

CABALLOS DE CARNE Y HUESO; CABALLOS EN BRONCE, LIENZO Y MARMOL; CABALLOS EN LIBROS, FOTOGRAFÍAS Y SELLOS

Decir Jerez es decir caballo, y decir jerezanos es proclamarse garrochista de abolengo. Jerez es la casa solariega de los partidicos de polo de España, ya que fué el marqués de Torresoto el introductor en la Península de este deporte. Actualmente España marcha a la cabeza en estos tor-

neos, junto con Inglaterra entre los europeos, como lo es Argentina, Estados Unidos y Méjico entre los americanos. En el equipo nacional de polo, cuando menos, han figurado dos jerezanos. El Club de Polo de Jerez es el más antiguo de España.

Pero también en carreras de caballos Jerez tiene que decir mucho, porque aquí tuvieron iniciación y un auge como en ningún sitio de España. La carrera aquí tiene tanta solera como el conac, o más. Los nombres de Garvey, Aladro, Marqués de Mi-sa, los Hermanos González Soto, el Duque de Almodóvar del Río, tienen prestigio y resonancia universal. Dicen que este último murió mártir de su afición hípica, queriendo quitarse peso para las carreras. Ya en plena euforia republicana estaban los jerezanos disputándose la copa de Su Majestad el Rey Alfonso XIII.

Ni que decir tiene que el Real Jockey Club de Jerez es el más antiguo de España, y que, en cuestión de caballos, esto siempre ha sido y será como la Academia de la Lengua para un literato. Esto no hay quien lo dispute, como no hay quien se atreva a poner en duda que el «Río Viejo» es un vino que hace hacer hazañas ecuestres al tío más co-so y parado. Que un caballero «rejoneador», don Alvaro Domecq, sea actualmente el Alcalde de Jerez, ya lo explica suficientemente todo.

El caballo de carne y hueso lo hemos visto tenso y alado sobre la pista. Unas veces se llamaba «Descarado», y otras «Majó», o «Mariscal», o «Generale». Pero lo que es el caballo hecho tradición literaria y símbolo artístico, eso hemos tenido que verlo y admirarlo en la Academia de San Dionisio, en donde grabados, porcelanas, estampas, libros, bronce, medallones, sellos, trofeos innumerables, ponen en evidencia la alta estima con que cuenta el caballo en esta tierra.

La mayoría de los libros, desde «Tratados de albeiteria», de cerca de quinientos años, hasta el «Manual del cochero», pertenecen a don Luis Toro y Buiza. Los sellos de Correos, incontables, preciosos, rarísimos, son de don Juan Ponce de León y Freyre. Unas figuras de porcelana con la Escuela de Viena son propiedad del excelentísimo señor don Manuel Guerrero Lozano, y tienen más valor cuanto que los moldes fueron destruidos en la pasada guerra. Entre las colecciones de estampas destacan las de don Luis de Domecq y Rivero, las de doña María de Montesguilont, las de don Julián Pemartin, las del ilustrísimo señor don Pedro Guerrero de Castro y las de Antonia Guerrero, viuda de Romero. Las colecciones de copas de don Manuel Guerrero Lozano, don Pedro Guerrero de Castro y el marqués de Domecq d'Usquain son incabables. Entre los bronce están los de la marquesa de Dervey, magníficas piezas todos ellos.

Y así es cómo el caballo no está solo en la calle y en el ruedo, sino que, lo mismo que ha salido de las cuadras, ha salido de los salones y las bibliotecas, donde vive cientos de años, exaltado, es cueto, perfectísimo.

Los jerezanos, de querer echar la casa por la ventana, aparte del vino que corre a espuestas por los canalillos del suelo, tienen que tirar caballos a diestro y siniestro.

Están en su derecho estos ganaderos al defender con tanto celo la pureza del «hierro». No olvidemos que toda la raza caballera de todo un Continente es únicamente producto y descendencia de los pocos ejemplares que llevaron allá los conquistadores y colonizadores españoles. Para ver hasta qué punto aquí se defiende la clase habrá que recordar aquella anécdota de cuando los Reyes regalaron a los cartujos de Jerez dos sementales procedentes de la Real Yeguada de Aranjuez. Como los monjes no los consideraran muy legítimos, al hierro propio, que era una campana, le añadieron su correspondiente badajo. Como después le preguntaran al prior la causa de esta nueva forma de acufiarlos no tuvo más remedio que replicar.

—Es para que estos caballos, señor, de algún modo hagan ruido.

EL CABALLO EN LA TRIBUNA

Todos los días, en la Casa Sindical, ha habido conferencias sobre el caballo. Especialistas como Ruy d'Andrade, Cabanillas Prósper, Velasco Sará, Ernest H. Hutton, Alois Podhajsky, Eugenio de Luque, Pemán, Monjes Oliver, De las Cuevas, Velázquez Gaste-lu, Aparicio Sánchez, Castejón y Martínez de Arizala, etc., han discursado sobre el caballo. Todas las actitudes y dimensiones del caballo, la guerra, la paz, lo doméstico, lo diplomático, la reproducción, la estética, ha sido estudiado de forma documental, gráfica, retórica, económica, solemnne, etc., según el caso y el conferenciante.

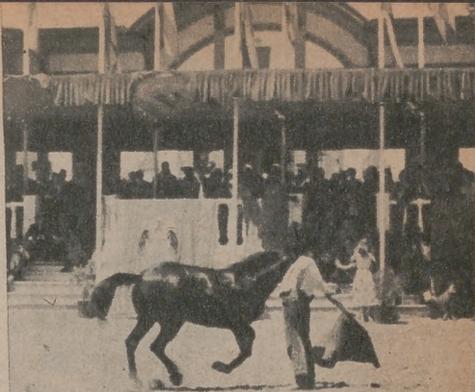
Habría sido cosa de colocar junto a la tribuna a «Triunfo», tercer fruto joven de «Espléndida», la yegua que se ha enfrentado con más de 200 toros. ¡Que le vengan con discursos al lim-pido angloárabehispano!

UNA PRODUCCION DE INTERES NACIONAL

Los caballos presentados en la Exposición son unos 600. Entraron al concurso 78. En las carreras al galope hay inscritos 54. En las de trote enganchado, ocho. Figuran en enganche unos 40. El total de caballos que circula estos días por estas pistas vale unos 20 millones de pesetas.

Por lo visto, el caballo español es la base de toda raza, es el caballo más apto para todas las disciplinas y juegos. Y los ganaderos jerezanos, que saben que sus caballos de raza andaluza son inconfundibles y únicos, creo que no han de parar hasta que la cría caballera exiga una especie de patrimonio artístico tan exigente como el que conserva cuadros y esculturas. Ellos están convencidos de que sus caballos son una gloria nacional.

Y, al mismo tiempo que se sientan orgullosos, se muestran preocupados, porque no se trata



Tres momentos de la «faena» de don Alfonso Torres a su caballo-toro

tan sólo de exaltar en una fecha determinada al portador de muchas de nuestras victorias guerreras, sino de condicionar de un modo sabio la crianza de tan galanos y soberbios potros.

Yo pienso que estos días el caballo se daba un poco cuenta de su importancia, y había que ver a las yeguas enganchadas «a la calesera», «a la inglesa», «a la húngara», «en limonera», cómo

hacia horizontes de grandeza y majestad imperial! Creo que el premiado fué el de la viuda de Terry. Pero no hay que olvidarse el coche de don Carlos Piñar, ni el de la marquesa de Santurce, ni el de don Fermín Bohórquez, ni el de García Mier de Zorrilla, ni, por supuesto, los tres re Domecq, ni la presencia de la Yeguada Militar de Córdoba.

Y DE LA FERIA, ¿QUE?

Pues de la feria, bien poco, que lo del caballo nos ha llevado a rastras, y entre vieneses y españoles nos hemos pasado las mañanas y las tardes viendo pasos y figuras de lo más arduos y caprichosos. Creo que era el comandante de caballería López de Hierro el que llevaba la voz cantante siempre en facultades de equitación de alta escuela, como lo eran los zagaes de don Alvaro Domecq a la hora de humanizar un poco la atención del público.

La feria hervía de pitos, altavoces, castañuelas, guitarras y se guidillas. Lo veíamos al pasar. Hervía también de «tanto», «es lo último», «más no doy», el recinto de compra y venta de ganado, que, a decir de los entendidos, ha estado abundante, pero algo barato. Por días, caballos, mulos, burros, cabras, cerdos, pasaban de una mano a otra. Con sólo poner encima del juz de campo un montón de billetes de los gordos.

A la puerta de las casetas rumbosas estaban los que viven y son felices comprobando que alguien por lo menos se divierte y lo pasa bien.

Ayer no se hablaba más que del novillero Corpas y del caballero-jinete Peralta. Sobre todo para que vieran los vieneses que aquí, en esto de hacer que el caballo levante las manos y agache el cuello, hay poco que aprender.

—Lo que ocurre es que a nosotros todo eso del *minueto* no nos va—decía uno de los muchos «Séneca» que uno se encuentra por aquí.

Si en la feria se traga polvo, se traga mucho más polvo. Pero es un polvo que alimenta. Es una tierrecilla que tiene sal y pimienta molida, que en una caseta te ofrece un amigo inseparable y en la otra hace que te tengas que tomar de aperitivo tres huevos duros. Esta despreocupación jerezana, tan directa y viva y, al mismo tiempo, tan distinguida es lo que hacen en esta limpia y blanquísima ciudad la estancia tan agradable. Porque—esto también hay que decirlo—aunque sea ciudad de ritmo lento es crátera de riquezas que florecen y brillan para todos. El presupuesto de gastos del Ayuntamiento de Jerez viene a arrojar de gastos unos treinta y tantos millones, pero son gastos que se ven, comenzando por los cofres de bomberos, que dudo los tengan iguales capitales de primera categoría, y siguiendo después por los bloques de viviendas protegidas. Me han dicho que don Alvaro Domecq acabó con los pobras de la mendicidad, que eran plaga, y el procedimiento ha sido burocratizarlos. Cada uno viste un «amon» limpio y puede pedir, pero con una hucha. Lo que se recoge se reparte entre todos. Desde luego el aspecto de la ciudad encanta. La lástima es que uno tenga que venir a estos sitios siempre de carrera, como los caballos.

—¿Y usted e que apunta todo lo que ve?—me ha preguntado un señor de sombrero andaluz negro y pantalones sin vuelta, y un elavel rojo que quitaba el sentido.

—Todo, no; algunas cosas.

—¿Pues sabe usted lo que le digo?

—¿Qué?

—Que eso tiene que ser muy aburrido.

Sí, quizá lo más interesante es lo que uno no escribe. Porque hay algo así como un egoísmo en esto de archivar los recuerdos y las emociones. Uno no quiere contarlas porque luego todo se sabe y luego a lo mejor te las cuentan a ti como vividas por otro.

—Yo, cuando le he visto, me he dicho: ete no viene a comprar ni un caballo blanco ni una mula castaña.

—Pero no es por falta de ganas.

—Pero ¿es que a usted le gustaría?

Estaba viendo que, andaluz rumbante, era capaz de regalarme un potrillo. Y habría que ver lo que habría dicho la señora de la pensión al verme entrar, que ya me tiene por un tío raro.

—¿Usted, señor Castillo, cree que con un petro que relincha y come alfalfa seca sus vecinos de cuarto van a poder sacar las oposiciones de Notaría?

Y hubiera tenido razón. Ni en el correo, ni en el expreso, ni siquiera en el «Taf» hubieran querido dar billete para este potrillo al que le están saliendo las alas y que probablemente me habría regalado mi compañero de mesa de café si hubiera dado por insistir y confraternizar. Pero no era posible. A lo mejor después otros compañeros del «Gijón» hubieran también querido tener su potrillo y hubiera sido un lío. Palabra.



Por el Real de la Feria, que estuvo constantemente animado por la belleza jerezana



Señores, los entendidos hablan de caballos

maniobraban de arrogantes y voluptuosas.

Creo que espectáculos como el que vimos ayer en la plaza de toros de Jerez no se había visto hace muchos años. Coches enjaezados a la usanza jerezana, tirados por cinco, siete, tres o dos jacas garbosas y puras, daban vueltas incesantes al ruedo transportando un mocerío lindísimo, que hacía sentirse a las yeguas en trance de muchacha piropeada. Era el ruedo una espléndida cinta fantástica de color, que ya vemos cómo nos la saca el «No Do»—ahora que está en ello—a la hora de las verdades. ¡Cómo estallaba el latido de los flamantes cocher s, cómo sonaba la trompeta, como braceaban los estupendos brutos, como oteaban

LEA Y VEA TODOS LOS SABADOS

EL ESPAÑOL

EGIPTO BAJO EL SIGNO DE LA REVOLUCION

SIN DEMAGOGIAS
NI REPRESALIAS,
EL NUEVO REGIMEN
SACUDE EL YUGO
DE SIETE SIGLOS
DE ESCLAVITUD
AGRARIA



UN PUEBLO UNIDO
AL GRITO DE "FUERA LOS INGLESES"

Naguib y Nasser
en el contraste
político y humano

Desde EL CAIRO, por nuestro enviado
especial Fernando P. de CAMBRA

EGIPTO, el cinco veces milenari Imperio de los faraones, solar estático en que se fraguaron múltiples razas a lo largo de siete mil años, está siendo escenario de una revolución que, en buena lógica, llegará hasta las mismas entrañas de su propio ser. En dieciocho meses ha saltado del feudalismo a la libertad, sin las transiciones que parecían norma obligada en tal clase de movimientos. Y lo extraordinario del caso reside en que esta verdadera revolución políticosocial viene realizándose a un ritmo aceleradísimo y sin el menor derramamiento de sangre. Lo cual no impide que sea profunda, decisiva y, por las trazas, permanente.

A lo largo de varias semanas, casi dos meses, he vivido personalmente las diversas etapas de esta revolución en marcha. Preferí hacer acopio de perseverancia, y en vez de opinar por cuenta propia, oír y anotar cuanto me dijeron los actores, testigos e in-



En estos dos grabados se recogen las entrevistas que nuestro enviado especial sostuvo con el coronel Nasser (arriba) y el Presidente Naguib, en la foto inferior

cluso oponentes de esta revolución en marcha.

A lo largo de este lapso de tiempo imperceptible (¿que representan unas semanas para la tierra que lleva siete mil años de historia a cuestas?) puede decirse que he recorrido todo el país de punta a punta. Desde la multicolor algarabía caiota a la eterna maravilla de Luxor, sin olvidar las pirámides de Gizeh y Sakhareh, ni el varias veces centenari templo de Santa Catali-

na, en la península de Sinaí. A la primera llamada se abrieron todas las puertas del mundo oficial con esa naturalidad sonriente que constituye la amable característica de la cortesía islámica. Me recibió el Presidente, general Naguib. Entré en el Cuartel General de la Revolución custodiado por marineros y soldados con fusil ametrallador y defendido por barreras de alambre espinoso. Estuve en ministerios, despachos oficiosos e incluso en el

domicilio o centros de algunos organismos que pudieran clasificarse entre los de oposición más o menos disfrazada al régimen imperante. Todo esto, a la luz del día, bajo este sol espléndidamente escandaloso de Oriente Medio y sin que nadie me pusiera el menor obstáculo.

Sin ruegos, instancias ni ante-salas he charlado amistosamente con los hombres que desde hace veinte meses figuran de continuo en la primera página de los rotativos mundiales. La notoriedad no ha dañado su innata sencillez. Hacen el efecto de ser los mismos jefes y oficiales de antaño, con más responsabilidad, más trabajo, más espíritu de sacrificio y semejante disciplina que en el regimiento. Creo que son hombres buenos, honrados a carta cabal. Que les guía el convencimiento más absoluto de que, todo cuanto realizan, es por el bien de la patria y de su pueblo. Alguno me retuvo por espacio de tres horas largas, mientras yo tomaba notas o procuraba retener sus declaraciones en la memoria. Ninguno exigió releer dichas anotaciones para asegurarse que había interpretado correctamente sus ideas. Han confiado en mi lealtad, y, como es lógico, no seré yo quien traicione esa confianza.

De otra parte entrevisté asimismo a políticos y jefes de movimientos y sectas que en otras condiciones clasificaría entre las de oposición. Tal vez aquí la charla resultase menos espontánea, porque faltaba el nexo del «oficio»; pero me apresuro a añadir que también fué noble y veraz hasta donde pueden serlo política y fanatismo. Porque de todo hay en la vida del Señor.

He presenciado las manifestaciones callejeras que a voz en grito solicitaban la permanencia del Consejo de la Revolución, pronunciando denuestos contra los viejos partidos políticos que hacían nuevo acto de presencia. Mezclado con la muchedumbre pude darme cuenta de que el entusiasmo embriaga más decisivamente que el alcohol. Vi cómo el Rey Saud, de Arabia Saudita, retornaba a sus patrios lares tras haber intentado honesta mediación entre el «lewa» Mohamed Naguib y el «bichbacher» Gamal Abdel Nasser. Después, la indisposición del primero, que se ha prolongado más de la cuenta y sugiere la posibilidad de un apartamiento en las destacadísimas funciones políticas que desempeñó a lo largo de dieciocho meses. Más tarde he visitado las tierras de Safara, en el delta del Nilo, antiguo feudo del ex Rey Faruk, con sus 5.000 «feddans» de tierras fértiles distribuidas entre los «fellahs». A continuación asistí también al acto solemne de entrega a los campesinos de 25.000 «feddans» (recuérdese que un «feddan» equivale a 4.200 metros cuadrados) expropiados. Y a lo largo de esto y otros hechos memorables pude percatarme de que estaba asistiendo a una revolución auténtica, que prácticamente modifica las propias esencias de un país que, por razones imponderables que no me incumben a mí enjuiciar, se había detenido en los usos y costumbres imperantes hace cuatro siglos.

Pero debo hacer una adverten-

cia esencialísima: esta revolución posee sus características propias, e incluso me atrevo a decir que extraordinarias. Por de pronto es la más incruenta que registra la Historia. Ni un acto de fuerza, ni una ejecución, ni incendios, ni anarquía. Incluso se ha dado el caso insólito de que los presos políticos fueran puestos en libertad al propio tiempo que suspendían las elecciones y recusaban los principios mantenidos por los detenidos. De otra parte, cuando el Consejo de la Revolución dirige llamamientos a obreros y campesinos arremetiendo contra el imperialismo, alguno podría suponer que sus arengas tienen un regusto marxista. Y, sin embargo, no hay tal. Todos ellos se declaran anticomunistas acérrimos, patricias por los cuatro costados.

EL PROLOGO DE LA REVOLUCION

El 26 de enero de 1952 marcó el comienzo de una etapa decisiva. Hasta entonces la revolución patriótica fraguada en cuarteles y cuartos de banderas pudo deslizarse por sus pasos contados, preparando el sendero lentamente. Desde aquel día pareció indispensable forzar la marcha de los acontecimientos.

Una jornada luctuosa fué aquel 26 de enero. El Cairo debe su actual supervivencia a un puro accidente meteorológico. Si el dios Eolo no hubiera sesteado a la vera del Nilo, junto a las palmeras cimbreantes, a estas horas la ciudad sería un montón de escombros calcinados. Ardieron 700 edificios bajo la tea incendiaria de grupos perfectamente organizados que cumplían una misión preconcebida. Fué una especie de verberna trágica que registró las únicas víctimas de la revolución. No hubo fuerza que se impusiera a los amotinados. ¿La Policía? Se había declarado en «huelga» (¿para democracia?) para protestar contra los incidentes del Canal. ¿El Ejército? Por rara coincidencia, todos los jefes y oficiales de guarnición en El Cairo habían sido invitados veinticuatro horas antes a un banquete que les daba el entonces Rey Faruk.

Fué necesaria la amenaza del general británico que entonces mandaba las fuerzas inglesas acantonadas en la zona del canal de Suez para que cesaran los disturbios. Sus blindados se disponían a emprender el avance y ocupar El Cairo. Entonces, como obedeciendo a una consigna, los incendiarios cesaron en su lamentable tarea y termino el saqueo. Respiró la ciudad inerte, sonrieron algunos con rictus maquívélico, y el Ejército comprendió que era llegado el instante de surgir a la luz pública, prescindiendo de la clandestinidad. Y por las referencias que me proporcionan (nada más fácil que enjuiciar a posteriori), ahora llego al convencimiento de que ese prólogo estaba destinado a una historia que ningún punto de contacto guarda con esta otra que ahora escribe, vive y desarrolla el Consejo de la Revolución.

Después, un compás de espera. Pero de una espera aparente, porque en la clandestinidad y el anonimato colectivo se preparaban los eventos que saldrían a la luz pública seis meses más tarde.

EL GOLPE DE ESTADO

A estas alturas uno se pregunta si la jornada crucial del 23 de julio de 1952 fué preparada en todos sus detalles de antemano o si los acontecimientos se precipitaron de una forma natural, por su propia inercia. Personalmente estimo que ni los mismos conjurados serian capaces de precisarlo con entera exactitud. Porque una revolución equivale a liberar fuerzas de potencial desconocido; sabemos como emplear, pero nadie es capaz de asegurar el alcance definitivo.

De buenas a primeras, aquel 23 de julio adquirió todos los aspectos de un golpe militar contra los desaciertos y abusos de poder del Monarca reinante. Muchos levantaron los hombros con gesto despectivo, musitando la palabra «cuartelada». Otros clamaron contra la demagogia de algunos oficiales sin experiencia. Y, sin embargo, ninguno acertaba.

No hace falta reiterar los hechos siguiendo un orden cronológico. Exilio de Faruk, que zarpo de Alejandria a bordo del regío yate «Maroussia», llevándose a toda la familia, amén buena parte de sus tesoros. A continuación un breve lapso de Regencia, que hubiera podido prolongarse sin las excentricidades del ex Rey. A la vuelta de pocas semanas, la República. Después, el embargo de los bienes reales y tierras del latifundismo. Luego, los partidos políticos y sectas extremistas declaradas fuera de la ley. Más tarde, los Tribunales militares pronunciando sentencias contra responsables del anterior estado de cosas... Resumiendo: el natural proceso revolucionario. Pero con una particularidad notable que nadie se ha tomado la molestia de recalcar: toda esta revolución, que cambiaba radicalmente la faz del milenario Egipto feudal y retrogrado, se llevaba a cabo por etapas aceleradas, pero sin crueldad, ni efusión de sangre, ni siquiera persecuciones. Total de víctimas: dos soldados muertos por un lamentable error durante la primera jornada revolucionaria. Y en el fondo y forma, un plan de operaciones acorde con la técnica castrense.

En el Cuartel General de la Revolución he mantenido largas horas de charla con el comandante mayor Amin Shaker, portavoz oficial del Consejo Revolucionario, que prácticamente rige los destinos de Egipto. Es un hombre en toda la fuerza de su juventud impulsiva, de aspecto franco y noble, que expresa sus razones con la ruda naturalidad del militar nato. Y entre dos tazas de café turco, me dice:

—El Consejo de la Revolución se creó hace diez años en la clandestinidad y dentro del mayor secreto. Paulatinamente fueron incorporándose núcleos de militares jóvenes, entusiastas, patriotas, con ideas modernas, espíritu de renovación y desprovistos de ambiciones personales. Trabajamos en la sombra por la revolución y para la revolución, que había de ser constructiva. Por eso mismo no nos limitábamos a conspirar; al propio tiempo estudiábamos los múltiples problemas que habrían de presentarse cuando nos hiciésemos cargo del Poder. Por eso llegamos con un pro-

grama politicosocial. Somos socialistas, pero nuestro socialismo es nacional y puramente egipcio...

EL CONSEJO DE LA REVOLUCION

Producido el golpe de Estado que culminó en la jornada del 23 de julio, el misterioso Consejo de la Revolución pretendió continuar guardando el anonimato. Pero los hombres proponen y los acontecimientos subsiguientes disponen. A la vuelta de escasas semanas resultó indispensable surgir a la luz pública: Lo aconsejaban el bien público y el futuro de esa misma revolución. Y los acontecimientos subsiguientes confirmaron el acierto de tal medida.

—El Consejo—me dice el citado comandante mayor Amin Shaker—estaba compuesto por los jefes y oficiales siguientes: teniente coronel Gamal Abdel Nasser, jefe y promotor del Movimiento; general Abdel Akim Amer, coronel Zakaria Mohié Eddine, comandantes Salah Salem, Abdel Latif Boghdadi, Gamal Salem, Kamal Eddine Hussein y Khaled Mohié Eddine, tenientes coroneles Anuar El Sadate y Hussein El Shaefei, y jefe de escuadrón Hassan Ibrahim.

Nota que falta en esta lista el nombre del general Mohamed Naguib, actual Presidente de la República, y así lo hago notar a mi interlocutor. Este, sin la menor vacilación, responde:

—El «lewa» Mohamed Naguib no perteneció jamás al Consejo mientras conspirábamos. Ni siquiera cuando fué elevado al rango de jefe del Gobierno y cabeza suprema «visible» de la revolución. Dos meses después de haber sido nombrado Presidente nos pareció anormal esta situación y le incorporamos al «Consejo».

La respuesta es clara y contundente, pero en todo esto hay algo que no acierto a explicarme. Dirijo una mirada interrogadora, que el mayor Amin Shaker interpreta en el acto, puesto que aclara sin tardanza:

—¿Por qué elegimos por jefe oficial al «lewa» Mohamed Naguib? Primero por su jerarquía militar; Después, porque siempre le hemos considerado como un hombre probc. Además tuvimos en cuenta su popularidad y que la simpatía que despertaba en las masas podía servir los intereses del país.

EL GENERAL NAGUIB ENCARNA LA REVOLUCION

Y, a partir de este instante, Mohamed Naguib, militar desconocido, parece encarnar el propio espíritu del nuevo Egipto. Le vemos tratar la abdicación con el ex Rey Faruk. Después, su retrato por todas partes. Hace declaraciones, concede interviús (tal vez demasiadas), exhibe su figura bonachona en todos los actos públicos que se celebran, recibe las ovaciones constantes del pueblo. Se adjudica o le atribuyen todos los méritos y reformas que van produciéndose de acuerdo con los programas elaborados. Su personalidad tiene tanto relieve que cierto periodista, tras haber obtenido una de las muchas interviús que el general concedía entonces, la tituló nada más y nada menos que «la entrevista del siglo».



El presidente del Consejo, Abdel Nasser, dedica especialmente esta fotografía para EL ESPAÑOL

—Mohamed Naguib— continúa diciéndome el mayor Amin Shaker—es un hombre bueno y patriota a carta cabal. Tal vez por eso mismo, por su misma sencillez, se embriagó un poco con la popularidad creciente que adquiría. Porque todas las buenas obras politicosociales que iba llevando a cabo el Consejo de la Revolución se las atribuíamos. Desde el comienzo, diez años antes, veníamos trabajando en la sombra y por nuestro gusto hubéramos continuado igual. Pero llegó un instante en que tuvimos que expresar nuestra disconformidad. No habíamos expulsado a Faruk para erigir otro dictador en su lugar. Hicimos una primera advertencia...

Al llegar a este punto debo forzosamente abrir un inciso, porque el espíritu de disciplina castrense del comandante mayor Amin Shaker impide que detalle con más claridad. La «disconformidad» expresada por el Consejo de la Revolución consistió lisa y llanamente en un «arresto». Así como suena. Mohamed Naguib, general del Ejército egipcio, Presidente de la República, jefe

del Gobierno y cabeza visible de la nación, permaneció por espacio de unos días confinado en su casa. Y después tornó a hacer acto de presencia oficial, como si nada hubiese acaecido, la eterna sonrisa bonachona, gesto afable, pipa entre los dientes y el saludo pronto.

Personalmente tengo adquirido el convencimiento de que Naguib es más político, en el buen sentido de la palabra, de lo que muchos suponen. Adquirí este convencimiento a los escasos minutos de charla privada.

—Todos los elementos subversivos, disolventes, enemigos del régimen y de los postulados de nuestra revolución, pretendieron aprovechar las divergencias que se habían producido entre el Consejo y el general Naguib. Esto quedó bien claro en el curso de las manifestaciones producidas durante la primera quincena de marzo. Los comunistas aplaudían y vitoreaban al general Naguib, igual que antes se pusieron contra los ingleses cuando el asunto del Canal. Lo hicieron para congraciarse con el pueblo egipcio, que, como todos los pueblos

sencillos, es sentimental y pro penso a las iniciativas generosas y patrióticas. En nuestro país, el comunismo es poco numeroso, pero en cambio, muy activo. Las manifestaciones antes citadas las organizó el Frente Común, que engloba a todos los elementos disolventes, incluido el marxismo. Alguna fracción de la Hermandad Musulmana también se unió. Con la habilidad que les caracteriza cogieron materialmente la ocasión por los pelos, y aprovechando las tan repetidas divergencias organizaron dichas manifestaciones. Aplaudían a Naguib y después interpretaban sus discursos como mejor les convenía. Afortunadamente, el teniente coronel Gamal Abdel Nasser, como jefe del Consejo de la Revolución, supo ver a tiempo el peligro e impuso orden...

«El general Naguib, es un hombre bueno, noble y patriota, que se embriagó un poco con el Poder y la popularidad». Esto me dicen en el Consejo de la Revolución, y yo lo creo a pies juntillas, tanto más por cuanto las incidencias subsiguientes vinieron a confirmarlo. Pero existe algo más. Este primer «aviso» al general-Presidente, no fué bastante para que rectificase su línea de conducta. Antes de que se cumpliera el plazo de tres años que se había fijado el Consejo de la Revolución en julio de 1953, cuando tomó el Poder, deciden volver al sistema parlamentario. Pronuncian discursos en este sentido, haciendo declaraciones e incluso se ponen al habla con los viejos políticos del antiguo régimen. Resumiendo las actividades a lo largo de las dos semanas escasas que separan el retorno de Jartum de los últimos y sensacionales eventos, tienden a desandar todo el camino recorrido por la Revolución en diez y ocho meses. Y constituyen negación del golpe de Estado, porque si se vuelve a los mismos partidos políticos puestos fuera de la ley, si autorizan las actividades de los propios hombres políticos procesados, ¿dónde está la justificación revolucionaria?

Pocos días después, cuando prácticamente están convocadas las elecciones parlamentarias, el Consejo de los Cincuenta, presidido por Ali Maher, elabora el proyecto de Constitución que ha de ser sometido a la nueva Asamblea, pone a los presos políticos en libertad, restablece la libertad de Prensa, suprime (teóricamente) la censura postal, y el Consejo de la Revolución decide retirarse tan pronto como se reúna dicha Asamblea. Entonces el general Naguib declara públicamente:

—Hoy es el día más feliz de mi vida; volvemos a la libertad constitucional...

Lo cual significa una nueva negación de los principios que justifican su presencia en la política puesto que los objetivos de la revolución todavía no han sido alcanzados plenamente.

Veinticuatro horas más tarde, nuevo desacierto o ligereza. Se pone al habla «telefónicamente» con el antiguo jefe del partido Wafd, es decir, con Mohamed Nahas que se halla detenido en su domicilio. La conferencia es interferida, y un diario matutino publica los términos esenciales de

la charla. Prácticamente hace el efecto de que el Presidente Naguib, figura representativa de la revolución, está manibrotando por su cuenta, y hace caso omiso de sus compañeros del Consejo. Y al propio tiempo el juego de los políticos. Tal vez, sin él mismo darse cuenta.

Para darnos cuenta del clima reinante voy a transcribir algunos párrafos de la entrevista que en la tarde de aquel mismo día mantuve con el señor Mohamed Salah Eddine, ex ministro de Asuntos Exteriores con el Wafd, en cuyas filas militó hasta su disolución. Hombre íntegro y luchador, fué delegado especial de Egipto en la O. N. U., y el mismo que anuló el tratado de condominio del Sudán con los ingleses.

—Todo el país ama la democracia, y no soportaría la dictadura. Estimo que unas elecciones constituyen la mejor forma para salvaguardar los intereses de la nación. Por experiencia personal, he podido comprobar que el pueblo egipcio siempre dio muestras de patriotismo y prudencia, en cuantas elecciones libres se celebraron. Estoy seguro de que éstas lo serán. Y es el buen camino...

Cuarenta y ocho horas después, ese mismo pueblo egipcio se lanza a la calle y se manifiesta ruidosamente contra el sistema electoral, pidiendo la permanencia del Consejo de la Revolución.

Interin el Rey Seud de Arabia Saudí que desde hace una semana realiza una visita oficial, decide retrasar su partida. ¿Razones? Oficialmente, limar asperezas entre el «lewa» Mohamed Naguib y el «bichbacher» Gamal Abdel Nasser. Es probable que hasta cierto punto creyó haberlo conseguido. Como también puede suponerse lo contrario. Sea como fuere, lo cierto es que a la mañana siguiente parte hacia el aeródromo con todo su numeroso y lujoso séquito. Y aquí se produce una escena trágicomico que relato con toda clase de reservas, puesto que no me fué dable presentarla en todos sus detalles íntimos.

El general Naguib y la mayor parte del Consejo de la Revolución han acudido para despedir al Monarca saudí. Este toma asiento en su avión personal. Naguib sube al aparato y permanece buen rato charlando. ¿Qué ocurrió entonces? Unos aseguran que Gamal Abdel Nasser creyó que el Presidente intentaba marcharse con el Rey de Arabia Saudita. Lo cierto es que se introduce en el aparato rápidamente, seguido por dos ministros. Hablan. Discuten. Y al final, como argumento supremo, Seud extrae un Corán de la faldriquera y hace jurar a Nasser que en ningún caso atentarán contra la vida de Naguib. Todos prometen; vuelven a tierra y el aparato levanta el vuelo.

El general Naguib es fama que siempre disfrutó de una salud de hierro. Su constitución física parece confirmarlo. Sin embargo, apenas el aparato saudita empieza a perderse en lontananza, sufre un desvanecimiento con vómitos que le obligan a retirarse hacia el edificio del campo. Me afirman que es un ataque cardíaco. Todo puede ser. Lo cierto e incontrovertible resulta que permanecerá tres largas semanas en su domicilio. Muchos suponen

que su carrera política terminó definitivamente. Yo, más prudente o reservado, prefiero no expresar opinión alguna.

¿Y el pueblo? preguntarán ustedes. ¿Qué dicen esas muchedumbres que hace dos semanas le aclamaban obligándole a saludar repetidas veces desde el balcón del Palacio Presidencial de Abdine? A esto contestaré que el pueblo nada dice. Es más incluso parece como si le hubieran olvidado, aun cuando su retrato figure por todas partes como antes. La suerte está echada. «Inch Allah!»

EL «BICHBACHER» GAMAL ABDEL NASSER

El teniente coronel Abdel Nasser trabaja veinte horas diarias —me dice su ayudante secretario y portavoz oficial, el «sagh» Amin Shaker—. No puede dedicar tiempo a mantener conversaciones, ni conceder entrevistas periodísticas. Después podrá verlo e incluso, si lo desea confirmará cuanto yo le diga.

Ha sido necesario rendirse, y si mucho me apuran, añadiré que nada perdí en el cambio, pues el comandante mayor, Amin Shaker, haciendo honor a su nombre, que significa «Muy discreto», me facilitó cuantas referencias estimé necesarias en el curso de un diálogo amistoso y repleto de franca camaradería.

No hace falta describir el aspecto físico del «bichbacher», o teniente coronel Gamal Abdel Nasser, pues su efigie es popular en el mundo entero. En cambio, no todos saben que Gamal Abdel Nasser (textualmente, «el hermoso siervo de Alláh») fué el verdadero artífice, promotor y alma del Consejo de la Revolución, cuyas actividades antaño proporcianan los frutos actuales.

El historial del militar retrata al hombre. Nació el 15 de enero de 1918; salió de la Academia Militar veinte años después para ingresar en un regimiento de Infantería que estaba de guarnición en Mancabad. Hasta 1942, la anónima disciplina castrense. Su hoja de servicios presenta anotaciones declarando que es impulsivo, apasionado y siempre dispuesto a revolverse contra las injusticias. Hasta 1942, patrullas y vigilancia por la zona desértica. Después, el profesorado en la misma Academia Militar de la que antes fué discípulo. A continuación, la guerra de Palestina, donde defiende Faluga, rodeada por los enemigos, escribiendo aquella página digna de mejores tiempos, cuando la guerra era caballerescas y el vencedor rendía honores al enemigo que se había batido con arrojo. Por espacio de diez años había conspirado en la clandestinidad, atrayendo y agrupando a los compañeros de armas, tan descontentos e indignados como él. Siempre se mantiene en la sombra. Y cuando llega el golpe de Estado que expulsa a Faruk, no modificará esa táctica. Estoy convencido de que detesta la popularidad y, sobre todo, la «populacheria». Mi primera impresión fué de que es un tímido, que pretende ocultar esa timidez tras una rudeza rebuscada. Después he confirmado la teoría primera. Ultimamente ha surgido

al primer plano de actualidad en el instante absolutamente indispensable, cuando ya no podía actuar de otra manera. Habla en público, dirige arengas a los obreros de las fábricas y talleres que visita, pero me hace el efecto de que no está a sus anchas, que estaba más a gusto cuando era el general Naguib quien se ocupaba de todas esas cosas necesarias en la vida pública.

«Nuestro programa —ha dicho— consiste, por encima de todo, en elevar el nivel de vida del pueblo egipcio. Por eso implantamos la reforma agrícola. Hemos querido destruir el viejo sistema feudal, que hacía del «fellah» un esclavo. Y lo estamos consiguiendo. Hace un año, cuando expropiamos a los grandes terratenientes, éstos anunciaron que disminuirían las cosechas, hasta producirse un colapso en el país, porque el «fellah» era incapaz de dirigir por sí mismo la explotación. Esta profecía no se ha cumplido; por el contrario, la última cosecha supera en un quince por ciento la del año anterior. En este aspecto, nuestra labor ha sido puramente protectora, no directiva, puesto que al hacerse la distribución de tierras, según el plan de reforma agraria, el campesino se convierte en propietario. Nosotros les proporcionamos directrices, semillas escogidas, créditos y aperos de labranza o animales de tiro cuando los necesita. Es un préstamo que reembolsa, sin apenas interés, cuando ha vendido su cosecha.

Dentro de nuestras mejoras, y de acuerdo con el programa establecido, hemos dividido el presupuesto en dos partes: el ordinario, para normales atenciones, y el extraordinario, con destino al desarrollo de proyectos. Para incrementar la industria, este año se han presupuestado quinientos millones de libras. Queremos aumentar la producción. Tropezábamos con la falta de fluido eléctrico, y ya estamos construyendo una presa a quince kilómetros de Assuan que producirá quince mil millones de kilovatios-hora. Para la defensa nacional, estamos montando fábricas de armas, aviones, tanques, etcétera. Porque hay que tener en cuenta que, tarde o temprano, deberemos afrontar la batalla para obtener la liberación.»

LA LIBERACION DE EGIPTO

¿La liberación de Egipto?, pensará alguno, poco amigo de compulsar los sucesos cotidianos. ¿Acaso Egipto no es una nación soberana que goza de libre albedrío? Cierto, Egipto es un país soberano, pero tiene una llaga abierta, sangrante, en el costado: las divisiones inglesas en la zona del canal de Suez. Cada día se producen incidentes, que a veces degeneran en sangrientos disturbios. Y continuarán produciéndose si Dios no le pone remedio, porque los británicos campan por sus respetos, como si el ciclo colonial no hubiese terminado.

Existe un afán que aglutina a todos los egipcios bajo un solo programa, sin distinción de clases, ideologías políticas ni aspiraciones sociales. Desde el antiguo Wafd al comunismo, todos se muestran acordes en este punto:



El ministro de Orientación Nacional, Salah Salem, con nuestro enviado especial, Cambra

expulsar a los ingleses. Es una aspiración nacional, una especie de guerra santa. He pulsado un poquito la opinión y he aquí las respuestas obtenidas:

«Desde el primer instante en que llegamos al Poder —me asegura rotunda y decididamente el comandante Amin Shaker, portavoz del Consejo Revolucionario, que ahora rige los destinos del país— estamos preparando al pueblo para la batalla de la liberación. Tenemos más de cien mil voluntarios preparados y equipados para la lucha. Incluso los muchachos de ambos sexos con menos de dieciséis años están encuadrados en las Juventudes de la Liberación. Todos los servicios públicos del país están dispuestos para cuando empiece la batalla con los ingleses. Estos han procurado empujarnos por todos los medios, provocándonos para que demos comienzo a la batalla antes de que terminemos nuestros preparativos. Ha sido inútil, porque hemos conservado nuestra sangre fría, absteniéndonos de toda acción que pueda provocar sus represalias. Empezaremos en el instante que estime oportuno, y que será decidido por nosotros mismos; no cuando les convenga a nuestros enemigos...»

El doctor Fathi Raduan, ministro de Estado, en el curso de cierta entrevista que tuvimos me decía pocos días después:

«Gran Bretaña y Norteamérica están convencidas de que las bases inglesas del Canal no ofrecen ninguna utilidad, pero los

británicos se empeñan en quedarse por varias razones: 1.ª, suponen que dicha evacuación perjudicaría su prestigio, y 2.ª, temen que Estados Unidos hereden su influencia, acaparando las posiciones comerciales que ahora tienen los ingleses. Para complicar la situación y hacer que dediquemos nuestras atenciones a otros objetivos, provocan conflictos en los países árabes. Gran Bretaña sabe que tendrá que abandonar el Canal, pero quiere obtener las mejores condiciones posibles, de forma que todavía mantenga cierta influencia. Por eso trata y discute, sin tener en cuenta que deben evacuar la zona antes que nada. Y si existe alguno capaz de pensar en la posibilidad de tratar con Inglaterra antes de que se produzca esa evacuación, no podría hacerlo, porque todo Egipto se opondría.»

«Consideramos como una agresión continua la presencia de tropas inglesas en el Canal —me afirma el doctor Mahmud Fauzi, ministro de Asuntos Exteriores, durante una entrevista que me concedió a título personal—, puesto que esa presencia es contra la voluntad del pueblo egipcio. Además, constituye un error político de incalculables consecuencias para el futuro. Hay que saber marcharse a tiempo de los países ocupados, antes de ser expulsados por la fuerza. Inglaterra afirma que se mantiene en la zona del Canal para defenderlo en caso de agresión en una tercera guerra, cosa que no es exacta. Si ahora evacuase sus tropas

amistosamente, de acuerdo con nuestros deseos, podría volver en un instante de peligro. En cambio, si los expulsamos por la fuerza, como haremos cuando llegue el momento oportuno, esa ocasión le estará vedada. He ahí su gran error de táctica y de política.»

No contento con estas opiniones gubernamentales, decidí sondear otros sectores, que en buena ley podríamos clasificar dentro de la oposición. Si la hubiera oficialmente en Egipto. Por de pronto, el comienzo a esta labor entrevistándome con Mr. Mohamed Salah Eddine, que perteneció y continúa formando nominalmente, puesto que no existe de una manera oficial, en las filas del partido wafdistas. Mister Salah Eddine ha sido rotundo: «Egipto para los egipcios y nada de ingleses en la zona del Canal.»

Más lejos aún, conseguí hablar con las figuras representativas de la Hermandad Musulmana, con el doctor Hassan El Hodeibi, «guía supremo» de dicha secta, que manifestó textualmente:

«Como todos los egipcios, deseo la independencia completa de Egipto. Estoy convencido de que los ingleses no se marcharán si no es obligados por la fuerza, pero los Hermanos Musulmanes tenemos muchos medios para obligarles a evacuar dicha zona.»

No quiso ser más explícito, pero no interpreta estas declaraciones como un reconocimiento tácito de que se atribuyen la paternidad de los atentados terroristas que se vienen cometiendo diariamente contra los puestos fronterizos. Por lo menos, tal es mi impresión.

Por lo que concierne a Salah Achmaui, «guía» de las Juventudes de la Hermandad Musulmana, cuyas divergencias de opinión con el «guía supremo», Hassan El Hodeibi, son bien notorias, puesto que el primero representa un extremismo intransigente dentro de la asociación, he aquí lo que manifestó sobre este tema candente en el curso de una larga entrevista, que mantuvimos en la Redacción de su semanario «El Dooia»:

«La Hermandad Musulmana está completamente de acuerdo con la revolución, porque lo que ésta viene llevando a cabo es una consecuencia de los trabajos rea-

lizados antes por los «hermanos». Nuestro lema es gobernar según los mandatos del Corán y de la ley islámica. No estamos de acuerdo con los extremismos de Hassan El Hodeibi; pero, desde luego, no admitimos la presencia de tropas extranjeras sobre territorio islámico. Y entendemos que deben marcharse o, caso contrario, que deben ser expulsados por la fuerza.»

Como puede observarse, existe unanimidad absoluta sobre este punto. Añadiré que el nombre de la calle, sin distinción de ideas políticas ni posición social, abunda en la misma idea. Y la única frase que se escucha, desde los salones empingorotados a los cafetines de extrarradio, que también he frecuentado, es ésta: «Fuera los ingleses.»

Otra advertencia para terminar: la amistad anglonorteamericana perjudica a Estados Unidos y disminuye las simpatías que puedan tener aquí.

LA REFORMA AGRARIA

El caballo de batalla y razones básicas sobre las que se apoya la revolución y el Consejo que la representa es la reforma agraria. No es cosa de reiterar que Egipto, con sus 20 millones de habitantes, es un país esencialmente agrícola, aun cuando esté realizando un serio esfuerzo para conseguir su industrialización parcial. Tampoco detallaré ese fenómeno anual producido por la crecida, por las inundaciones del Nilo, que hacen sus tierras ribereñas unas de las más fértiles del planeta y le permiten incluso prescindir de los abonos minerales. Es cosa demasiado sabida. En cambio, poco o nada se habló de las directrices marcadas por la tan repetida reforma, que está cambiando la faz del país. Esta es una revolución efectiva y eficiente. Porque en dieciocho meses, Egipto ha saltado del feudalismo a las prácticas sociales más avanzadas. Y ello sin violencias ni disturbios. Por algo se denomina al movimiento actual «revolución blanca», por contraste con las «revoluciones rojas», que nacieron con sangre y se impusieron inmolando millones de víctimas.

El Comité Supremo de la Reforma Agraria constituye la piedra angular del régimen representado por el Consejo de la Re-

volución. Tiene un programa de finido y lo está llevando a cabo sin vacilaciones y a un ritmo acelerado. El proyecto inicial abarca la distribución entre los campesinos de 100.000 «feddans» de tierras cultivables. Recordemos que un «feddan» equivale a 4.200 metros cuadrados. Se han dictado leyes draconianas, pero que al propio tiempo respetan los derechos del antiguo propietario, siempre que sus bienes procedan de adquisiciones hechas legítimamente. En este caso percibirán una indemnización razonable. Los otros, esos que se apropiaron de las tierras por métodos inconfesables, ven sus tierras confiscadas pura y simplemente.

Las disposiciones son lógicas y sencillas. He visitado las tierras de Zafarán, que antes pertenecieron a Faruk, el cual había despojado a los antiguos terratenientes de la forma más arbitraria que imaginarse pueda. Zafarán, situada en el delta del Nilo, está constituido por una llanura de 5.000 «feddans», surcada de canales para la irrigación. Producen algodón, trigo, cereales, remolacha y qué sé yo cuántos productos más. Se ha implantado una directriz racional de cultivo bajo la vigilancia de ingenieros agrónomos, cuya única misión es «orientar» y «ayudar». Nada de cooperativismo al estilo de los «koljoses» soviéticos o «zadrugas» yugoslavas. Aquí sólo hace acto de presencia cuando se trata de distribuir equitativamente las semillas, conceder créditos o reglamentar el uso de los tractores y el turno de riegos. Por lo demás, el individualismo más absoluto.

Zafarán pertenecía a Faruk y ha sido expropiado. Al sirvo de antaño ha sucedido el campesino-propietario de ahora. El reparto se ha hecho concediendo cinco «feddans» por familia como máximo y un mínimo de dos «feddans»; la superficie de tierra asignada depende del número de familiares. Otro detalle: el nuevo propietario debe cultivar sus tierras forzosamente, sin poder subarrendarlas. Amortizará su importe en treinta años, al cabo de los cuales, saldada la deuda contraída con el Estado, será dueño efectivo. Abona el 3 por 100 de interés, y más lejos detallaré cómo se ha calculado la capitalización de cada «feddan».

Repito que he visto las tierras de Zafarán y, al propio tiempo, los nuevos poblados de ladrillo que ha edificado el Consejo de la Reforma Agraria para reemplazar las chozas de adobe que antes habitaba el «fellah». Para dieciocho meses escasos, el trabajo llevado a cabo constituye un récord. También me han mostrado las superficies de terreno sobre las que se edificarán escuelas, bibliotecas, centros de orientación, campo de deportes, etcétera. Actualmente es un proyecto «planeado». Dentro de unas semanas, la primera piedra. Y antes de un año ha de quedar la tarea rematada.

Días después he presenciado la entrega a sus nuevos propietarios de las tierras requisadas en la provincia de Charkia, de-



Doria Safik, presidenta y fundadora del movimiento feminista «Las Hijas del Nilo»

partamento de Farukia, que antes perteneció a la familia de Mohamed Ali, es decir, a la antigua Monarquía reinante. Región gobernada por un régimen feudal, cuya existencia ni podía sospecharse durante esta segunda mitad del siglo XX, comprendía la friclera de 40.000 «feddans», es decir, 168 kilómetros cuadrados, exactamente. Su población era de 3.000 habitantes, divididos en 511 familias. Anteriormente pagaban al propietario (léase familia real) un alquiler de 50 libras egipcias anuales (cada libra egipcia equivale a 1.000 francos, o sea 110 pesetas) por «feddan», más 330 piastras a título de impuestos. En realidad satisfacía este arrendamiento con los productos de la tierra, a razón de cuatro «cantars» (50 kilos) de algodón por cada tres «feddans», más cuatro «ardebis» de mijo y otros tantos de maíz.

Para no hacer esta relación excesivamente árida a fuerza de acumular cifras, diré brevemente que ahora para calcular el valor de la tierra se ha tenido en cuenta el impuesto satisfecho antes, de forma que cada «feddan» se valora en 369 libras, habida cuenta intereses (3 por 100) y gastos (15 por 100), de forma que el futuro propietario abonará al Estado 15 libras y 620 milésimas anuales por espacio de treinta años, al cabo de los cuales la tierra le pertenecerá en propiedad. Como puede apreciarse, estamos muy lejos de las cincuenta que pagaba antes a título de arrendamiento. Y 557 familias quedarán asentadas. Redimidas de la esclavitud. Con el sentimiento de una nueva personalidad propia. Con el sentimiento íntimo de que la patria existe, que ellos forman parte integrante de ella.

Repito que he presenciado esta ceremonia sencilla y emocionante al propio tiempo, en el curso de la cual el teniente coronel Gamal Abdel Nasser ha dirigido la palabra a cuantos allí nos habíamos reunido para ser testigos o actores del acontecimiento. He visto a los «fellahs», sencillos, accesibles, de manos encallecidas y rostro curtido por este constante sol de Egipto, acercarse a recoger los títulos de propiedad que de golpe y porrazo les redimían de la secular esclavitud. Y he comprendido que ésta es la verdadera revolución, que modifica la faz del país. Sin demagogias extemporáneas, crueles ni represalias al estilo marxistoides. La «revolución blanca», como ellos dicen.

REFRIGERIO EN EL «REST HOUSE» DE BILBEIS

A la vera del poblado de Bilbeis, en tierras de Charkieh y dominio El-Farukieh, existe un edificio que antiguamente era el «rest house» del Monarca destronado y ahora cumple exacto cometido para cuantos actos se celebran en la comarca. Allí nos hemos reunido todos, al filo de las tres, para despachar un refrigerio con que renovar fuerzas. Ha sido algo sencillo y amable a la vez. Entremezclados, charlamos mientras despachábamos el tentempié. Sin ningún ceremonial han acudido los hombres de la situación, que antes habían dirigido la palabra desde el estrado



Un fellah, nuevo propietario por la reforma agraria, habla ante los micrófonos

presidencial. Y allí, entre dos bocadillos y un botellín del inevitable Coca-Cola, he podido cambiar impresiones con los promotores y artifices del acto.

Hoy por hoy, e incluso sin él mismo proponérselo, Gamal Abdel Nasser constituye la máxima figura de Egipto. Continúa siendo el mismo hombre sencillo, afable y accesible de siempre. La dura tarea que se ha impuesto no parece hacer mella en su corpachón robusto. Tal vez el constante esfuerzo marque unas hebras plateadas en las sienes. Me dice su satisfacción en breves palabras, como si fuera el parte de guerra tras una misión cumplida. Algo semejante acaece con Salah Salem, ministro de Orientación Pública; el comandante Kammaledin Husein, ministro de Asuntos Sociales, y Abdel Razzak Sedin, de Agricultura. No hay forma humana de cambiar impresiones con cierta tranquilidad, porque están sufriendo el asalto de los aficionados al autógrafo. servidumbre inevitable a que se prestan con idéntica sencillez que preside todos sus actos. Les pido una entrevista más dilatada y contestan textualmente:

—¿Le parece bien el sábado?

El regreso hasta El Cairo ha sido apoteósico. A lo largo del trayecto nuestro vehículo se ha detenido innumerables veces. En cierto lugar cuyo nombre no recuerdo, media hora larga. Toda la población de los contornos acude a la carretera, prodiga ovaciones, pide unas palabras y aplaude a rabiar. El «fellah» es hombre sencillo y expansivo. Creo que comprende y agradece. Motivos sobrados tiene, porque es la primera vez que le hacen justicia, preocupándose por su presente y su futuro.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS, FUERA DE LA LEX

Tras un breve conato de retorno a la democracia parlamentaria, con todas sus ventajas e inconvenientes, el Consejo de la Revolución dió marcha atrás. Sintiendo apoyado por el pueblo, si como tal interpretamos las ruidosas y nutridas manifestaciones callejeras, ha fortalecido su autoridad abordando reformas draconianas, que incluso podrían calificarse de salud pública. La frase no es de mi cosecha; repito

únicamente lo que manifiestan ciertos sectores gubernamentales por el órgano autorizado de su portavoz oficial.

El 16 de abril un decreto declaraba disueltos todos los partidos políticos que habían detentado las riendas del Poder entre 1942 y 1952; inhabilitan a sus principales miembros dirigentes para el ejercicio de cargos políticos o estatales por espacio de diez años. ¿Razones? Están claramente definidas en el manifiesto de Gamal Abdel Nasser.

«No cabe duda—afirmó—que todos los ministros de los antiguos partidos aparecen como responsables de la política seguida por sus Gobiernos; porque la política de un Gobierno de partido representa la política del partido en el Poder, al que el pueblo concedió su confianza. Por tal causa todos los ministros que colaboraron con los Gobiernos de partido quedan considerados como solidariamente responsables y han traicionado la confianza del pueblo. Ninguno puede ser exceptuado, puesto que si no aprobaban aquellas medidas debieron presentar su dimisión. La responsabilidad ministerial es una responsabilidad solidaria...»

Doce Gobiernos sucesivos, que se sucedieron a lo largo de esos diez años, han pasado por las horcas caudinas: wafdistas, liberales-constitucionales y saadistas son los que encabezan la relación, que comprende desde Mustafá Nahas a Ahmed Naguin El-Hilali, pasando por Hussein Sirry y Ahmed Maher. Una excepción provisional, Ali Maher, que hasta hace poco presidía el Consejo de los Cincuenta, encargado de redactar los apartados de la nueva Constitución que debía presentarse a la Asamblea Constituyente nonnata. Y seguirán otros, entre los que se cuenta el Al-Kotba, pese a la disidencia antiwafdistas de su jefe, Makrham Ebeid, autor del famoso «Libro Negro» contra Mustafá El-Nahas y su familia.

¿Qué pensaban los políticos antes de ser dictadas estas medidas draconianas? Poco antes, repito.

es decir, con cuarenta y ocho horas de antelación, cuando creían a pies juntillas en el retorno del parlamentarismo bicameral, entre vistó a uno de los más conspicuos dirigentes, cuyo nombre silencio ahora porque no me parecería leal consignarlo a posteriori. Bastantes dificultades se le ofrecen para que yo venga a aumentarlas ahora. Y he aquí lo que me dijo.

—Todo el país ama la democracia—aseguró de una manera tajante—y no soportaría una dictadura. Han prometido elecciones y espero que se lleven a cabo y puedan reunirse las Constituyentes en la fecha fijada, es decir, el 23 de julio. Prefiero constituyente que plebiscito, porque así el pueblo puede expresar su opinión con más claridad.

—En el estado actual de cosas, ¿no cree usted será un peligro las elecciones?—pregunté yo.

—De ninguna manera—contestó—. Por el contrario, constituyen el único camino o, por lo menos la mejor forma de salvaguardar los intereses de la nación. Mi experiencia personal ha podido comprobar que el pueblo egipcio siempre dió muestras de prudencia y patriotismo en cuantas elecciones libres se celebraron. Creo firmemente que éstas lo serán. Creo que éste es el buen camino...

Existía manifiesta euforia en sus conceptos, porque daban las futuras elecciones por ganadas. No seré yo quien vaya a reprochárselo. Entre otras razones, porque, mientras no se demuestre lo contrario, siempre creo en la buena fe ajena.

Los partidos políticos disueltos, anulados, inhabilitados sus dirigentes para cualquier función pública o administrativa, plantean un interrogante. ¿Se mantendrá durante este lapso de tiempo ejerciendo las funciones de poder dictatorial el actual Gobierno? Esta es la cuestión, a la que nadie responde claramente. Tal vez existan planes para el futuro que todavía no han sido revelados. O puede ser que vivan en estado de embrión. Como también pudiera suceder que nadie piense en ellos por ahora, puesto que otros problemas más urgentes reclaman la atención de quienes han echado sobre sus espaldas la pesada tarea de reorganizar el nuevo Egipto.

DEPURACION EN LA PRENSA

Otra faceta de esta revolución incruenta reside en la depuración draconiana que se está llevando a cabo dentro de la Prensa. Disolución del Consejo de Orden de los periodistas, reforma de la Ley de Prensa promulgada en 1941 e inhabilitación para el ejercicio de la profesión de cuantos percibieron cantidades con cargo a los fondos secretos. El famoso «fondo de reptiles» de la picaresca democrática.

Observemos brevemente que el tal Consejo de Orden pretendía ser una especie de sindicato «vertical»: doce representantes patronales y otros tantos de los asalariados. En la práctica era un feudo de los propietarios, que no sólo llevaban la voz cantante, sino imponían sus dictados, exentos de controversia o discusión.

El asunto de los fondos secretos ha resultado más escandalo-

so. Con una claridad diáfana, puramente revolucionaria, el ministro de Orientación Nacional, comandante Salah Salem, ha publicado una relación de quienes cobraron por callar o hacer campañas favorables al Gobierno que les subvencionaba. La lista comprende la friolera de quince rotativos y semanarios. *El Assas* se lleva la palma y bate todas las plusmarcas con 48 000 libras egipcias percibidas. Algo así como cinco millones de pesetas corridos o 75 millones de libras italianas. En cca va *El Tassire*, que únicamente cobró 1.000 libras. Pero hay otros muchos que frisan las 20.000, e incluso las rebasan. Como puede verse, la democracia parlamentario es generosa con quien le sirve o no le ataca.

El caso más pintoresco está representado por cierto diario que se denomina *Rose El Yusef*. Advirtamos que el título significa ni más ni menos que el nombre de su propietaria y fundadora. Algo así como «Josefa González» o «Ana María Monetta». Cuando por primera vez vió la luz pública era un semanario «artístico», de acuerdo con la profesión de su propietaria-fundadora, *Rose El Yusef*, ex bailarina de «boite». Después, a favor de ciertas relaciones políticas, evolucionó poco a poco hasta introducirse en el espinoso terreno de la política, convirtiéndose de paso en cotidiano. Durante mucho tiempo *Rose El Yusef* ha llevado la voz cantante y marcado pauta. Ahora ha podido comprobarse que cobró la friolera de 19.281 libras egipcias de los fondos secretos. Y digo «comprobarse» porque se hallaron los recibos debidamente rubricados. Las cantidades que ésta y otras publicaciones percibieron «de mano a mano» son un misterio. Pero un secreto que algunos cifran en millones. De libras, naturalmente.

Debo consignar que esta labor de «sanidad» ha producido natural satisfacción en los medios profesionales. Lógica pura cuando se escribe y trabaja con la buena fe de una profesión que casi frisa en el apostolado.

LA REVOLUCION VA COBRANDO FORMA CONSTRUCTIVA

Resumamos brevemente la situación a estas alturas, es decir, en mayo de 1954. Tal fecha no constiuye ni un final de etapa ni siquiera un alto en el camino, sino un jalón con su correspondiente cifra. Como, por ejemplo, aparecen en los mojonés de la carretera

1.º El Consejo de la Revolución forma un Gobierno que ejercerá sus cometidos naturales durante un período «transitorio», sin fijarse fecha tope para resignar funciones.

2.º El «lewa» Mohamed Naguib abandona sus funciones de presidente del Consejo de Ministros, gobernador militar del país y otros cargos semejantes, para quedar únicamente como Presidente de la República.

3.º Le sustituye el «bichbacher» Gamal Abdel Nasser, que hasta la fecha se había mantenido en segundo plan, y desde ahora lleva la voz cantante en todos los actos públicos.

4.º Se produce una crisis parcial en el seno del Gobierno, que

práctica y razonablemente ni siquiera puede ser calificada de crisis, puesto que tiene por razones dar entrada a «técnicos». Como el ministro de Hacienda, por ejemplo.

Y la revolución prosigue su camino.

PROBLEMAS PLANTEADOS PARA EL FUTURO INMEDIATO

Decir que es un camino de rosas el que se ofrece a estos hombres de la revolución incruenta, sería faltar a la verdad. Su tarea es ardua. Casi me atrevo a decir que difícilísima. Para darnos cuenta bastará relacionar los problemas candentes planteados.

1.º Ante todo la evacuación de la zona del Canal por las fuerzas británicas. Las negociaciones se hallan en un punto muerto. Y nadie avizora la salida. Porque de memoria de hombre nadie recuerda que Albión abandonase un territorio por su propia voluntad.

2.º El estado de guerra con Israel. Continúa en vigor el armisticio, pero se suceden los incidentes cotidianos.

3.º Las negociaciones con Occidente, que ahora se han complicado en virtud del eje Ankara-Karachi, al que lleva trazas de unirse Irak, pese a las manifestaciones del Gobierno de Bagdad, que oficiosamente asegura lo contrario.

4.º El saneamiento del erario público, que heredó las pesadas cargas y déficits del antiguo régimen.

5.º Elevar el nivel de vida del pueblo egipcio sin producir una inflación ni aumentos de precios, que el Gobierno combate rudemente con todos los medios coercitivos a su alcance.

6.º Reorganizar los ejércitos de Tierra, Mar y Aire, para lo cual hace falta renovar todo el material caduco, que tan desastrosas consecuencias acarreo durante la guerra de Palestina.

7.º Reagrupar a los pueblos de la Liga Árabe bajo un común denominador, borrando apetencias y ambiciones individuales.

8.º Incrementar la industrialización del país para ir consiguiendo una autarquía, más o menos eficiente, que lo libere de la servidumbre importadora, sin cerrarle los mercados extranjeros para su producción algodonera.

9.º Las relaciones con Rusia y sus satélites, que están llevando un serio esfuerzo de penetración al amparo de sus misiones comerciales. Y esto pese a que el régimen se ha declarado francamente anticomunista.

Estos son los interrogantes, de importancia máxima, que hoy por hoy se ofrecen a este país, que vive las jornadas intensas de una revolución patriótica e incruenta. Muy osado resultaría el augur que intentara darles respuesta prematura. Por algo la Esfinge se halla a la vera de El Cairo, con su eterno rictus milenario.

Sin embargo existe un serio actor que permite esperar el futuro con buena dosis de confianza. Los hombres que han echado sobre sus espaldas la pesada tarea de renovar usos y costumbres ancestrales son gente enérgica, de una buena fe que nadie discute y honrados a carta cabal.

LA NOVEDAD LITERARIA MÁS SUGESTIVA DE ESTOS DIAS CORRESPONDE A UN LIBRO APARECIDO POR PRIMERA VEZ EN MADRID HACE VEINTE AÑOS

La familia de Ramiro Ledesma Ramos conserva inédita una novela y un ensayo y otros escritos del fundador de las J. O. N. S.

ACABA DE APARECER LA QUINTA EDICION DEL

“DISCURSO A LAS JUVENTUDES DE ESPAÑA”

Un libro que todavía puede ejercer un luminoso magisterio

Brillante ejecutoria universitaria

La novedad editorial más sugestiva de estos días corresponde a un libro aparecido por primera vez hace alrededor de veinte años: el «Discurso a las juventudes de España», de Ramiro Ledesma Ramos. Porque es ahora precisamente, llegado el «Discurso» a su quinta edición, cuando se destaca con línea más vigorosa el fenómeno de repetida lozanía de este libro excepcional, en el que el paso del tiempo ha ido dando firmeza a sus valores, convirtiéndolo en inconvertibles verdades hispanas muchos de los que salieron de la pluma del autor a título de simples augurios o esperanzas. Por eso la rigurosa actualidad del «Discurso» no pertenece a una circunstancia cronológica de estampa, sino más bien a la estricta contemporaneidad que su contenido mantiene, a despecho de sus veinte años después.

Lanzado por primera vez en unas enfebrecidas circunstancias

de lucha, cuando los requerimientos más dramáticos y urgentes se referían a la necesidad de una participación directa y física en el turbión de los sucesos, yo creo que en aquel tiempo el «Discurso» fué leído demasiado de prisa, con el pie en el estribo, en un estado de evasión mental hacia apremios bien aljados de cualquier atractivo intelectual. España ardía, y no era ciertamente hora de morosidades librescas. Cumplió entonces el «Discurso» su objetivo estratégico inmediato, que era el de llamar a rebato, remover como una hélice en ascuas las conciencias estancadas, plantar un banderín de enganche y dar la voz preventiva para que las juventudes se apresurasen a «recorrer España militarmente».



Trinidad Ledesma Ramos, hermana de Ramiro, muestra a nuestro redactor una colección encuadrada de «La Conquista del Estado» (en la fotografía de arriba). La mesa de trabajo del fundador de las J. O. N. S., que se conserva en el mismo estado que él la dejó, puede verse en la segunda fotografía.

Por eso me parece que es exactamente ahora cuando el libro de Ledesma es capaz de alcanzar su más plena sazón de eficacia. Ahora que España está triunfalmente metida en el carril del Nacional-sindicalismo, el «Discurso» puede ejercer un luminoso magisterio sobre cuantos se acercan a él en ese estado de gracia intelectual que se llama humildad.

En el «Discurso» todo respondió a un signo de urgencia. Fue rigurosamente sincronizado al pulso histórico de España, que iba a galope hacia el derrumbadero. No se podía perder tiempo. Ramiro, en su «Nota preliminar» al «Discurso», declara que lo escribió en unas semanas. Por su parte, un hermano del fundador de las J. O. N. S., José, me contó hace ya bastantes años que él le había servido de mecanógrafo a Ramiro para poner en limpio el «Discurso», cuyo original manuscrito se perdió poco más tarde en el aluvión de la guerra civil. Ramiro escribía hasta altas horas de la madrugada, y al día siguiente le dictaba lo escrito a José, quien teclaba apresuradamente en una máquina portátil que todavía se conserva en la casa paterna.

«FASCISMO EN ESPAÑA?», ESCRITO EN QUINCE DIAS

Todo esto ocurrió precisamente aquí, en este despachito donde yo estoy ahora hablando con una de las hermanas de Ramiro, Trinidad, en el número 3 de Santa Juliana, una calle corta e incómoda que está entre las estaciones del «Metro» de Estrecho y Alvarado. Es una habitación más bien pequeña, que se conserva tal como la tenía Ramiro. Hay un balcón, pero la calle es tan estrecha que la claridad no entra con demasiada holgura. Algunos de los muebles—la mesa en que trabajaba Ramiro y unas butacas—tienen el esqueleto metálico, de un estilo que hace treinta años debía de parecer en una casa española de un vanguardismo casi escandaloso. En un pequeño mueble biblioteca están los libros de Ramiro, entre los que predominan las obras de carácter filosófico y político. Pero, entre todo esto, quien me parece que centra y equilibra el ambiente del despacho, haciéndolo más congruente con la figura espiritual de Ramiro, es un retrato de su abuelo paterno, un sayagués de mirada que traduce una caudalosa fuerza interior, de perfil aquilino y espeso bigote desmayado. Me cuenta su nieta que este hombre era analfabeto a los veinte años, lo cual no le impidió hacerse maestro de escuela poco después. Acabó siendo condecorado con la Cruz de Alfonso X, el Sabio, y su fama se extendió a toda la

provincia de Zamora, porque fué un educador ejemplar que entendía su misión, sobre todo, como un magisterio casi fanático de virtudes patrióticas. En las paredes exteriores de la escuela que ocupó en Torrejades trazó a gruesos brochazos de pintura roja la siguiente leyenda: «¡Llor a Viriato, terror de los romanos!» (Aviso a los ironistas: el significado de la frase, como síntoma espiritual hereditario, hay que buscarlo detrás de su ingenua apariencia.)

Por mutuo y espontáneo acuerdo, Trinidad Ledesma y yo hemos decidido hablar en esta ocasión de los aspectos más íntimos, familiares y humanos de la vida de Ramiro. Que son también los menos divulgados. Porque la magnitud de la obra de Ledesma, que se recorta ya a estas alturas con enérgico relieve histórico, ha dado algo así como sombra, desvaneciéndolos, a los perfiles humanos de esta figura insólita, tan fabulosamente rica y varia de matices en su breve, pero fecunda peripecia vital.

—¿Escribió Ramiro en este despacho su «Discurso»?

—Sí, aquí fue.

—¿Tú le auxiliaste alguna vez en su trabajo?

—A mí solía dictarme su correspondencia.

—¿Trabajaba con facilidad?

—Enorme. El libro «¿Fascismo en España?» lo escribió exactamente en quince días.

—¿Hablabas en casa de sus actividades políticas?

—De un modo minucioso y constante, no. Pero solíamos en ternarnos por él, a grandes rasgos, de las cosas que planeaba o ejecutaba.

—¿Era un trabajador tenaz?

—Toda su vida fué una gran tensión laboriosa. Un dato: aprendió el alemán sin profesor y tradujo a esta lengua un libro, la «Introducción a la Filosofía matemática». A los filósofos alemanes los conocía en el idioma original.

—¿A qué edad se matriculó Ramiro en el Instituto?

—A los diecisiete años. Antes, a los quince, había ingresado en Correos como auxiliar. En el Instituto siguió dos cursos y después interrumpió los estudios para dedicarse de lleno a la creación literaria. Entonces empezó a producir febrilmente cuentos, novelas, ensayos... En aquel tiempo él

creía sinceramente que su fatalidad era la literatura.

—¿Duró eso mucho?

—Un par de años. Después reanudó el bachillerato. En 1926, la Universidad. Empezó Ciencias y acabó licenciándose en Filosofía y Letras.

—¿Buena ejecutoria universitaria?

—Sí; verás.

UNA NOVELA Y UN EN SAYO INEDITOS TODAVIA

Trinidad acude a la biblioteca y saca un gran legajo de papeles de Ramiro. Hay artículos, el original de algún libro, notas... También hay unas papeletas de examen. García Morante, José Gaos y Gil Fagoaga firman, respectivamente, sobresalientes en Ética, Historia de la Filosofía y Psicología Superior.

—¿Qué trabajos de Ramiro permanecen todavía inéditos?

—«El Quijote y nuestro tiempo», ensayo escrito a los diecinueve años, y «El fracaso de Eva», una novela larga que compuso a los dieciocho.

Ojeo el texto manuscrito de «El Quijote y nuestro tiempo». Son 232 páginas de letra clara, de un trazo muy equilibrado y viril, sin apenas tachaduras. Se trata de un ensayo sobre la evolución de la psicología nacional a través de tres siglos, utilizando a ratos como módulo y a ratos como contrafigura a Don Quijote.

—¿Qué aficiones dominantes tuvo Ramiro?

—La música y el cine.

—¿Qué música?

—Wagner, sobre todo. Mientras comía solía escuchar discos en el gramófono que él mismo había comprado como regalo a nuestra madre.

—¿Películas?

—Todas, menos las comedietas musicales, que no podía soportar.

—¿Algún deporte?

—Esquí. Y la moto. La moto más que nada. Mi hermano Pepe al que llevó en la moto muchas veces, dice que iba por carretera a velocidades escalofriantes.

«NI UN VIA MAS LA VERGUENZA DE GI-BRALTAR!»

Me intereso por la colección del semanario «La Conquista del Estado». En casa de Ramiro con-



CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor
y Tonifica los nervios

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0,75
CAJA DE DOS ...	1,50
TUBO	8,90



REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORS
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PEREZ GIMENEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CÁDIZ)

servan todos los números, encuadernados. Voy pasando las hojas de aquel periódico inolvidable, cuyo acento polémico alcanzaba a veces temperaturas tremendas. Páginas de grandes titulares clamorosos, de puro grito, que encendían de pasión española a los mínimos y bravos grupos de gentes fieles. Todos los viejos anhelos incancelables de los españoles están presentes en el intrépido semanario. En el número 9, correspondiente al 9 de mayo de 1931, se lee un gran entrefilet que dice: «¡Hispanos! Nuestro enemigo tradicional y perenne es Inglaterra. ¡Ni un día más la vergüenza de Gibraltar!»

—¿En esta casa se celebraron alguna vez reuniones políticas?

—No. De las gentes que le seguían, sólo recuerdo que una vez estubo aquí Diego Aparicio. Ramiro sabía el riesgo que para él personalmente había en su significación y su actividad políticas, y procuraba alejar de nosotros el peligro.

—¿Expresó alguna vez inquietud ante esos riesgos?

—Nunca.

—En la intimidad, ¿cómo se manifestaba su carácter?

—Su temperamento se oponía a efusiones excesivas. Se manifestaba con todos nosotros con una especie de tímida cordialidad. A nuestra madre la adoraba. A veces acusaba un gran sentido del humor.

—¿Qué cualidades hallas tú en él como fundamentales?

—La inteligencia y la integridad moral. Su rigor moral era enorme para con los demás, pero empezaba por ser implacable para consigo mismo.

—¿Cuántas veces estubo Ramiro en la cárcel?

—Tres. Una en Ocaña y dos en la Modelo.

—¿Habló él alguna vez de que pudiesen matarlo?

—Jamás. Cuando estubo preso la última vez fui yo a verlo con frecuencia. Preguntaba por la marcha de la guerra y estaba animado.

—¿Sabes si esta última vez escribió algo en la cárcel?

—No sé. En cambio, me consta que pasaba muchas horas leyendo.

—¿Qué leía?

—Entre otras cosas me pidió un libro de Astronomía, «El cielo». Por mi cuenta le llevé «La retirada de los cien mil».

PARA RAMIRO NO HUBO MAS MUJER QUE SU MADRE

La madre de Ramiro ha cumplido ya los ochenta años; hace una vida rigurosamente recoleta y no recibe más que a la gente de su familia. Conmigo hace una excepción por puras razones de orden cordial. Está curada de vanidades esta viejecita que es enormemente avara de su soledad y de sus recuerdos. Se mantiene muy erguida y con buena salud. Tiene el noble aire del matriarcado castellano, sostenido a partes iguales de ternura y firmeza. Es enjuta, de rostro inteligentísimo y gran parecido con Ramiro. Emplea con frecuencia, al hablar, los giros peculiares de su tierra zamorana.

—¿Cuándo vió usted por última vez a Ramiro?



Trinidad Ledesma habla de los aspectos más íntimos, familiares y humanos de la vida de Ramiro.

—En casa de mi hijo Pepa, en los últimos días de julio del 36.

—¿Le notó usted excepcionalmente preocupado?

—Estaba como siempre.

—Creo que Ramiro sentía una gran pasión por usted.

—Es cierto. Cuando estubo preso en Ocaña pidió a sus hermanos que fuese yo a verle inmediatamente.

—¿Cuál es su recuerdo más preciso de aquella visita a su hijo encarcelado?

—En el mismo locutorio del penal me presentó Ramiro a José Antonio Primo de Rivera, que había ido a tratar de poner en libertad a unos falangistas que estaban en la misma prisión. José Antonio me dijo que era gran amigo de Ramiro, e intentó traerme a Madrid en coche, pero yo rehusé porque quería permanecer más tiempo cerca de mi hijo.

—¿Tiene usted otros recuerdos de las relaciones de Ramiro con José Antonio?

—Ramiro visitó a Primo de Rivera en la Cárcel Modelo. El día que trasladaron a José Antonio a Alicante, Ramiro llegó a casa excitadísimo y profundamente apenado.

—¿Hubo mujeres en la vida de Ramiro?

—Para Ramiro no hubo en serio más mujer que su madre.

Examino una extensa colección de jotos en que aparece Ledesma Ramos en distintas épocas y circunstancias de su vida. Un Ramiro juvenil de largas patillas, del tiempo — diecisiete años — en que escribió su única novela publicada, «El sello de la muerte». Un Ramiro con barba a lo Italo Balbo, hablando en un acto público jonsista. Un Ramiro de fuerte ademán campeador, con atuendo casi militar y el emblema de las J. O. N. S. sobre el pecho, dominando con su saludo brazo en alto un escueto paisaje de nieve y cielo.

—¿Su hijo vestía con elegancia?

La madre de Ramiro me contesta con un estúpido modismo sayagués:

—Ramiro no era nada de preciado. Vestía con decoro, pero nada más.

Trinidad me informa con mas minuciosidad:

—En su época de estricta dedicación intelectual, Ramiro llevaba trajes oscuros, y generalmente cuello almidonado. En cambio, cuando se entregó a la política,

su preferencia cambió hacia los tonos claros y los cortes de tipo más bien deportivo.

—¿En qué circunstancias murió su otro hijo, César?

—César murió en vísperas de la toma de Toledo por los nacionales. Los rojos derribaron el aparato en que iban mi hijo de bombardero y de piloto el capitán Eustaquio Ruiz de Alda, hermano de Julio.

UN LIBRO FUNDAMENTAL: EL «DISCURSO»

Mis preguntas van de nuevo a Trinidad:

—¿A qué propósito especial obedece la publicación por vuestros propios medios de esta quinta edición del «Discurso»?

—Esta edición responde a la intención de llevar el «Discurso» a conocimiento de quienes—sintiendo curiosidad—no están todavía familiarizados con el pensamiento político de Ramiro ni, por tanto, calibrar la importancia de su aportación al núcleo doctrinal del Movimiento.

—¿Pensáis editar otras obras de Ramiro?

—Intentamos lanzar todo lo que él dejó escrito, aunque haya de ser una empresa lenta. Es interesante conocer el legado ideológico de Ramiro en toda su amplitud y pureza, y ello desplazará ciertas interpretaciones gruesas de su personalidad y su doctrina. Nos parece que su obra tendrá por sí sola eficacia suficiente para desvirtuar afirmaciones tan peregrinas como la de que «la tragedia honda de Ramiro es que tenía conciencia de que le faltaba personalidad».

En este punto el diálogo salta al terreno de lo puramente amistoso y se sitúa en esa zona confidencial que ya no debe ser traicionada con las letras de molde. La conversación va zigzagueando de lo mínimo a lo grande, de lo anecdótico a lo categorico, y queda siluetada la plenitud humana de aquel español de vida intensa y fértil, de aquel ardiente capitán de mocedades, cuyos manos de creador ordenaron la línea — pasión e idea — de una España de juvenil intrepidez y pureza. Para él pudo haber sido escrito aquel verso memorable que un viejo jonsista dedicó a un camarada muerto:

«Eras la mocedad del mundo».
 Carlos RIVERO
 (Fotografías de Mora.)

REPLICA A GUILLAUME

Por Enrique ARQUES

VAMOS a dar una vuelta a la historia, que parece nueva y ya es vieja. Un día, inesperadamente, desembarcó en Tánger el Emperador nada menos que de la Alemania de 1905 y le recalzó esta gentileza política a la delegación del Sultán que acudió al muelle a recibirle: «Vengo a saludar al Sultán, Soberano independiente y espero que bajo su soberanía un Marruecos libre estará abierto a la concurrencia pacífica de todas las naciones». Lo que sí a unos sonó a elegante cortesía de prosopopeya, a otros pareció cambio en redondo al rumbo de la trayectoria internacional. Bulow, canciller, dijo luego que fué advertencia severa a los que excusaron la presencia alemana. Y así lo entendió el mundo. Pero, desde ese instante, ya no fué posible contradecir el triple principio de la inviolabilidad. Entró el Emperador en la ciudad, a caballo, con todo el resplandor de la gala imperial, que de esta manera hablaba entonces la diplomacia, y con un deslumbrante séquito de uniformes ulanos, como aquellos mismos que cabalgaron en Sedán. Se quiso que el acontecimiento fuese histórico y resonara en el orbe internacional, y se consiguió. Hubo estupor en los franceses y asombro en los ingleses, que se creían ya los únicos albaceas de la tutoría de África. Porque, unos y otros, se habían soltado las manos—«nous laissons les mains libres», decían los diplomáticos—y se concertaron para una recíproca libertad de acción en Egipto y Marruecos. El ministro de Francia en Tánger, que en esa ocasión se hallaba en Fez escuchando ya el proyecto de protectorado, volvióse en seguida a su puesto, con las manos vacías. Y he aquí, cómo por unas palabras de doble sentido en el rendibú de una cortesía protocolaria, bastaron para torcer la suerte, ya en vilo, de toda una política internacional.

Pero aun le quedaba a Francia en potencia un poderoso elemento perturbador de Marruecos para justificar su intervención apaciguadora: el Rogui. Era un falso príncipe, un impostor, lanzado contra el Sultán, disputándole el reino. Y el Sultán, acosado y desesperado por esta confabulación de franceses y moros, pidió a los alemanes—a los alemanes de aquellos emplumados cascos ulanos—un consejo para hacer verdad la promesa imperial del triple principio inviolable. Y el Sultán, con todos revueltos, amigos y adversarios, pasivos y neutros, los interesados y los indiferentes, se decidió a una conferencia pacificadora, que se celebró en Algeciras, por no encontrarse

otro sitio de más confianza. Y allí resonó otra vez la voz de Alemania y dictó, al comienzo del Acta fundamental, las mismas palabras que el Emperador pronunciara en Tánger: Soberanía del Sultán, independencia íntegra de sus Estados y libertad económica sin desigualdad para nadie. Fué entonces cuando quedó patentizada, desbaratando los sueños franceses, la unidad de Marruecos. Unidad, que mantuvo siempre España antes que ninguno lo exigiera.

Y, ante el dilema del triple principio decretado y la supremacía del dominio imposible, se acogió Francia al único asidero que quedaba y se puso a inventar la fórmula de un protectorado de conveniencia, hasta el último extremo de contar con España. Y de contar, a la vez, con Alemania, que, como tampoco ella misma estaba en lo cierto de lo que quería, se avino a lo del protectorado, pero guardando lo prevenido en 1909 referente al triple principio, que era su obsesión. Y así se salvó otra vez en el papel el dogma político de la unidad, en su concepto de independencia y soberanía. Pero sólo el concepto, porque la realidad fué que tiró Francia a los dos Sultanes sucesivos, que le estorbaban, y se quedó con las manos libres, como lo pretendía tanto tiempo. Y sin tener en cuenta tampoco el compromiso de mantener y defender la soberanía. Ahora acaba de tirar al otro Sultán, que ella misma puso, y no es de España la culpa de que no quede ya nada del triple principio tantas veces maltrecho.

No tenga, pues, resquemor, señor Residente, por el supuesto quebranto de esa doliente unidad de Marruecos, que, en ocasiones históricas, la unidad de toda una gran nación pudo estar garantida en un tan reducido espacio como Vichy, o como sigue sostenida heroicamente la de un inmenso Imperio en una isleta como Formosa, o como ahora mismo la de Marruecos en esta pequeña zona de nuestro Protectorado. No hay tampoco que levantar Pirineos más allá o más acá, para evitar esa discordancia geográfica de la unidad, como piden los periódicos de vuestra cadena, ya que el sitio de verdad para encumbrar Pirineos tendría que ser en el propio cauce del Rhin. Porque vuestra Prensa colonialista y también vuestras muchas lenguas del vulgo para el descrédito—que decía Gracián—andan ahora sueltas y se desbocaron en insultos y agravios para nuestra España, nuestro Ejército, nuestro Jefe de Estado y nuestro Alto Comisario, sin que ninguno de los frenos que tenéis

en vuestras manos pongan cordura y moderación en la insolencia del exceso. Y como puede y no lo hace, es como alcanzarle a sí mismo el tanto de culpa y la responsabilidad histórica por el desprecio al decoro de la dignidad ajena. No pretendo tocar la sensibilidad de vuestro noble temple de soldado, porque en la trifulca colonial que a Francia trae hoy tan sin sosiego, no es el sentimiento de la solidaridad lo que priva, sino el desesperado instinto de salvar lo que se pueda. No intento tampoco esperar ponderación y medida de los desacatos de vuestros periódicos, porque en ellos no se sabe escribir al modo del señorío de la pluma y es así el sentido democrático de su libertad. Con todos los ultrajes que ellos derramaron a raudales de tinta para ofender a las más excelas instituciones españolas, yo estoy llenando las páginas de un libro, que será como la antología—puñado de barro del lodazal—que demostrará luego cómo se expresaba la cultura de una época en la propia lengua de Corneille. La misma lengua que insultó a Pétañ, la última gloria de Francia. Los recopiladores a vuestro servicio no podrán hallar en ningún periódico español ni una sola palabra que haya podido mortificar el nombre y el prestigio de las jerarquías francesas. Para nosotros, un general francés será siempre el general. Con toda la consideración debida a su primacía en el orden social. Sin que jamás un escarnio haya empañado el brillo de las estrellitas de su bocamanga. Siempre igual la cortesía, lo mismo al tomar una espada vencida en Bailén que al levantar en Pavía una Corona tirada en el suelo.

Todo esto que digo, y se lo digo, señor Residente, no es con ánimo de adoctrinar a nadie en esos mismos principios elementales de la ética profesional, sino que lo hago por la íntima satisfacción de recrearle con vuestras propias virtudes de la raza y ponerlas delante como espejo limpio de la imponderable moral del bien nacido.

Mire, señor Residente, en torno a vuestro mando y verá cuánto tiene que volver al buen gobierno. Porque yo le digo por la palabra de nuestro Gracián que «el varón cuerdo ha de excusar estos desaires, contrastando con su atención la vulgar insolencia, que es más fácil prevenir que remediar». Y las ofensas al honor no se olvidan. Ni se perdonan.

No se desazone por esa terca obcecación en propagar que fué rota la unidad del Imperio, que esa integridad está fielmente mantenida por España, tal como la decretó el Acta de las cacañas de Algeciras, en sus tres preceptos fundamentales: soberanía, independencia y libertad. Vea, señor Residente, quién faltó. Porque España sigue en Marruecos donde estaba y como estaba.

Señor Residente: Yo he lucido con orgullo en mi solapa, y en ocasiones propicias, la cintita roja de la Legión de Honor. Yo no puedo lucirla ahora con la misma satisfacción, cuando hay tanto agravio para mi España. Dirá usted que no le importa. A mí tampoco.

BARTOLOME SOLER

UNA VIDA NOVELESCA AL SERVICIO DE LA NOVELA

La masía del trotamundos en el escenario de "Marcos Villari"

Todavía hay quien no le perdona que no sea corne de presidio, conforme le vaticinaban en su niñez

EL HOMBRE DURO EN LA INTIMIDAD DE LOS SUYOS

NO basta la amistad ni la conversación para conocer a un hombre. Ya son años de trato con Bartolomé Soler. En las tertulias del desaparecido café Suizo, con Luys Santa Marina, Joaquín Montaner y Pedro Pruna, y con la llegada de vez en cuando de Eugenio Montes o de Federico García Sanchiz, en los momentos en que se encendía la polémica sobre las distintas versiones de América... En ratos de largos diálogos en horas de madrugada, tomando el pulso del amanecer en la boca del puerto; a la salida de los teatros en la terraza del café La Luna, o en la Asociación de la Prensa, discutiendo la factura de un gol o de un volapié, o esperando con el periodista el fallo del Jurado de novela «Ciudad de Barcelona», concedido a su obra «Patapalo».

Ni haberle visto empuñar el taco del billar para contemplar cómo se hacía limpiamente ciento y doscientas carambolas seguidas, o adivinar con el naipe en la mano la jugada del contrincante, o meter en cintura, bajo su espuela de caballista, al caballo difícil y resabiado... Todo eso y su espíritu viajero, su necesidad física de andar y de ver, su dominio perfecto del castellano y la difusión de sus obras traducidas a tantos idiomas, lo mismo que los títulos de sus novelas, es del conocimiento de los lectores. Y el andar errante, la quimera andariega de su mocedad, cambiando de oficios y de ambientes. Pastor o lavaplatos, peón de albañil, pintor de brocha gorda... El ansia de caminos seguirá siendo su amor y su vicio cuando ya la ju-



Bartolomé Soler escribe siempre a máquina sus trabajos literarios.

ventud le queda atrás. Cómico de la legua, primer actor y director, autor teatral, granjero y conferenciante periodista y rapsoda; en Portugal regenta el teatro del Piccoli, de Podrecca, y desde la Mendoza argentina inunda de frutas los mercados bonaerenses. Cualquier oportunidad le ha venido al pelo para enfiar un nuevo atajo y coleccionar horizontes, desde Tierra del Fuego hasta el Canadá, desde Sidi Ifni hasta Guinea y hasta el Camerón...

Y meterse en la vida lo mismo que en el traje de gentes de todas las procedencias y castas. Y lo mismo que en «Marcos Villari», dominar el ambiente rural catalán, saber cantar a Castilla en «Patapalo», sus caminos carreteros, sus faenas camperas, el estallido de la tierra y de las almas... Analizar el mundo interior de los humanos, con hervor de pasiones, en «La vida encadenada», y adueñarse del complejo de razas, de quimeras y de pasiones en «Karu-Kinka», y arrancar la palpitación vital y el latido caliente de las salitreras chilenas en «La llanura muerta»... Para adentrarse en el alma de Guinea con «La selva humillada» y seguir las rutas de las carevanas nómadas en su último viaje por

el Sahara, tampoco le bastaba su condición de novelista y de viajero, ni su visión directa de observador profundo. Su vida misma, siempre identificada con el medio, no lo era todo. Hacía falta su recia serenidad y su equilibrio, su estar de vuelta, para que no le venciera lo anecdótico, lo momentáneo, y se quedara únicamente con «la piel del paisaje», escurriéndosele el alma de la tierra...

Pues aun conociéndole así, con su perfil tallado a golpes y su voz clara, de acente grave, le además sobrio y la mirada honda, no basta para aquilatar su vida. Siempre hay factores que se escapan, matices desconocidos en el novelista, y que, acaso, acaso, sólo se podrían atisbar en «Almas de cristal».

En cambio, su pasión por América, su obra constante sobre tierras, gentes y afanes del Nuevo Mundo, se comprende con la sola lectura de sus libros. Sobre todo cuando, después de tantos años y tantos capítulos americanos, su último libro, «Tamara», tiene el poderoso aliento de la llamada de ultramar.

EL CAMINO

Por eso, sencillamente por eso, era buena la ocasión de acompa-



El autor de «Marcos Villar» lee a nuestro colaborador un capítulo de su obra en verso «Al sol de Castilla».

fiarle con José María Tavera a su casa de Palau Solitar, el escenario de «Marcos Villar». Mientras atento al camino conducía con pericia su automóvil, el novelista respondía a nuestra curiosidad profesional.

El paisaje es el mismo que ha descrito en «Marcos Villar». A derecha e izquierda, tierras de sementera. Entre viñedos y bancales, la recia arquitectura de las masías y la encrucijada de los caminos de albarda y carreta. La cañada queda allá abajo, festoneada de monte, con densos verdes y por encima del terraplén; luego, a la derecha, tierras de secano; más luego, uno que otro pinar, salpicado de aulagas, de carrasca y de mataparda.

«Palau Solitar, dice la novela, es un pueblo sin plaza, sin pretensiones y sin geometría.» «Rengleras de casuchas en las lindes de los agros y las hazas...» Lo mismo que los caseríos a lo largo de las cañadas y de las vegas, repartidos por toda la piel de toro de la Península.

En un altozano se empina la masía donde Bartolomé Soler sitúa la acción de «Marcos Villar». Una casona solitaria, con amplitud de horizontes, preside la cruz de las carreteras, recostada en un fondo de almiarés que contrastan con el verde suave y húmedo de los trigales. Norias, albercas y acequias y trochas ganaderas encaramándose hasta la cresta de la serranía que, como el calce de una rueda custodia la llanura palauense. Entre alfalfares y maizales, rebasados ya los caseríos centrales, irrumpe una encina copuda, inmensa y solitaria. «No tiene par en el mundo», asegura con cálido acento el novelista, mientras señala su geométrica redondez, su poderoso ramaje, su insólita dimensión. Un pretil, como el asiento circular de un tendido, rodea y festonea la abrumadora frondosidad de su copa.

—Tiene ya dos siglos —afirma Bartolomé Soler. Luego se duele—: Lo que siento es no haberla explicado en «Marcos Villar». Merecía unas páginas. El pretil lo mandé hacer yo cuando fui alcalde de Palau. Más de trescientas parejas han bailado bajo su copa; más de mil vecinos se congregaron para oírme un día cuando quise hablarles de lo que era y ya no es la vida aldeana.

Aquí hice dar unas representaciones teatrales. Bajo la copa se colocaron más de 600 butacas, y, adosados al pretil, 150 palcos. Millares de bombillas eléctricas salpicaban el oscuro y apretado ramaje. Los músicos, repartidos o escondidos entre los troncos más altos. Un espectáculo de una belleza y una majestad inenarrables.

Se le acentúan los rasgos para humanizarse o dulcificarse, cuando advierte:

—Amo a este pueblo, no sé si por su belleza, si porque aquí nació mi madre o si porque aquí recalé —porquerizo de una de sus masías— cuando escapé por primera vez de mi hogar sabadellense. De aquí ha salido todo lo que he estrenado y publicado en los veinte años. Todas las geografías que dejé a mi espalda se me han incorporado en Palau Solitar.

LA CASA DEL NOVELISTA

A tiro de bala está la casa del novelista. Desde cualquiera de sus ventanas se divisa perfectamente la encina. Tiene la típica arquitectura de la masía catalana. Patio delantero y arbolado, muro y verja, porche y leñeras, poyales, alero, franero... En medio del patio, un moral ferrado de hiedra el tronco, en el centro de un breve estanque, donde juegan los peces de colores. Un perro irlandés —«Ready», como el primer perro que tuvo el novelista en Tierra del Fuego— nos da la bienvenida con sus ladridos y sus retozos. La puerta de entrada tiene una cancela artística de hierro forjado, y entre poyo y poyo del umbral, adosada como una losa en el suelo, la piedra circular de un molino harinero. La casa tiene sabor y ambiente. En ella se hermanan lo castizo campero y el buen gusto del escritor. Junto al detalle de recio estilo campesino catalán, los cuadros y retratos de firmas prestigiosas y los recuerdos de sus viajes por Europa, por Africa y América.

En el zaguán, la clásica cómoda de nogal y un reloj de pesas. Sobre la cómoda la maqueta de un velero, un velón castellano y un retrato enmarcado en cuero. Señalándolo, dice el novelista escuetamente:

—Mi madre.

Vigas y solería de ladrillos rojos, una cocina rústica y el hogar, el lar catalán, con lengüeteo de

llamas junto al tradicional escaño de madera. Un arquinbano, una arquilla de Bargas, la de Toledo; un armario-ropero de paja, en miniatura, tejido por los indios de Paján...

Pared por medio del zaguán, el despacho y la biblioteca bien nutrida. Sobre la mesa, en las sillas y en el suelo, papeles y más papeles, en el más arbitrario de los desórdenes. En la pared del fondo, arriba de los estantes, un retrato al óleo de Bartolomé Soler firmado por Durancamps. Por todas partes recuerdos de otras tierras: un maxilar de elefante, una gúmbra, una alfombra de plumas de avestruz, otra de gacela; piedras del Sahara, maderas de Guinea, la cuerna de un antilope...

«DE MIS SOLEDADES VENGO»

El padre del autor está sentado en una butaca de ruedas. Impedido y con mirada ausente hace solitarios cerca del fuego de la chimenea. La hermana del autor —Anita— prepara unas tazas de café y llena unas copas. Sentados ante una mesa sin patas, en cajada en la pared y bajo un amplio ventanal, desde donde se domina un paisaje cordial y profundo —huertos, río, pinares— ensarto mi primera pregunta:

—¿Por qué se vino usted a vivir aquí?

Mientras lía uno de sus medios cigarrillos de tabaco negro, que pone en la boquilla con filtro de algodón, sonríe gravemente. Luego dice:

—«De mis soledades vengo». He llegado a la conclusión de que la ciudad «no me va». O sólo me va racionada. Sería largo explicarlo. A muchos de sus elementos habría que ponerles brida y espuelas, y el «quitate tú para que me ponga yo» es de una moral que apesta. Prefiero el aroma aldeano. El tufo de corral y de heno seco le va mejor a mi olfato. Y me festejo mejor el oído con el léxico zafio y rudo de los gañanes.

—¿Cómo le dió por escribir?

—Cuando sólo me exigía llegar a ser un buen actor y un noble actor, me desconsolaba el sambenito que pesaba sobre el actor español. Se hablaba de su incultura como de un hecho fatal. De



Bartolomé Soler hace ejercicio cortando leña.

ahí me nació el vicio de leer, y del vicio de leer el vicio y la necesidad de escribir. Pero antes de escribir—y guárdeme el secreto—había ya descubierta que muchos escritores no andaban a la zaga de los actores en incultura. Y la ronda sigue, porque «¡le digo a usted, guardia!...»

—¿Su primera obra?

—«Marcos Villarín».

—Siendo usted hombre de teatro, ¿cómo se le ocurrió hacer novela de ese personaje?

—Porque ni su vida, ni sus accidentes, ni su pura intimidad caben en el escenario. De ahí que no lo haya dejado escenificar jamás.

«A MORDISCOS CON EL HAMBRE»

—¿Creía usted en su triunfo cuando lo escribía?

—Lo escribí a mordiscos con el hambre, y más hambre, y más mordiscos durante los tres años que fui recorriendo editoriales con las cuartillas bajo el brazo. ¡Tres años! Forzosamente debía de creer en Marcos. Claro que también creen en lo que escriben la serie de currinches que hoy pueblan y malpueblan el cotarro literario. Para que se apearan muchos y para librarnos de tanta bazofia y tanto genio, sólo pediría que a cada uno le tocaran los tres años que conocí, sin hablar de los anteriores y de los posteriores. Pero aquellos eran otros tiempos. La vocación de entonces la ha sustituido la osadía, al pudor el autobombo... y cámbieme el tema si no quiere que me remita a la sarta de idioteces que se imprimen.

—¿Muchas ediciones de «Marcos»?

—Sin contar las piratas de América, trece en España. Pero trece. Usted me comprende. La segunda fué de quince mil ejemplares. Con el sistema de ahora de a cada mil ejemplares ponerle una nueva faja asegurando que se trata de una nueva edición... pues, no sé.

—¿Y traducciones?

—A casi todos los idiomas europeos.

LA ORACION DEL NOVELISTA

Bartolomé Soler habla y atiende a todo lo que le rodea. Reti-



Con su perro en el patio de la masía donde vive.

ra el sillón de su padre, demasiado cerca de la lumbre; añade unos leños a la chimenea, llena otra vez las copas... Con su cazadora de pana y su recia bota campesina, mejor parece un hacendado querencioso de hogar y de familia que un trotamundos. Este es un aspecto desconocido del novelista. Como los mismos detalles de su hogar. Dificiles de comprender por quien no los haya visto. La caja de tabaco, con el mismo formato de «Patapalo» —obsequio de un admirador— y con el símbolo de la pata de madera incrustada en la tapa; la oración en verso «Lo que habrás de amar» llenando el lienzo de pared que media entre el zaguán y la cocina; esa oración escrita a bordo de una embarcación fluvial, en el «Magdalena», entre rumores de selva y el chapoteo de los caimanes.

Sobre todo lo nacido, amarás a Dios primero.

*... ..
Y a los que van por la vida de espaldas a su destino, abierta siempre la herida por no hallar su camino; a los que gimen por ver el claro rostro de Dios, y han de morir sin saber que vive dentro de nos.*

EL TEATRO

Entre estas paredes se busca vanamente algo que recuerde la dureza y el dolor de sus páginas, la agonía en que parece que se haya ido construyendo la fama y el laurel del novelista. Aquí sólo flota un vaho de ternura, de cálida y humanísima cordialidad, de suave y halagadora armonía. ¿No es este hombre en su hogar el reverso de sí mismo? ¿O el reverso del hombre que con singular coincidencia han ido dando los del vejamen y los del ditirambo? Sereno y plácido al contemplar y al discurrir, más que una vida en perpetua rebelión, semeja una vida en perpetua beatitud.

Sigo interrogando.

—Después de su «Villarín», reconoció usted el éxito del comediógrafo. «Guillermo Roldán», «Batalla de rufianes», «Al sol de Castilla»... Según sus doctores, el teatro atraviesa una profunda crisis. Falta de autores. ¿Por qué lo ha abandonado usted?

—Porque todavía no entiendo que haya que escribir a medida de tal o cual intérprete, o según su mentalidad, que tantas veces es inferior a su calidad.

—Entonces, ¿cómo lo ve actualmente?

—No lo veo, porque no voy a los teatros. Pero cada día más limitado para el autor autor y coto abierto para proveedores. Le aquejan otras asmas que no es éste el momento de diagnosticar. Pero así han podido vencerle los jipios flamencos y las evoluciones de esas semimatronas que ahora llaman vicetiples.

—¿No escribirá más para el teatro?

—Tal vez. Una misma actividad me fatiga. La novela empieza a cansarme ya. Acaso un día me decida por aquellas palabras iniciales. «Acto primero. Escena primera.» Si no encuentro mejor acomodo talando alguno de los bosques que me rodean.

LOS PERSONAJES DE LAS NOVELAS

—¿Cuál de sus personajes es el que cree más logrado?

—No sé. Quizá Ana Paz Olmedo, de «Patapalo», o la protagonista de «La vida encadenada». Pero los doy todos por el hallazgo del indio Onson, de Karú-Kinká.

—Sus personajes, ¿obedecen a una realidad?

—Ni uno solo. La única realidad es su geografía. Ninguna anécdota de mis obras se apoya en la anécdota real?

—¿Cómo trabaja?

—Primero, a la caza del accidente que me aconsejará una novela. Hallado el accidente verá cuál debe ser su escenario. El conflicto que puede ser verdad en Castilla puede no ser tan verdad en Andalucía. De ahí la diversidad de mis paisajes.

—¿Y al empezar?

—Ignoro siempre hasta dónde me llevará el vaivén de mis personajes. Unas veces los someto y otras me someten. Empecé «La vida encadenada» no concediendo a su anécdota arriba de 200 páginas. Luego fueron 700. Otras veces ha ocurrido al revés.

—¿Cómo ve la novelística actual?

—Si me fío de cierta crítica y de lo que la mayoría de los autores afirman de sí mismos creeré que nunca la literatura española alcanzó tanto esplendor. Pero luego hay el cedazo que tiene cada lector a su servicio. Y yo tengo el mío. Para ese cedazo no valen compadrazgos, ni amaños de tertulia, ni la explotación de ciertas circunstancias, como tampoco vale la canallesca intención de la puñalada trapera. En uno o dos años pueden haber aparecido cien o doscientas novelas, lo cual no quiere decir que en España existan cien o doscientos novelistas. Novelas novelas, novelistas (la fetén) por la gracia de Dios y la suya, vamos a dejarlo en menos de la decena. Creo, sin embargo, que me dejó llevar por el optimismo.

Hay una pausa mientras Bartolomé Soler lia un nuevo cigarrillo, un nuevo medio cigarrillo. Mientras lo introduce en la boquilla con filtro asegura:



Bajo la encina que se olvidó incluir en su novela.

—Duermo poco, y lo debo a la nicotina. Pero así me defendiendo del vicio y de los médicos que han intentado prohibírmelo.

Sus cigarrillos son cortos, pero el uno sucede al otro.

—¿Ve usted como a la actual a la generación del 98?

—Jamás. Bajo ningún aspecto. Más de una vez me he revuelto contra esa generación. No he podido amarla porque fué un coro de plañideras. Salvada una que otra excepción, su voz fué un colectivo sollozo, como si gimiera sobre el cadáver de España. La hispanofobia europea no halló mejor eco que el de esa generación, y de rechazo la América católica y castellana se documentaba con la verriquera y los mementos de esa generación. Su lección me dió una España que me llenaba de rubor. Para descubrir el engaño necesité salir de España y aprender a España desde fuera, y recorrerla luego desde dentro, al amor de sus castillos y sus iglesias, sus aldeas y sus ventorro. Sólo así conseguí que la piel de toro, en vez de dolerme, empezara a engorullecerme. Sólo así conseguí recobrar me del desmayo español que me inyectó la generación del 98. En cambio, vanamente busco en la actual la calidad literaria de aquélla, su sentido creador, su respeto al lenguaje, al estilo y a la forma. No, no hay semejanza alguna entre aquella generación y esta que hoy gallea como si en España no se hubiera escrito nunca hasta ahora.

SU ÚLTIMA NOVELA

Aprovecho la última de sus obras lanzadas al mercado para preguntarle:

—Dentro de su producción novelística, ¿qué representa «Tamara»?

—Lo contrario de lo que ha caracterizado mis obras anteriores. Hasta ahora, y desde «Marcos Villari», se ha venido destacando y exaltando la calidad dramática y heroica de mis personajes. La bravura, la nobleza y la entereza han sido la triple virtud en que se han edificado. En «Tamara», en cambio, he recurrido al tipo opuesto, buscando en su debilidad, en sus flaquezas y en sus cobardías la creación de un protagonista que, contra la común soberbia del hombre, se humilla a sí mismo descubriendo heroicamente su pequeñez y su miseria.

—¿Quiere anticiparse a la crítica diciéndonos cómo ve usted su nueva novela?

—Me sería difícil. Para analizar la obra ajena carezco de condiciones, y para enjuiciar la propia, «Tamara» está todavía demasiado cerca para que pueda distinguir sus luces y sus sombras. Me limitaré a decirle que lo veo como un alarde de sinceridad humana. Y como la demostración de que el hombre tiene una poderosa capacidad para mentirse a sí mismo. En definitiva, mi nuevo protagonista pertenece a aquellos seres de los que no hay que tomar ejemplo.

—Recorrió usted el Sahara y no ha aparecido aún la novela del desierto. ¿Llegaremos a leerla?

—No lo sé todavía. Hay tierras extrañas que se entregan inmediatamente o que el viajero recoge su pulso a las primeras de

cambio, como si el alma y el corazón de esas tierras se abriesen de par en par. Otras se resisten, como si su intimidad se nos zafara. El Sahara pertenece a una de éstas. No desespero, sin embargo, de dar un día aquellas tierras, como di en otras novelas los desiertos de la Patagonia y de Tierra del Fuego. Cuestión de tiempo o de ver desde aquí lo que no alcancé a ver mientras las contemplaba desde sus «jarmas» nómadas.

—¿Qué ambiente le tienta más para escribir? ¿Temas y paisajes de América o figuras y problemas de España?

—Me tienta la verdad. La verdad, para mí, radica en la angustia humana, en el hondo y supremo anhelo del hombre por ser, aun a trueque de edificar su vida en el error. El hombre, desde su primer latido, es ambición. El mendigo y el potentado coinciden en un mismo camino, a pesar de sus vidas tan dispares. La felicidad es la meta de cada uno, aunque cada hombre la busque por caminos muy diversos. Entonces busco la verdad de un personaje, el ideal que nutre su existencia. Si doy con esa verdad recurro al escenario que su vida me reclama, sin preferencias para tierra alguna.

—Y en su proyección sobre el público lector, siempre dentro de su producción, ¿cuál es el tema de mayor éxito?

—Casi, casi me invita usted a que descubra una trampa. Por una vez... Más que en el tema, afirmaría que el éxito radica en el personaje. Admitamos que éste se llama Juan Pérez. No importan su actividad, ni su inteligencia, ni sus riquezas o su pobreza. Pero démosle todos los atributos que acreditan su nobleza y su honestidad. Luego, que se bata con la vida y que la vida se ensañe con él. Cuanto más noble, mayor la impiedad de sus circunstancias. Puede decirse que no hay lector que no ame a ese personaje hasta sentir como propio su dolor. Como ve usted, el éxito está al alcance de cualquier escritor que quiera explotar ese filón.

—¿Escribe usted de prisa o despacio?

—Sumamente despacio y sumamente de prisa. La erudición, la documentación y el retroceso en la historia se me llevan horas, días y a veces semanas. La pura creación, en cambio, la consigo al correr, cuando no al galopar, de la máquina. Un ejemplo: «Patapalo», obra para la que no necesité consultar un solo libro, se me llevó cuarenta y cinco días, a un ritmo de catorce y quince horas diarias. Pero «La selva humillada», obligándome a consultas constantes y a documentarme sobre la historia y la vida del mundo africano, me reclamó seis meses.

LA NOVELA PREFERIDA

—De todas sus obras, ¿cuál es la que le ha dejado más satisfecho?

—Rotundamente, «Karú-Kinká». Cualquiera de mis obras creo que la he superado con otra. En cambio, dudo que llegue a superar jamás «Karú-Kinká».

—¿Y económicamente?

—Carezco de orden para que pueda saber qué obra se ha portado mejor. Quizá sea «Marcos

Villari», por los años de ventaja que les lleva a las demás y dadas las ediciones y las traducciones de que ha sido víctima.

—Puesto que se le ha traducido a usted a tantos idiomas, ¿está satisfecho de cómo se le ha traducido?

LOS QUE NIEGAN EL PAN Y LA SAL

—Ignoro la calidad de la traducción de los países escandinavos, pero sí puedo decirle que si infamemente me han traducido al alemán, con mayor desdoro me han traducido los ingleses. Pero lo peor no está ahí, sino en la moral de muchos editores extranjeros, quienes dan ciento y raya a los editores piratas de Sudamérica. En algunos países han entendido que editar y despojar son sinónimos.

—¿Está usted contento de las metas alcanzadas en su brillante carrera de escritor?

—Cuando empecé a escribir me habría conformado con mucho menos. Ahora, si no con desprecio, miro con profunda tristeza todo lo que conseguí. Acaso sea la tristeza del hombre que no sabrá nunca si habrá una página suya que le sobreviva. Ni siquiera lo saben los que me colmaron de elogios. Quizá lo sepan los que me negaron el pan y la sal. ¿Comprende usted la angustia del hombre que ignora si deja barro a su paso o si labró en piedra?

—Una última pregunta, Bartolomé Scler. Intimamente, o bien personalmente, sus lectores le conocen poco a usted, dado el retraimiento en que vive. Le conocen únicamente a través de sus libros. Pero en torno a su vida y a su carácter, se ignora dónde empieza la realidad y dónde acaba la leyenda. Mientras unos le conceptúan como un hombre todo cordialidad, humano y acogedor, otros, en cambio, lo señalan como un hombre irascible, duro, hostil, despreciativo... ¿Quién cree usted que está en lo cierto?

—Sonriendo, sin demostrar que la cuchillada le haya cogido desprevenido, Bartolomé Scler pregunta a su vez:

—¿Usted qué cree?

—Lo que yo deseo saber es lo que cree usted.

—Lealmente, creo que todos tienen razón. La tienen los que me acusan de hombre intratable y agresivo y la tienen los que me atribuyen la cordialidad y la generosidad de los hombres buenos. Lo mismo que ningún día es igual a otro, ni ninguna hora se parece, cada individuo que se nos acerca es distinto. De ahí también que no pueda ser igual con cada prójimo. La galería humana es infinita. Desde el bellaco y el cretino al caballero y al inteligente, caben todos los ejemplares humanos. Entonces... sin embages y sin disimulo, me comporto según los merecimientos del semejante que me ataja. La repito que todos tienen razón. Acaso el único que no la tiene soy yo.

BARTOLOME SOLER, VISITO POR SU HERMANA

Hasta ahora Bartolomé Scler no se ha interrumpido en ninguna respuesta ni se ha resistido a ninguna pregunta. El tema «América» ha sido el más extenso y el más apasionadamente recorrido, pero sin que quepa aquí, dadas

las limitaciones de una entrevista. Diría, no obstante, que América es su inagotable venero, y su razón de ser. La vida misma y la novela con amplitud universal. Pero el colofón del hombre nos lo dará su hermana: Anita, toda devoción, sensibilidad y ternura. Ella puede descubrirnos otras facetas que redondeen el retrato. A ella ha dedicado el escritor una de sus comedias —Ana María— con estas palabras: «A mi hermana, cuyas manos me recuerdan tantas veces las manos de nuestra madre, muerta». Y cerca, muy cerca del libro y de donde nos hallamos ahora sentados, está el retrato de la madre. Cenefia, la mirada negra y profunda, y un singular trazo de angustia en los labios, de dolor contenido, como si sólo los ojos siguiesen flameando. Bartolomé Soler aclara:

—Llevaba ya la muerte dentro. Aprovecho un momento en que él comenta con Tavera su obra poética «Al sol de Castilla».

—¿Cómo es su hermano?

—De una inocencia increíble. No parece que haya viajado ni vivido tanto.

—¿Siempre ha sido así?

—Siempre.

—Y de niño, ¿cómo era?

TRAVESURAS DE INFANCIA Y JUVENTUD

—Lo más travieso del mundo. No sé las veces que le expulsaron del colegio. Nunca quiso aprender.

—¿Y sin reacciones?

—Sí; reaccionaba cuando le era antipático el primero de la clase. Con un mínimo esfuerzo pasaba a ser él el primero. Pero sólo por unos días. Pronto volvía a ser el último. En lo único que se aplicaba era en organizar peleas y en pegarse con todos los chiquillos de la vecindad y del colegio.

—¿Y con respecto a su casa?

—Costó muchas lágrimas y recibió muchas palizas. Parecía que mi padre y él forcejearan a ver quién podía más. Con Bartolomé, ni las cerraduras estaban seguras, ni menos lo que escondían esas cerraduras. El vecindario y los familiares le tenían ya señalado su destino: carne de cárcel. Todavía hay muchos de ellos que no le han perdonado les haya hecho fallar la profecía.

—Cuénteme alguna anécdota de su niñez.

—¡Son tantas! Era muy impresionante. Tendría trece años cuando oyó a un amigo de nuestro padre decir que la huerta murciana era tan bonita. Al otro día encontró dos duros en una cómoda y se fué con ellos... a Murcia, pero como las diez pesetas no alcanzaban para el billete del tren se fué andando. Otra vez hizo igual, pero a Gerona, porque acababa de oír que en esa ciudad hacía un frío como no se había visto nunca. ¡Qué decepción al llegar a Gerona! ¡No hacía frío. Entonces retrocedió hasta Mataró, donde se empleó en una carbonería.

—¿Y ustedes sin saber nada de él?

—Nada. Hasta que apareció cuatro meses después, para huir de nuevo quince días más tarde. Esta vez acabó en lavaplatos de un fonducho de Manresa. También en otra llegó hasta Marsella. En Perpignan fué peón de alba-

ñil... hasta que desapareció con los ahorros de un albañil que había tratado de quedarse con los suyos mientras lo tenía recogido en su casa.

—Era de cuidado el niño, ¿eh?

—Efectivamente. Ya le he dicho como lo tenían clasificado amigos y deudos. Mi madre, no. Creyó siempre en él. Murió creyendo en Bartolomé. Tanto como en su bondad, en su inteligencia. Ella vería algo, algo en él, que no sabría cómo precisar. Por unos meses dejó de ver la realidad del hijo. Murió cuando Bartolomé escribía los últimos capítulos de «Marcos Villar». Velándola a ella y escribiendo.

—¿Cómo llegó su transformación?

—No se sabe; ni él ha sabido explicarlo nunca. Sólo recuerdo la sorpresa con que veíamos su cambio. Del niño aquél, discolo, rapaz, embustero y pendenciero no quedaba ni sombra. Sólo le quedaba el instinto andariego, ese afán de andar que todavía le conmueve. Ahora mismo ya está hablando de América otra vez. Parece que ya debería estar un poco cansado, pero sigue dándole la misma importancia a un vapor que a un tranvía.

—¿Cuándo fué a América por primera vez?

—A los dieciocho años. La primera noche la durmió en un banco de una plaza de Buenos Aires.

—¿Cuenta las dificultades vividas?

—Poco. Mejor habla de lo que es agradable de oír. Lo que ha luchado y sufrido se lo guarda para él.

—¿Es huraño?

—Con los extraños, a veces; con los suyos, nunca.

—Y en su ausencia, ¿saben ustedes de él?

—Como si estuviera aquí. No hay semana sin cartas o cablegramas. En su correspondencia es casi más comunicativo que cuando se halla entre nosotros.

—¿Cuándo trabaja?

—De noche siempre, aunque a veces esa noche dura hasta las dos y las tres de la tarde. Se pasa diez y doce días sin salir del despacho. Come sin enterarse de lo que come ni de lo que se le habla. Entonces es cuando esta insoportable.

—¿Cómo lo encuentra usted mejor, como actor, como autor, como orador o como novelista?

—Me ocurre algo raro: si le leo, creo que es mejor escritor que orador; luego, cuando le he oído hablar, me digo que es mejor orador que escritor. Lo que no me explico es a quién ha salido. Entre nuestros antepasados no ha habido más que aldeanos y artesanos. El que más leía la hoja del calendario. Pero la mayoría no podían leer nada.

LOS VIAJES, DEBILIDAD DEL NOVELISTA

—¿Cuál en su debilidad?

—Ya le he dicho: viajar. Otra y muy acusada, estar entre amigos de los que no pueda dudar. Su mejor fiesta es la mesa llena. Pero se lleva muchas sorpresas, y las que se llevará.

—En cambio se le señala como hombre dado a la soledad.

—Porque no le conocen. La soledad le enferma y recurre a ella como una defensa.

—El es un hombre audaz.



Bartolomé Soler con su hermana Anita.

—El es un hombre tímido que acoraza con la audacia y la violencia esa timidez.

—¿Usted lee sus libros?

—Naturalmente.

—¿Le pide consejo al escribiéndolos?

—Nunca.

—¿Cree usted que es el primer novelista de España?

—No tengo preparación literaria para precisar tanto. Mis lecturas son las que él me recomienda, y no creo que me los haya dado a leer todos. Pero si he de fiar en lo que he oído a otros más entendidos, y a veces a gentes que ignoraban que yo era su hermana, tendré que terminar por creerlo.

VIRTUDES Y DEFECTOS

—Veo que en su casa se hallan varios periódicos y revistas. ¿Cómo ve su hermano el silencio que se ha ido creando alrededor de su obra?

—Sólo se lo oí comentar una vez y porque se lo comentaron a él. No creo que le afecte mucho. No conozco a muchos hombres de prestigio, pero dudo que nadie contemple su propia fama con el desdén y la indiferencia con que mira la suya mi hermano. Aun



El padre del novelista hace solitarios junto a la chimenea.

necesitando el éxito, no he visto nunca que el éxito le emocione ni le envanezca.

—¿Por modestia?

—Al revés. Por todo lo contrario.

—¿Dónde le ve más centrado, aquí o en la ciudad?

—Aquí.

—¿Cuál es su peor defecto?

—El optimismo, que no le deja ver la realidad ni la suciedad que a veces le acecha.

—¿Y la virtud?

—Creo que también es el optimismo. Merced al optimismo se ha salvado siempre. El optimismo no le ha dejado ver imposibles. Parte del principio de que todas las heridas se cierran... y de que, a fuerza de coleccionar heridas cada vez duelen menos.

—¿Usted le admira mucho?

—Le quiero mucho por su abnegación y su bondad y porque, aun viajando tanto y con tanta ausencia, nunca ha dejado de estar aquí entre nosotros.

Anita Soler acaba de señalar al padre, que dormita junto a la lumbre. Sus ojos, sin embargo, miran temblorosos hacia el marco de cuero desde donde la madre parece que vigile y proteja la armonía que preside la vida de sus hijos.

LA REALIDAD Y EL MITO

Caer la tarde y hemos de regresar a Barcelona. Bartolomé Soler pone en marcha el coche. Los campesinos que se nos cruzan en el camino vecinal que nos lleva a la carretera le saludan con manifiesto respeto. Las sombras van dando a Palau Solitar la grandeza de las largas perspectivas.

—Para esta gente—dice Bartolomé Soler—, Marcos Villari ya es historia. Si alguien les dijera que yo inventé a Marcos lo entenderían como un agravio a la verdad palauense. Es natural. Si hubiera creado un personaje despreciable, entonces...

—Oiga usted, Bartolomé Soler—pregunto mientras el coche va ya a ciento por hora—, ¿quién vale más, usted o Marcos Villari?

El frenazo es casi seco. El novelista para el coche, enciende la luz interior y me mira a los ojos fijamente. Luego, con fría gravedad, metálica y segura la voz, dice:

—Yo, Marcos se batió sólo con esto—Bartolomé Soler acaba de tender el brazo hacia la vega en sombras. Seguidamente añade—: Con lo que me he batido yo... sólo lo sé yo.

Otra vez clava el pie en el acelerador. Parece que los árboles corran hacia atrás. Ahora me atrevo a una insinuación.

—Creo que la verdadera entrevista empezaría ahora si a usted le diera por contar...

Sin quitar los ojos de la carretera y sin atenuar la marcha arguye Bartolomé Soler:

—No, amigo Castillo, ni hablar. La vida de mis personajes está al alcance de quien quiera invertir unas pesetas. La mía, la auténtica vida de Bartolomé Soler, me inspira todavía demasiado respeto para que pueda convertirla en objeto literario. Ya está bien sufrirla, pero no pienso llegar a la impudicia de airearla.

Allá lejos el cielo de Barcelona adquiere las tonalidades de un extenso y mortecino incendio.

José DEL CASTILLO
(Fotografías de Hortolá.)



El portero negro de un lujoso hotel de la Gran Vía saludaba cortésmente a los viajeros.

MADRID ESTA EN FIESTA

MADRID está en fiestas. San Isidro, su Patrón, ha llegado al 15 de mayo y la ciudad, si cabe, ha adquirido el aire de una moza en el día de los esponsales. La capital es el conjunto de hombres y mujeres que en ella viven, trabajan, descansan, sufren y sueñan. Es también la gran numeración de sus edificios, de sus calles, de sus paseos, de sus comercios, de sus fábricas... Todo este conjunto—una armónica mezcla de lo animado y de lo inmóvil—festeja ahora su patronazgo. Y la conmemoración de hoy, renovada a través del tiempo, se ha encontrado con un Madrid cambiado, distinto y casi desconocido.

El gran complejo de Madrid, pues, cumple con la tradición. Pero ahora la tradición, en muchos aspectos, no es la misma. Ha variado la faz y el espíritu de la capital. han variado los lugares de paseos, los establecimientos de compras, los modos de diversión y, en definitiva, los perfiles de la ciudad. Y ha variado, también y como consecuencia aneja, el carácter, el estilo y la figura de los forasteros que a Madrid vienen, y que se encuentran con una

villa levantada y alegre, sa y pujante, clara y diáfana, a la obra de unos hombres que, en quince años sólo, han hecho efectiva transformación deseada siempre nunca hasta ahora alcanzada.

LAS CALLES LLENAS DE FLORES

Antes que nada aparece. Madrid va adquiriendo cierto aspecto de jardín. Aparece el recuerdo de don Rodríguez. Hay rosas en el paseo del Prado, tulipanes en la puerta de Alcalá, begonias en las lilas en la Cibeles, grandes Neptuno, siempre vivas en el lle de Alcalá, pensamientos Recoletos, celindas en la de España, lilas en la plaza Dos de Mayo, clavellinas en el lón, y así toda la gama de la agricultura esparcida por las nas, por las bocacalles y por los paseos recién inaugurados capital. Y como presentada na, el Retiro.

Por las calles de Madrid hoy más automóviles que nunca. El problema no está en tener coche, sino en no tener de dejarle aparcado.

Frente a la reproducción

VENIDOS A MADRID!

S'OS' 1954 ENCUENTRAN UNA VILLA ALEGRE, LUMINOSA Y PUJANTE

AY AHORA UN MADRID NOVÍSIMO CREADO POR AUTORIDADES, TÉCNICOS, COMERCIANTES E INDUSTRIALES QUE MEJORA CADA DÍA

Las calles van adquiriendo un cierto aspecto de jardín

fica del automóvil—cada vez es mayor el número de propietarios—, los técnicos oponen sus conquistas. Tres grandes ejes de circulación se alcanzan nuevos y extensos en el plano madrileño: María de Molina-General Sanjurjo-Cea Bermúdez, Alcalá-Gran Vía-Princesa, Santa María de la Cabeza-paseo del Prado-Castellana. Un trilateralo runrunear por el que discurre cerca del 75 por 100 del tránsito motorizado de la Villa.

La calle, como siempre, está llena de gente. Hay prisa, porque es el signo de la época, pero existen también personas viendo pasar filosóficamente el tiempo. Entre todo este devenir humano se cuenta un número grande de españoles de todas las provincias. Pero estos españoles no se diferencian en nada de los habitantes de la ciudad. Visten igual, hablan de lo mismo, conocen los mismos lugares y piensan, en definitiva, con idéntica visión. Las comunicaciones rápidas y constantes han acabado con el antiguo «isidro». Hoy no se da el caso de aquel vecino de un cercano pueblo, que cuando le preguntaron a su regreso qué le había parecido las gentes de las calles de Madrid, contestase:

—¡Chico, allí el personal sólo hace que venir para acá!

Ni tampoco el que regresó después de las fiestas madrileñas y dijo:

—En Madrid todo el mundo me conoce. A cada momento me llamaban y me saludaban.

Unos estudiantes, compañeros de hospedería le habían puesto un cartel en la espalda: «Yo soy el tío Periquillo, el de Albalate».

El forastero viene a Madrid como uno más de la capital. Si no conoce la ciudad, la visita. Si estuvo antes, la visita también. Porque Madrid de un año para otro se remozca. Y casi, si la memoria está un poco floja, no se le conoce.

LA ESTATURA DE LA CAPITAL HA CRECIDO VARIOS METROS

Madrid, como un niño al que le hubieran suministrado una fuerte dosis de aceite de hígado de



La cara de la ciudad también se pinta.

bacalao, ha dado un estirón. Pero un estirón hacia arriba. Aparte de su ensanche, ahora está cada vez más cerca del cielo.

Hace veinte años, cuando había que enseñar un edificio gigantesco, se llevaba al visitante



El turista toma notas de los aspectos madrileños que quiere archivar en el recuerdo.

a la Red de San Luis, se le ponía enfrente de la Telefónica y se le sujetaba durante un cuarto de hora para que se admirase bien y comprobase la existencia de la única altura visible.

Ahora hay que tomar un automóvil si se quieren conocer en una mañana las altas torres que desde la capital miran los campos de Castilla.

—Este edificio tiene un millón de ventanas—le dijeron a un labriego leonés que venía a Madrid por vez primera.

El hombre se sonrió, miró hacia arriba y contestó:

—¡Qué os creéis, que no sé yo que éste es el edificio España!...

No tiene un millón de ventanas el edificio España, pero sí tiene un millón de fuerza de voluntad derramada por su creador: José María Otamendi.

El resultado de la familia Otamendi en Madrid es algo así como la obra de una legión de niños en la playa que se hubiesen puesto a construir casas, palacios, rascacielos y subterráneos con la arena. Sólo que las de los Otamendi son de hormigón armado, ladrillo, hierro y acero.

El barrio de Cuatro Caminos, en gran parte, y su prolongación por la avenida de la Reina Victoria y cercanías del Estadio Metropolitano han crecido bajo la vigilancia y el cuidado de dos Otamendi: José María y Julián. El Metro de Madrid tiene un patriarca: Miguel, y el Palacio de Comunicaciones y el Banco Central, otro: Joaquín. Los cuatro, unidos y armónicos, han transformado, en la medida de sus fuerzas, el Madrid de antes y han hecho, junto con la altura de otros edificios, el milagro de la estatura de la capital.

LA GRAN VÍA TIENE TRES TROZOS

Uno de los sitios que el visitante de provincias—no nos referimos al turista de otros países—pasea, vive, conoce y recuerda es la Gran Vía madrileña. Pero la vida de la Gran Vía ya no está centralizada en el trozo comprendido desde la Red de San Luis hasta la plaza del Callao; la actividad madrileña se ha tra-



Junto a las monumentales edificaciones de sus nascacielos, la placidez de los jardines madrileños. Moderna estampa de la plaza de España.

dado hacia la plaza de España, y es, desde Callao hasta el Coliseum—otro de los edificios gigantes de Madrid que construyera la iniciativa de los hermanos Guerrero—, donde la mayor parte de los nuevos viajeros de Madrid hablan, pasean, toman café, compran y conocen el nuevo rumbo de la sustantividad capitalicia.

En estos lugares han surgido, como por generación espontánea, nombres lejanos: Puerto Rico, California... Son las cafeterías.

Las cafeterías madrileñas tienen, casi todas, nombres americanos, de las dos Américas: la del Norte y la del Sur. Hace unos años, este género de establecimientos no existía; hoy Madrid presenta 2.668 cafés—bares y cafeterías—, todos construidos o reformados desde 1939 hasta ahora.

—Esta parte de Madrid—decía un ganadero salmantino hace unos días—tiene siempre animación de capital grande en semana de feria.

En este recién nacido trozo de la urbe hay de todo. Cines, teatros, comercios, agencias de viajes... Bajando por la acera de la derecha, el cine Gran Vía y el Pompeya; subiendo por la acera opuesta, el teatro Lope de Vega, el cine Rex, la agencia ATESA, el hotel Emperador...

Madrid, de noche, por otra parte, cultiva sus distracciones en

estas latitudes. Las terrazas de las cafeterías, cuando llega el tiempo bueno; las salas de fiestas, en el invierno, con el recuerdo de la que tuvo la primera pista de hielo de España: el Pingüino, hoy con otro nombre; los salones de espectáculos y, como final, la calle para todos. Pasear por la Gran Vía, cara al Guadarrama, es tener, en uno mismo, un sentido de la vista con tres dimensiones auténticas: al frente—o a lo largo—, la sierra del Guadarrama, con sus canchales roquicos, con sus laderas nevadas; a derecha y a izquierda—o a lo ancho—, las muchachas madrileñas, rumbo, garbo y casticismo, con aire de reinas por propios merecimientos, y por encima de la cabeza—o a lo alto—, la mole impresionante de los edificios estirados que proclaman, con su presencia, el triunfo actual de la técnica nativa.

Así es la Gran Vía recién construida. Abierta al aire puro del Guadarrama y a las sensaciones de los descubridores diarios que la recorren.

Antes, sin embargo, está el tradicional segundo trozo de la avenida. La del Palacio de la Música, el Avenida y el Alvarez Quintero, entre los cines, y el Zahara, el Monterrey y el Fuyma entre los bares. Ahora, esta parte no tiene el encanto de lo nuevo. El

transcurrir de los paseantes es como el pasar diario de unos mismos hombres por unos mismos lugares.

Todavía tenemos, comenzando en la calle de Alcalá, el primer trozo. Allí están los nombres conocidos de Chicote, el Abra, Pí-doux... No existe un solo cine ni un solo teatro. Es la parte vieja de la nueva Gran Vía madrileña. Por eso, al llegar al tercer trozo—al trozo nuevo—siente uno, inexcusablemente, la satisfacción y la emoción de un navegante que descubriese una isla desconocida y paradisiacamente hermosa.

CUATRO MIL MILLONES DE PESETAS ES EL CAPITAL DE LA BANCA MADRILEÑA

Por las esquinas de Madrid, en las calles principales o en las lejanas y apartadas, han aparecido en estos últimos tiempos unos nuevos establecimientos, típicos y definidos, que son los Bancos, y más concretamente las agencias bancarias.

Un conocido financiero ha sentido esta definición:

—El mejor índice del progreso de una ciudad está en su desenvolvimiento bancario.

Madrid no tiene una calle estrictamente bancaria. Las construcciones centrales dedicadas expresamente a estas actividades se reparten en un área difusa. Catorce importantísimas instituciones bancarias han establecido en Madrid su domicilio social. Ciento treinta y seis sucursales y agencias—de las cuales corresponden ochenta y dos oficinas a la Banca madrileña y el resto a los establecimientos de crédito dependientes de las provincias—aparecen distribuidas por el término municipal.

La Banca madrileña es, sin duda, la más importante de España. Poniendo en relación su balance conjunto con el total de la Banca española, puede calcularse éste en un promedio del 60 por 100, compensando los distintos epígrafes del activo y del pasivo. Su capital y reservas representan el 56 por 100 de la Banca inscrita—3.604 millones de pesetas—y los créditos concedidos se aproximan a los dos tercios del total.

Los visitantes que en estas fiestas madrileñas contemplan las iluminaciones indirectas de las bancarias fachadas—luces verdes, rojizas y blancas—sabrán, de esta manera, que Madrid, dentro de esos edificios, anima una importante vida activa. Son los Bancos, tal vez, como los termómetros clínicos que toman el pulso al latido económico de la nación. Y el ritmo de las finanzas madrileñas tiene un corazón superdotado, con la velocidad de un campeón de los cien metros lisos y la resistencia de un plusmarquista de los diez kilómetros de gran fondo.

TODOS VISTEN IGUAL

A Madrid, los únicos que llegan vestidos de diferente manera son los extranjeros. España es, sin duda de ninguna clase, el país que mejor viste del mundo.

—Yo he recorrido infinidad de poblaciones, desde la India hasta el Brasil y desde Inglaterra hasta el Africa del Sur—nos decía una maravillosa bailarina, de un «bailet» norteamericano, que estuvo

una semana en Madrid—, y no he visto nación como España en la que se vista mejor. Las mujeres de aquí, en otros países, parecerían auténticas maniqués o verdaderas artistas de cine, y lo mismo ocurriría con el vestuario de los hombres.

Por eso, ahora, los residentes en las provincias ya no tienen por fin exclusivo el venir a Madrid a vestirse. Pero, no obstante, en esta faceta, Madrid ha adquirido unos entes singulares que le dan el rango y el prestigio de capital monumental: son sus grandes almacenes.

Pepín Fernández, que nació en Grado, al lado mismo de Oviedo, es el mago creador de Sederías Carretas y Galerías Preciados. Paralelamente a él están los hombres que levantaron Sepu y El Corte Inglés, y Almacenes Capitol, y Los Sótanos. Aquí aparece otra vez un Otamendi: José María.

Dentro de esta línea de almacenes, Los Sótanos se llevan la curiosidad y la admiración de los visitantes. Es una Exposición permanente de productos que señalan, sin saberlo ellos mismos, la elevación del nivel de vida de los madrileños, y, en resumen, el aumento de la capacidad adquisitiva de los habitantes.

En Madrid existen noventa mil personas empleadas en el comercio. Sólo hay una capital de Estado en el mundo que la aventaje: París, que tiene doscientas siete mil. El tercero y cuarto lugar están ocupadas por Washington, con 67.000 y Lisboa, con 39.000. Y entre las demás ciudades comerciales sólo hay dos que le aventajen; una, Nueva York, con sus 903.000 empleados de comercio, y otra San Francisco, con 129.000. Luego, sin más, está Madrid. Un cuarto puesto en el orden del comercio mundial está aquí, junto a nosotros.

Cerca de cuatro mil nuevos establecimientos se han instalado en Madrid en los diez años últimos. Un millar son tiendas de tejidos y artículos para el vestido; otro millar, perfumerías y droguerías; medio millar han sido librerías, y un cuarto de millar cada uno, los siguientes: joyerías y bisuterías, tiendas de muebles y tapicerías y venta de máquinas de escribir, coser y calcular.

Cada establecimiento corriente ha aumentado su volumen de mercancías vendidas, con relación al año 1940, en un 30 por 100; los grandes almacenes realizan ventas que superan a las de aquel año en el 322 por 100 y las de ventas a plazos en un 394 por 100. Sobran, pues, los comentarios.

A Madrid, pues, los visitantes de España llegan bien vestidos y se marchan bien vestidos también. A lo más, si traían un traje azul marino, se vuelven con uno gris perla, y si usaban camisa de popelín rayado regresan a su casa con una de nylon verde claro. Pero el corte, el estilo y la línea son parejos. El servicio principal es, por tanto, para los de casa.

DOS CIUDADES: LA DEL AIRE Y LA DE LA TIERRA

Por otra parte, Madrid se ha ensanchado. Vicálvaro, Vallecas, El Pardo, Aravaca, Fuencarral,



En el paseo del Prado —en trance de reforma y embellecimiento— juegan los niños. Al fondo, el edificio que se construye para sede de la Organización Sindical española.

los Carabancheles, Hortaleza ya pertenecen, por entero, a la capital. Y grandes y espaciosas avenidas los enlazan.

De esta manera, la autopista de Barajas sirve para dos cosas, quizá para tres. Como entrada a la ciudad, como trazado de comunicación con el pueblo y como ruta hacia el aeropuerto. Porque la moderna estación de Madrid está en el aeropuerto de Barajas, principiando por el faro simbólico que es el rascacielos de la autopista.

En la barra de un bar cualquiera hablaban dos personas. Una de ellas es un estudiante que ha traído a su padre del pueblo para que conozca la capital.

El padre sabe que en Madrid no se va a pasear a la estación, como allá, por la tierra. Pero intuye que algún sitio, si no parecido, muy semejante, tiene que haber donde se reciban caras nuevas y se vean partir rostros desconocidos.

—Ya sé que vosotros no tenéis estación del tren para ir los domingos. Y entonces, ¿a dónde vais?

—Hombre, padre. No es que vayamos a ningún sitio, pero, por ejemplo, mucha gente va a Bara-

jas a ver llegar y salir los aviones de pasajeros. Cogen un autobús en Cibele, les lleva, pasan la tarde en el aeropuerto y vuelven luego a Madrid. Hoy, padre, en España, también se viaja por el aire.

Del viejo y rudimentario campo de aviación del año 40 se ha pasado ahora a un formidable aeropuerto clasificado como de primera categoría según las nor-



La calle de Serrano a media tarde tiene una fisonomía propia que la hace alegre y simpática.

mas de la Organización Internacional de Aviación Civil. Ocho millones de metros cuadrados ocupan las instalaciones totales. Un millón y medio corresponden a pistas afirmadas con losa de hormigón. El aeropuerto transoceánico de Barajas, crecido y desarrollado al lado de esta transformación total madrileña, es, por sus condiciones topográficas y meteorológicas, uno de los más seguros del mundo. Cuarenta y cinco operaciones de despegue y aterrizaje admiten cada una de las tres pistas terminadas. Ciento treinta y cinco aeronaves por hora pueden llegar y salir, sin ninguna dificultad ni impedimento, de esta verdadera ciudad del aire.

Barajas queda allá arriba como escalón en la ruta del aire. Por acá abajo, casi junto a la Gran Vía madrileña, está la Moncloa. El Ministerio del Aire, con su estilo herreriano, marca el comienzo de la ciudad nueva. Pero antes de llegar, viniendo de La Coruña, hay una serie de edificios de rojizos ladrillos, que los jóvenes—mujeres y hombres—de diecisiete a veinticinco años conocen bien: la Ciudad Universitaria.

Pero la Ciudad Universitaria es objetivo de nuestros días. Tanto como los estudiantes van a ella, la visitan otras personas que hacen tiempo abandonaron las aulas.

—Esta es la Facultad de Medicina, y aquella la de Ciencias, y la de más allá, la de Filosofía.

—Me dan ganas de matricularme de nuevo y volver a empezar—decía un médico ya retirado de la profesión cuando su nieto, médico también, le enseñaba el Hospital Clínico.

—Ahora, en la primavera, entre las flores de los jardines, la perspectiva de la sierra delante de nosotros y la presencia de nuestras compañeras de curso o de otras Facultades, es mucho más penoso estudiar que en vuestros tiempos, abuelo.

—Los estudiantes siempre poniendo dificultades...

Sobre el trazado invisible de unas trincheras ha nacido un gran grupo de edificios: las Facultades, las Escuelas Especiales, los Colegios Mayores...

Madrid, por el aire y por la tierra, avanza a la velocidad del sonido.



DE LA PLAZA DE TOROS AL ESTADIO DE CHAMARTIN

Una moderna fábrica en el barrio de las Delicias.

Así como antes se venía a ver la plaza Monumental de Madrid—que soñara Juselito y cuya construcción vislumbró antes que nadie—, hoy las multitudes—una pareja es casi una multitud—se dirigen hacia el estadio de Chamartín.

—¿Se ve bien el fútbol desde Chamartín?—es la pregunta segura que le harán a la llegada a su provincia.

—Mejor que en ninguna parte—contestará él, orgulloso y ufano, como si acabase de escalar un pico inmarcesible por vez primera.

Por la parte del estadio del Real Madrid, la capital va adquiriendo un tono distinto. La tierra ha servido como el papel de un plano y ahora van surgiendo las edificaciones, las plazas, las calles, los árboles y las calzadas completamente distintas al Madrid de la Gran Vía, de la calle de la Montera o de la calle de Alcalá. La Puerta del Sol, aunque rejuvenecida con las nuevas fuentes que le han nacido, se va quedando un poco a trasmano. Y dentro de poco, no llegará al cuarto de siglo, la vida de Madrid se habrá trasladado a estas nuevas urbanizaciones. El estadio de Chamartín será tan familiar como la Cibeles y se pasará por delante de él tantas veces como ahora vemos las carteleras de los cines de estreno. Las tiendas de lujo habrán sido instaladas en estas nuevas estaturas de Madrid y el paseo de por las tardes o de los domingos por la mañana de la calle de Alcalá y de Recoletos habrá tomado asiento en estas latitudes.

En esto de las distracciones de los domingos, Madrid ya no es el mismo. El Hipódromo de La Zarzuela, por ejemplo, constituye una clara muestra de esta renovación de lugares: la piscina Municipal, con sus submarinos ojos de buey, es escenario de futuros nadadores; las pistas de tenis del Apóstol, los campos de golf de Puerta de Hierro, los boleros repletos de nuevos jugadores son puntos afortunados en esta mutación de las cosas.

UN EQUIPO DE HOTELES DE PRIMERA DIVISION

Madrid y sus hoteles. Este podría ser el título de una novela, de una obra de teatro o de un libro.

Madrid tiene, en esta remoción de los años, un capítulo dedicado a los hoteles. No podría decirse cuál es el primero ni cuál el segundo.

Los nombres suyos tal vez sean lo de menos: Castellana Hilton, Wellington, Emperador, Rex, Menfis, Savoy, Plaza... Y se encuentran distribuidos por todas las calles y por todos los barrios: Castellana, Velázquez, Gran Vía, Goya, plaza de España...

Hace poco tiempo Madrid era, en hoteles de primerísima, un par a lo sumo.

Diez mil quinientas plazas, para otros tantos hospedados, es el resultado del censo hotelero de la capital. Este número representa el 20 por 100 de la capacidad hotelera de toda España. Como cifra media de inversión monetaria para cada habitación se puede dar la cantidad de ciento cincuenta mil pesetas, lo que hacen mil seiscientos millones de pesetas el valor de lo invertido en este capítulo.

La capacidad de los hoteles de lujo representa el 43 por 100 del total nacional de los mismos. De ese par que hablábamos antes se ha llegado hoy a 3.270 plazas en catorce perfectísimos hoteles, la mayoría de nueva planta, dictados de los más asombrosos adelantos de la técnica.

—Jamás pensé que en verano pudiese haber aire frío y en invierno aire caliente—decía una anciana abuela a su hija en la sala de estar de uno de estos colectivos alojamientos madrileños.

Ya los nuevos esposos que en viaje de novios han pasado por la villa pueden contar en el regreso a su provincia:

—Nosotros nos hemos bañado en la piscina del Emperador.

En la altura de los edificios, los hoteles tienen su puesto. Un puesto abierto no solamente al turismo internacional, sino, lo que es más importante, usado y ocupa-



El guardacoche y el policía urbano, en la calle de Alcalá.



Otra gran fábrica, ésta en el cinturón industrial.

do por los propios compatriotas que llegan a la capital de España.

LA MAS MODERNA MUESTRA DE LA ARQUITECTURA

Dentro de la placidez del paseo o del aperitivo tomado en la terraza de un bar aparece, a no dudarlo, la calle de Serrano. La calle de Serrano, con su tradición, desde luego, ha ganado en este proceso evolutivo de todo Madrid. Si antes había tres o cuatro bares, hoy abren sus puertas once o doce, por lo menos. Y al recién llegado que quiere saber algo de los sitios de reunión de los madrileños se le lleva un rato, por la mañana o por la tarde, a tomar una cerveza o un vermut a la calle de Serrano.

El público de la calle de Serrano es, desde luego, un público singular. Antes que nada, pasea. Pasean, sobre todo, los muchachos detrás de las muchachas, y éstas, a su vez, detrás de los muchachos anteriores. Es la calle de Serrano una especie de campo de batalla de Cupido callejero.

Aquí también está una de las unidades arquitectónicas que han levantado polémicas entre los profesionales, los aficionados o simplemente los estetas. Es el edificio, aun no terminado, de la Embajada de los Estados Unidos d. América. De esta manera, en la calle de Serrano se encuentra una de las más modernas muestras de la arquitectura contemporánea.

El forastero que visita, después de una ausencia, este barrio de Salamanca encuentra reunido el resultado del estudio con la visión del reposo y de la despreocupación.

EL CINTURON INDUSTRIAL DE MADRID

Aunque lo que ahora vamos a describir no se vea a primera vista, tiene una importancia análoga a la revalorización del centro. Se trata del cinturón industrial de Madrid.

A lo largo de su perímetro, fábricas y más fábricas alzan sus chimeneas perfiladas en el horizonte. En la Ciudad Lineal están las factorías de la «Vespa»; en Villaverde aparecen las letras de Marconi; más allá, casi junto a San Fernando, la Empresa Na-

cional de Rodamientos y la Empresa Nacional de Autocamiones puede decirse que viven dentro de la capital...

Más de medio millón de habitantes de Madrid se ocupan, trabajan o dependen, en suma, de las actividades industriales.

Madrid se ha industrializado. Por las carreteras de Barcelona, de Extremadura y de Andalucía, camiones y autobuses transportan, en las primeras horas de la mañana, a toda la población trabajadora. Y el conocido, aunque multiplicado, silbido de las sirenas pone una remembranza de peligros de guerra en la tranquilidad feliz de la paz firme y serenísimas.

LA LUZ DE LOS CUENTOS DE HADAS

Como terminación natural del tiempo, en período corto, está la noche. Madrid ha luchado, en una época, con las restricciones. Sin embargo, ahora Madrid puede ser presentado como un verdadero foco de luz.

—Ven, os voy a enseñar Madrid de día, pero de noche—decía a un joven matrimonio venido de provincias otra pareja madrileña.

Y los llevaron al paseo del Prado y a Recoletos, bajo la blanca luz de los nuevos focos municipales.

El paseo del Prado, de Madrid, parece así, por la noche, el lugar descubierto de un cuento de hadas. Con presteza van surgiendo nuevas iluminaciones que transforman la faz nocturna de la ciudad.

Así es el Madrid de ahora. Un Madrid cambiado y rejuvenecido. Un Madrid crecido bajo el signo del trabajo, de la tranquilidad, del esfuerzo, de la insatisfacción y del desvelo. El Madrid de hoy, espiritualizado y materializado a la vez, no es una entidad amorfa, raquítica y sin sustancia. Hay ahora un Madrid novísimo y triunfal, elaborado por varios hombres desde varias partes desde el Municipio hasta la industria, pasando por el comercio, por la técnica y por la cultura. Madrid, en sus fiestas de San Isidro, recibe a los forasteros. La cara de Madrid, la faz externa, no es ya la misma que hace veinte años. Una nueva ciudad de todos los españoles y para todos los españoles ha crecido junto a nosotros.

José María DELEYTO
(Fotografías de Aumente.)

Acaba de ponerse a la venta el número 27 de

POESIA ESPAÑOLA

La mejor revista literaria de España, que ofrece en su último número el siguiente sumario:

ASSUMPTA EST MARIA IN COELUM

Por Dionisio Ridruejo

TARAS SHEVCHENKO

Por Dimitro Buchynskyj

SIETE CARTAS A DIOS Y UNA AL DIABLO

Por Francisco Tomás Comés

TRES POEMAS

Por Sergio Quevedo

SEIS POEMAS

Por Carlos Prado Nogueira

CUATRO SONETOS DESDE EL «JUAN SEBASTIAN ELCANO»

Por L. de Diego

SITUACION DE LA POESIA Y EL PECADO DE NERUDISMO

Por Vicente Román

VIEJO AIRE, AL AIRE

Por Félix Ros

y sus habituales secciones:

Las Revistas, Noticiario, Textos, Reseñas y Estafetas

POESIA ESPAÑOLA

publica en la sección Textos del número 27, que acaba de ponerse a la venta

CARTA DEL PAPA CELESTINO VI A LOS POETAS

Por Giovanni Papini

LEA TODOS LOS MESES

POESIA ESPAÑOLA

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

Dirección y Administración

PINAR, 5

MADRID

Las seis de la mañana. Juan Mateo despierta siempre temprano: a las horas lívidas, grisáceas, frías. Las horas en las que el libro se abre sin esfuerzo. Todavía, aun medio dormido, aun muerto, la mirada del hombre comienza a poner en orden las cosas: aquí, «casa»; allí, «mujer y espejo». Antes de abrir definitivamente los ojos, antes de que la sangre corra hasta lo más lejano y hundido del cuerpo, antes que la vida sea una vida auténtica, amarga, tranquila, serena, temblorosa, los pies, allá en el fondo remoto de la cama, parecen pesar también su peso aparte, su vida sólida y mineral roída del veneno blanco de las uñas. Las uñas, lo primero que envejece, lo primero que se roe a sí mismo.

Juan Mateo no sabe cómo es él mismo. Cómo se mueve o cómo mira. De qué color son sus ojos o de qué forma exacta, plena, rotunda, alegre mueve sus manos. Sus manos: doble palma de piedra para levantar las rocas y ponerlas, cuando lo quiere el sueño, de ancha almohada.

Juan Mateo no sabe cómo es él mismo. Ayer, antes de dormir, antes de morir, una mujer le dijo: «Los cuartos de hombre huelen siempre a cubil. Hay algo extraño, de fiera domada, pero de selva, en cada habitación de hombre. El tabaco se mezcla con los olores y forman todos ellos, como si lo supieran, un solo olor único. Tú, al revés, hueles a hierro. Un olor hondo, duro, de óxido. Un olor sobre el que parece resbalar la lluvia. Un olor de reposo».

La habitación está a oscuras. La luz, la única luz, es un espejo. Juan Mateo se mira, sin darse cuenta, en él. Un espejo largo, quieto, hondo, que tiene aguas, ondulaciones como un río. La mujer le había dicho: «Cuando te miras al espejo no te pareces nada. La única que sabe cómo eres soy yo. Tú, al mirarte cambias los gestos, no sabes de qué forma subes las manos hasta los ojos. No sabes cómo eres.»

A Juan Mateo, cada vez que lo oye, le duele. Es triste no saber nada de uno mismo. Cómo es uno junto a los ríos y al lado del perro. Y dormido. «Además—dice la mujer—, cada día eres más joven, más hombre».

Velázquez es sólido, compacto, real. «Las Meninas»—piensa Juan Mateo—se pueden mirar en el espejo. El Greco es distinto; el Greco está siempre fuera del cuadro; hay algo que al mirarle sabes que no te pertenece, que se escapa.»

Cuando Juan Mateo levantó las persianas, la calle, las ventanas de enfrente estaban ya bajo la lluvia. «Un día más para la lucha» Y ahora mismo, en este instante. Cuando los pies pisan la tierra como si fuera el seno húmedo del agua. Cuando el cielo tiene el color de la ceniza y de la arena sucia y fría de la noche. Ahora mismo.

La habitación de Juan Mateo tiene, junto a los cristales de la lluvia, una terraza, una máquina de escribir (en esa tumba negra del estuche) y libros. En la pared, un cuadro de San Pablo. Y una cruz. Pero la cruz está sobre la cama. «Y el Hombre clavado—piensa Juan Mateo—, el que más anda, el andarín exacto, el andariego.» Cada día para andar. Para llenarse de polvo, para entrenar las ramas secas, los pozos sin agua, las serpientes durmidas, los cubiles sucios. El hombre-hombre para andar, para estar clavado, para quedarse en la pared y andar.

Arriba, en la casa de Marcos, todo comienza a moverse. Todo se prepara para que el niño se disponga a ir a la escuela.

Juan Mateo escribe: «Ayer estuve allí de nuevo. La mujer dormía, como una losa fría, a mi lado. La habitación tiene seda roja y un espejo grande. Una habitación donde todas las cosas tienen un color especial, un tinte único, hermético y oscuro. Mis palabras con ella fueron las de siempre: «Te he recordado.» Y las de ella: «Te eché de menos.» Pero yo no duermo y ella se duerme pronto. Como si aprovechara mi presencia para dormir, para no tener miedo. La única butaca de la habitación, de la cueva es roja, y Pedro dice que no puede



EL DESTINO DE JUAN MATEO

NOVELA

Por Enrique RUIZ GARCIA

sentarse allí a gusto. Que prefiere sentarse en la cama...»

«Hoy—dice Juan Mateo a la mujer que cuida la casa—quiero una naranja y el café con leche.» La mujer le mira y dice: «Sí.»

En las ventanas, después de la lluvia, la tormenta. «Mi madre—piensa Juan Mateo—tenía respuesta para todo. Cuando teníamos tormenta en verano nos decía, quizá para animarnos: «Son las peores.» Y también: «Silverio acabará mal.»

Es que Silverio estaba siempre en el peligro. Se jugaba la vida en todas las tapias, de cara a las manzanas, a los tiros de cal del médico. Su precipicio era el estar siempre en pie. Todas las mañanas me despertaban, desde su casa, las palabritas del padre. Era éste un recio hombre que ponía a los toneles sus flejes de hierro. Decían de él que era un artesano inigualable. Un artesano medieval, de otros siglos. Un artesano grande, gordo, rojizo, de cuadro de Rubens. Era también él un tonel recio, un tonel de los suyos. Y se encinchaba además con una faja negra que recordaba, miméticamente, los aros de sus tinas. Fuera de su trabajo, de su vino negro, de su palabra recia, sólida, habladora, el padre de Silverio era socialista. Se pasaba el día hablando del rey. El rey era su motivo de conversación, su fiesta del lenguaje, su gramática parda. El rey era su gran tonelero. Estaba siempre contra el rey y con el rey... y su rey que no se lo tocaran. Cuando yo iba a buscar a Silverio nos decía: «Iros, hatajo de...» Y mi madre decía «Silverio, como el padre, un hereje.»

El tonelero, el fuerte tonelero, el grande y recio tonelero, el tonelero sin rey y sin escudos, terminando un hijo a la Iglesia. Silverio se hizo soldado, hombre de cruz, clavado, andarín. El padre decía: «Todos, un hatajo...» Pero el hombre dió hombre.

La tormenta corre como un fuego recto por el cielo. Las gentes miran desde los portales, hombro con hombro, quién pasa y quién huye. Una mujer, delante de Juan Mateo, se santigua. Y Juan Mateo, que siempre ha querido hacerlo y ha sentido un poco de vergüenza, termina por hacerlo hoy, alivia y lentamente, al llegar a las puertas de la catedral. Allí donde más llueve. Donde la lluvia se hunde en las espaldas de piedra de los santos y resbala, como una montaña medio azul, desde la cabeza hasta las cuencas negras, vacías, de los ojos. La catedral de la ciudad, que es como un muro abierto. Como una muralla, pero tranquila.

La ciudad es también como un muro. Las ventanas se abren o se cierran, las gentes andan o duermen, se estrechan la mano o se cierran el paso. Pero la ciudad es como un muro impenetrable. Juan Mateo, después de decir «¿Qué tal, señor director?», se ha pasado la mano, la palma, la roca, por el hondo remolino de la carne. Y allá, en la frente, cruzando las arrugas horizontales, los ríos secos, el cauce sin neblina, termina por levantarse un vertical paisaje de árboles. Cuando niño, Juan Mateo arrugaba la frente, y la madre, inevitablemente, le decía: «No hagas eso. Pareces un viejo». Otros niños, sin embargo, se mordían la lengua. Sólo que él tenía esa manía. Y por eso en la frente, como un registro, la sinfonía amarillenta de los bueyes que terminan por hundir el arado de óxido en la carne. «Tú, que hueles a hierro, Juan Mateo.»

La lluvia en la calle es más fuerte. Hay que separarla con los brazos y cerrar la boca. A estas horas los soldados beberán en sus cuarteles, en las largas y duras mesas de mármol, el café sin café de la schicoria. Las cornetas estrenarán su música de tres en tres. No habrá lluvia que resista la tropa.

El hombre que se llama Mateo, y antes del Mateo, Juan, distribuye el trabajo de sus hombres. La fábrica, como si fuera suya, como si tuviera algo de su pulso, registra su paso. Cada taller sabe que el ingeniero, el hierro y el óxido despiertan la pereza de los que huyen de la barra. En el taller de los hornos, junto al fuego, la lluvia de la ciudad es una cosa lejana y casi imposible. El lingote de hierro, como si fuera pan, miga blanda, barro y arena, se entrega al martillo. A la gran lanzada de los mazos.

Y así hasta las dos.

Juan Mateo vuelve a sus pasos firmes, a su aspecto de roca y comienza a andar. Andar junto a la sombra; la sombra que duerme si dormimos, que corre si corremos. En el camino la mujer le mira y se le queda quieta, hundida, como si la apesara el aljibe exacto de los ojos, la torre doble de los pulsos. La mujer se llama, para su sorpresa, Edith. Juan Mateo piensa que Edith sólo existió en la Biblia, pero no aquí, en la ciudad de uno, en el rincón más quieto de los ojos. En la caricia de la mano.

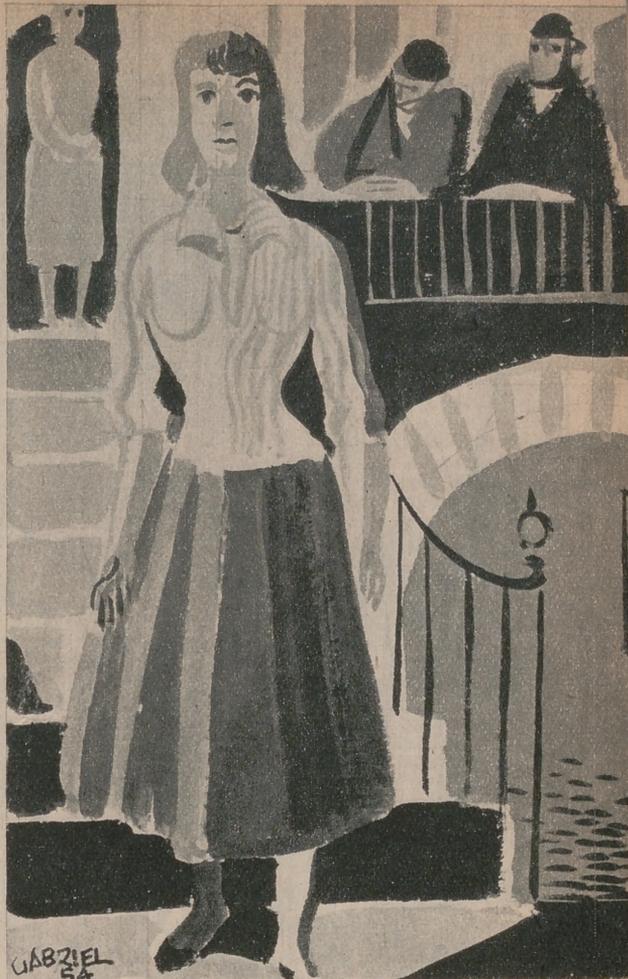
Edith esperaba la salida de Juan Mateo en un portal oscuro. Como si no viniera cada día a verle salir y a ver su ancho paso. Un paso que no alcanzaba nunca. Y así cada día, como si la vida fuera larga, como si hubiera de vivir como Sara, «a que, habiendo vivido ciento veintisiete años, murió en la ciudad de Arbee, por otro nombre Hebrón, en tierra de Canaán», no hacía nada más que mirarle y huírle. Porque si Juan Mateo acercaba su paso al de ella, esto es, si iba despacio, igual que si el sol sentara bien a su cabeza, la mujer corría. Y sólo entonces, cuando Edith corría, sabía el hombre, dentro de sí, apremiante y dolorosamente, que su paso era leve. Un paso para la nieve o para las tierras recién aradas. Un paso para el agua.

Aquel día fué distinto.

II

LA CASA

La ciudad, la villa tiene un paseo que corre al lado del mar. Que sigue la mar hacia la costa grande y cuando se esconde en el acantilado añilado y escético del Norte. Este camino es el camino de Juan Mateo los días de lluvia. Los días en los que él hace solo, por reverencia, el paseo (la marcha, como él dice), que los demás días, cuando todo es plácido, hace todo el mundo. Es un camino para la calma. Las ventanas están cerradas. Los coches, los pocos coches que tiene la ciudad, pasan también con una prisa nueva. Con una prisa que entierra todas las prisas anteriores.



Y así, separando con los brazos el agua, abriendo con los ojos el parapeto blando de la lluvia, Juan Mateo ha tenido a su lado a Edith.

Edith, ya lo sabe todo el mundo, anda por ahí. No se sabe qué hace, de qué vive, porque sus padres no están con ella para servirla. Que sus padres, como sabe todo el mundo, no pueden estar aquí, en la ciudad. Por lo tanto, por ello mismo, todo el mundo dice cosas de Edith.

La muchacha, de vez en cuando, corre para acercarse al paso de Juan Mateo. Y ahora, cuando pasan los coches, porque la ciudad es pequeña, dormida en el mirarse unos a otros, pegada a los cristales para verse en cada movimiento, todos los frenos, casi sin querer, frenan un poco. Las persianas terminan por levantar su cremallera de miedo. La tormenta se ha acabado como ha venido y Edith y Juan Mateo no pueden ya, hoy, esconder que van el uno al lado del otro. La ciudad, que es pequeña, se apresura a decir: «Tal para cual». Dos muchachas, en la acera, se pegaron a las paredes para no tocar, ni aun levemente, a Edith.

—¡Edith —dice Juan Mateo— anda despacio!

—No.

—Sí, despacio. Hay que apurar, esta tarde, todas las miradas. Llamaremos a todas las ventanas que estén cerradas. Pisaremos todos los perros para que ladren. Cuando en la acera puedas tropezar a una mujer te abrazas a mi brazo.

—Tú, Juan Mateo, que hueles a hierro, a hombre limpio.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

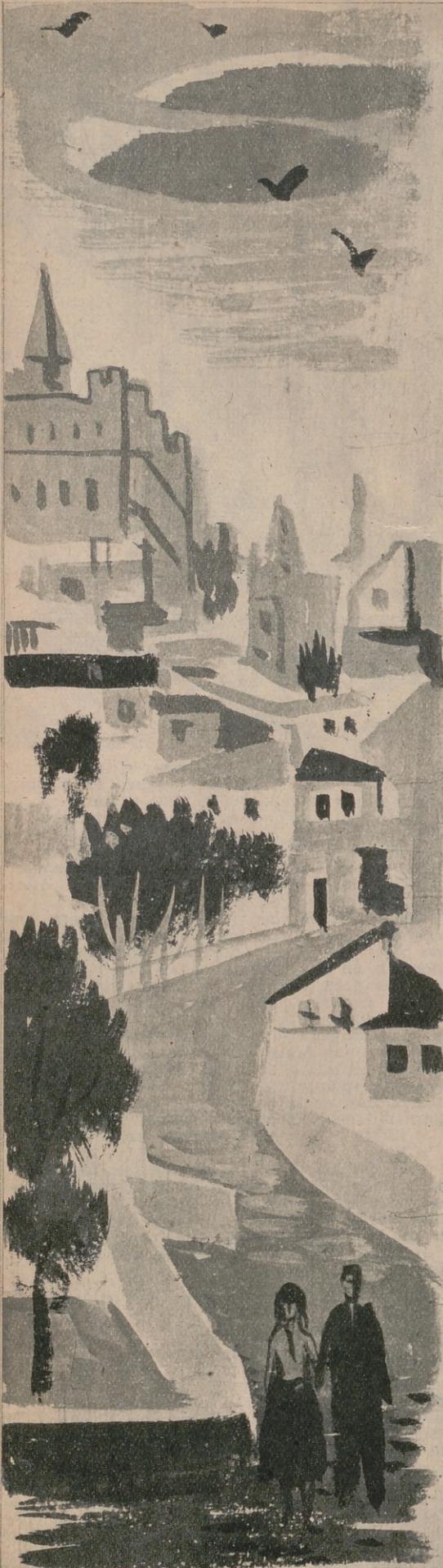
—Yo, para el hierro.

Después del paseo, del andar por la lluvia y la tarde seca y la tormenta, Juan Mateo llevó a su casa a Edith. Edith no dijo nada. No preguntó nada. Ni cuando salió la mujer que cuidaba la casa y miró por encima de los ojos. Ni cuando subieron la escalera y se sentaron frente al cuadro de San Pablo. Frente al Cristo clavado.

—¿Aquí vives?

—Aquí.

Edith es muy distinta a como suponía Juan Mateo que era. Es más pequeña, más niña, más cerca del rubio que del ocre. Y, ahora, que no tiene que defenderse de las miradas de la gente, del acecho, del ojeo del hombre, anda aun más levemente. Más precisa que la idea anterior: su paso es pa-



ra la alfombra, para la escalera de casa. Es como un andar íntimo, embebido en sí mismo, enterrado en su propio silencio.

La mujer mira a Juan Mateo y le encuentra más ancho.

—Eres muy alto.

—No; es que toda la habitación está equilibrada. Yo quepo en ella. Estoy aquí, y esto es lo difícil y lo ancho y lo alto, como soy. No tengo que dar explicaciones a nadie: crecerme o achicarme. Estoy como tú me ves ahora.

La mujer, Edith, ha ido mirando con el mayor cuidado la habitación. Ha tocado, con cierta dulzura, pero rápidamente, los libros. Y ha buscado, casi sin darse cuenta, más cosas. Más cosas de Juan Mateo. Más cosas que le expliquen quién vive allí. Ha leído, al principio, casi sin querer, una frase: «... la mujer dormía como una losa fría a mi lado». Y ha querido seguir: «La habitación tiene seda roja y un gran espejo...».

La habitación de Juan Mateo es una habitación grande, con una terraza, pero vacía de seda. «Quizá la seda sería incomprensible, piensa Edith.» Hay, también, una cama, un armario «con un espejo interior, pero malo», y dos bibliotecas. Muchas libros «y un cuadro de un hombre viejo, como un apóstol, piensa, y nada más».

Edith, impaciente, se vuelve para preguntar o para mandar:

—Quiero saber para lo que me has traído aquí. Y quiero saberlo por ti. Con tus palabras. Con tu voz.

—Te he traído para que miraras el mar desde ahí. Desde mi torre, desde mis ojos. Y te he traído, también, para que miraras mis paredes. Para que supieras lo que es, verdadera y sinceramente, una habitación de hombre. Allí, mi pijama; aquí, mi libro. Ahí, donde duermo. Y allí, donde pongo los pies. Donde los amarro cuando me lleno de impaciencia. Todo eso que tiembla cada mañana en tu mirada. Todo lo que te persigue.

La mujer que cuidaba la casa entró para servir el café. Colocó las tazas y sirvió la leche. Miró a Juan Mateo y puso el azúcar. Edith siguió leyendo: «Pero yo no duermo y ella se duerme pronto. Como si aprovechara mi presencia para dormir, para no tener miedo... y Pedro dice que no puede sentarse allí a gusto. Que prefiere sentarse en la cama...».

—Juan Mateo —dice Edith— ésta es una mujer cualquiera.

—Sí, cualquiera.

—¿Y Pedro...?

—Pedro es un mercader. Tiene una tienda y compra y vende. Llegan las piezas y las levanta, con los brazos fuertes, hasta lo más alto. Otras veces las baja hasta los mostradores y las limpia el polvo, y las estira y las mide, y las cuenta y las arrolla de nuevo. Entran, además, todas las gentes de la ciudad, y por la puerta de atrás, la que da al patio, a las peladuras de patata y a los calderos blancos de ceniza, entran los gitanos.

—¿Tú vas allí?

—Yo voy allí. Me gusta la gente cuando compra. Terminas por saber, y no por una curiosidad estúpida, cómo anda el bolsillo de la ciudad. La tienda es un lugar inconfundible, demasiado despierto, casi vivo. A la gente la conoces por su manera de comprar lo imprescindible. Ahora todo el mundo se parece en los momentos de comprar lo superfluo. El lujo es lo de todos. Pero sólo los verdaderamente generosos, las mujeres auténticas, saben y pueden gastar el dinero para lo invisible. Para lo que no verá nadie. Para todo aquello que morderá el fuego y se gastará, sin una sola mirada, en el más oscuro rincón de la casa.

—¿Y los gitanos?

—Los gitanos son finos, delgados y alegres. Compran unas telas que Pedro baja de lo más alto de lo alto. Unas telas para mirarlas desde lejos. Creo que las venden por ahí, en el campo verde y en las tabernas de la ciudad, junto al vino y el toro. Y las venden como telas inglesas.

La habitación está como dormida. La terraza, que da al Norte, tiene mucho viento de invierno entre los barrotos. Edith vuelve a mirar los libros, las letras que el hombre Juan Mateo escribe sobre ellos. Mientras tanto, María, la encargada de la casa que ha entrado al oír el timbre, recoge, con un cierto gesto meditado y tranquilo, las tazas del café. Mira a Juan Mateo.

—No quiero nada, María.

—¿Enciendo la luz?

—No.

Edith ve ahora a Juan Mateo con cierta difícil-

tad. Lo ve recostado en el sillón, hundido en él, en sí mismo, como un bulto más de la casa. Una oscuridad grata, confortable, alentadora, pero que la asusta un poco. Edith sabe que preguntará algo, que no podrá evitarlo. Y sabe, también, que será difícil hacerlo cuando se encienda la luz o cuando Juan Mateo se ponga de pie. Por eso lo hace.

—¿Por qué conoce Pedro a esa mujer?

—¿A la mujer cualquiera?

—Sí.

—Tiene derecho a ello. Es una mujer blanda, cordial, medio cobriza. Hecha, más que para ir a verla con el pelo suelto, tal como es en su teatro, en la tienda de sí misma, para verla con el pelo atado. Para oírle decir que fué muchacha. Tiene un pelo negrísimo, un pelo largo, aceitoso y tremendo que cierra el horizonte. Un pelo para verle crecer entre sus brazos. Un pelo de crin.

—¿Y Pedro?

—Pedro ha aprendido muchas cosas vendiendo y comprando. Va allí y se sienta en la cama. ¿No lo leiste?

—Sí, lo lei.

—Cada uno, Edith, duerme a su manera. Cada uno tiene sus sueños hondos. Cada uno tiene su niebla y sus brazos y su pecho para penetrar en la noche. Igual que tú.

—¿Es amigo tuyo?

—Sí, amigos. El vende su tela y mira. Yo le ayudo a mirar.

—¿Para qué me trajiste aquí?

—Para estar sentados. Tú ahí y yo aquí. Mis libros y tu cuerpo; tu pelo y tu paso. Quería verte tranquila. Como si no estuviéramos cerrados entre paredes. Como si pudiéramos seguir andando, después de la terraza, por el prado alto de los árboles.

—Tú no sabes nada de mí. ¿Oíste en la ciudad lo que dicen de mí, de cada paso mío? Si corro, «que corro». Si ando despacio, «que despacio». Las calles son estrechas y las ventanas están siempre llenas de gente que me mira. Que deciden desde allá, desde lo hondo de los ventanales, agazapados en la sombra, desde detrás de las cortinas, de mi propia vida. De la mía. Por eso han llenado de trampas las calles. Ando y me caigo. Corro y voy despacio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Ya han comenzado a decir, Edith, que eres lo que no eres. Y todo ello para hacer más fácil tu camino. Para que no te coja de sorpresa, para que tengas, a tus espaldas, cien disculpas. Así, cuando definitivamente no seas fuerte, todo el mundo podrá acostarse tranquilo: «Ya lo decíamos». Y dormirán, después, en el hombro blando de sus mujeres. Donde los niños crecen.

III

LAS SIETE

La ciudad tiene horas inequívocas. Horas que sólo ella padece. Horas singulares, plenas, ardientes. Las siete de la ciudad están llenas, pobladas, hendidas de relojes que lo pregonan. Las siete son las siete horas oscuras de la tarde. Las horas siete en las que, todo el mundo, ha encendido ya las luces. El momento en el que, de pronto, las caras se bañan en el relámpago mortecino y azulenco blancuzco de los tubos fluorescentes.

En la tienda de Pedro, frente al Banco, existe, como cada día, ese momento único, ese momento de precipitación en el que, por culpa de una señora, no se ha podido cerrar la tienda a las siete en punto y, todos, dependientes y patrón, con las manos blancas abiertas sobre los mostradores de madera, sienten que les dará igual cerrar media hora más tarde.

Hasta la ventana de Marcos, que escribe a máquina, que lee a Spengler y cierra los ojos con un vago gesto de cansancio, llega una musiquilla especial, inasible. Una musiquilla dulce, grave, de romanza de ciego, de gaita o de lira, de palillos de marimba o de organillo. Quizá de sinfonía o de acordeón. Una música lenta, lejana, inaccesible, pero grata. Marcos, desde la ventana sin cortinas, domina, igual que si estuviera en el palo de mesana, la cubierta del barco: la terraza de Juan Mateo.

El hermanillo de Marcos, que ha corrido por todas las calles, que ha despertado el dormido sueño de un perro, que ha ladrado al perro, que ha cabeceado una hoja de árbol y mirado, durante un instante, el cielo y la lluvia de la ciudad, ha lle-

gado a casa y hace sus deberes. El maestro no le ha preguntado la lección de lo planetas que recitó, en la casa, toda la tarde anterior. Niño y maestro, sin que ninguno de los dos lo pueda evitar, se odian sin cumplidos. El niño, desde luego, con una integridad insobornable. Con un aire entre ronco y maltrecho, pero firme. El maestro, a su vez, inflexible, pero hipócrita. Valiéndose de las maneras más finas, interesadas e ingenuas, para presentar, ante la familia, una idea injusta del niño. Y el caso es que lo que dice de éste es cierto. Cada palabra, en lo que esa palabra significa, no en lo que ésta apunta y permite pensar, es irrehazable. Pero sólo el niño sabe que el juicio es incompleto. Sólo él entiende y adivina que no se le juzga con justicia. Sólo él sabe que no es, al tiempo, «bueno» y «mal intencionado».

La escuela, cada día, un lugar de combate. «Hasta que uno crezca como Marcos —piensa el niño—. Hasta que uno crezca».

La ciudad, con sus calles estrechas, con sus ventanas blancas, con sus cortinas almidonadas, se apresura al cine. Los cuatro que tiene la ciudad son el marco diario de una gran representación, de un gran recuento. Nadie que venga de lejos, nadie en absoluto, puede imaginar lo que significa en la pequeña ciudad de Juan Mateo el «ir» al cine. Nadie puede adivinar que todo el mundo, el mundo que cuenta en la ciudad, espera el momento brillante del descanso para hacer, contando las cabezas, el recuento del día. «Estamos todos».

Cada nuevo estreno es una lección de la existencia de cada uno. Una lección invisible, áspera, dura, que parece contar los sacrificios individuales para alcanzar la entrada. La ciudad que es como un mortero, como un almirez de metal dorado en el que se muele, despiadadamente, la vida colectiva.

La ciudad no tiene otra cosa que hacer. La lluvia corre como ríos hondos, como lagunas cristalinas, como lagos sonámbulos, entre sus habitantes. El cine es, sobre el mortero, la crepitación del misterio. El cine masticado, el cine que cuenta todo de una forma sencilla, vegetal, instintiva; el cine del silencio y la música. El cine hondo y oscuro de los besos: el cine que da, a la ciudad, masticados y digeridos, todos los conflictos. Los cines de la ciudad a los que se llega, cada tarde, bajo el toldo negro de los paraguas. Bajo el fondo oscuro y ceniciento de las nubes. El cine de las siete. Nadie que venga de fuera puede saber lo que significa, cada día, el estar presente, el ser contado entre el grupo incommovible.

Juan Mateo ha llevado a Edith al cine. La ha sentado, contra su costumbre de buscar la soledad, en las filas centrales. Allí donde las cabezas rubias y los tacones largos y las piernas finas se estiran en el sueño de cada tarde. Allí donde es imposible no verlos. Allí donde Edith es más leve y suave y ligera. Allí donde su pasos quietos, sus pasos para la nieve y el agua, tienen que estar anclados en el río quieto de la alfombra.

Cuando llegó el descanso, la hora de fiesta de la ciudad, toda ella apresó en sus ojos a Edith y Juan Mateo. La ciudad es pequeña, estrecha. La ciudad quiere que todo esté encasillado y serio. Que cada cosa, hombre o mujer tenga su nombre y sus condiciones al pie de la ficha. Que nada sobresalte esa honda arquitectura, ese tejido de cosas ya quietas, conocidas, archivadas, que las cosas de la ciudad han de tener. Ese agua serena y eterna de la lluvia.

—Edith no tiene familia. Ni nombre, porque Edith es un nombre?

—¿Y qué hizo hasta el momento de regresar de nuevo a la ciudad?

—¿Y de dónde vino?

—No sé; vivió aquí de pequeña. Hasta que pasó... Luego se marchó a Francia con la madre y ha vuelto sola. Sin nadie. Con ese nombre de... Edith.

—De Francia tenía que venir. De Francia.

La ciudad hace frases rotundas. No quiere entender de matices, quiere, rápidamente, con urgencia, la clasificación. Clasificar, que es justificarse, insensibilizarse. La ciudad no espera a ver nada, no quiere entender nada, por eso ama la superficie, los juegos de salón, el baile de Navidad. Es, además, la dispensadora del castigo y el juicio. De familia a familia, en la estrechez de las calles estrechas, bajo el andamiaje sin rumbo de la lluvia, cada una de ellas, con toda solemnidad, aporta su prescripción. Los niños aprenden a negar el saludo y las puertas se cierran con un ruido especial: un ruido de cadena y de trueno.

Los hombres serios de la ciudad llevan, sobre

los zapatos, los chanclos de goma. En los despachos los hijos heredan a los padres y, en el pequeño muelle marinerío, las tabernas de los pescadores, negras y oscuras, ostentan sobre las paredes, clavado en las mesa, el tatuaje simbólico del agua. Paredes como brazos de hombre, como soldados grises, como bañeras lucientes de pescado. Pero la ciudad no llega hasta allí. La ciudad es otra cosa. La ciudad tiene chanclos de goma y pie ligero y sin ruido. Los pescadores, al revés, llevan botas de suela de madera. Las mujeres gritan y cada voz levanta, como si naciera, un elemento nuevo de existencia. Un olor duro, punzante, domina la actividad y el lujo barroco de los brazos. Las murallas de la ciudad, rotas las almenas, agonizantes entre la hiedra verde de las algas, hunden los muros en el gua. Al lado de los barcos: entre el humo negro y la pesca plateada, libre, maloliente.

La iglesia parroquial, la gran iglesia de piedra y de escudo, la gran torre romana que mira al puerto entre los santos renacentistas que la ciudad ha terminado por colocarla, tiene nombre y designación antigua de catedral. Dicen que lo fué hace siglos. Que hubo un obispo que durmió entre las peñas y que el mismo Dios, el Señor alto, habló a su oído. Sobre el obispo se levantó la torre romana; no los santos renacentistas. Pero la ciudad habla de su catedral y no de su iglesia. Toda la ciudad está allí en la misa de doce. Las campanas ruedan en el cielo y apartan, con su gesto, a las palomas. La torre es una torre de castillo, una fortaleza que domina la entrada y ve, la primera, la tormenta. La bandera a media hasta de los muertos.

Desde el cine, Edith y Juan Mateo han ido hasta el puerto. Edith en el brazo de Juan Mateo. Juan Mateo al lado de Edith. El agua, elemento fáustico de la ciudad, juventud para los que piensan en la huida (que la ciudad tiene a sus espaldas los montes, las sendas de las cabras, la tierra seca y sin heridas), termina por ser un camino para los que se niegan a ponerse los chanclos, para los que, todavía, mientras no se entregan a la ciudad para la clasificación, cuentan con una reserva de voluntad en el alma.

—¿Cómo te llamas?

—Edith.

—¿Y qué más?

—¿Tú también?

—También.

—Me llamo Edith Sagasta.

—El Sagasta...

—El Sagasta que murió en la cárcel.

—Bien, Edith Sagasta.

—Mi madre se marchó a Francia y allí está. Y yo aquí.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuando murió mi padre, doce. Ahora, veinte.

—¿Por qué hablar de los doce y luego de los veinte?

—Porque yo cuento siempre desde el principio. Primero lo primero. Lo que está en el pecho. Lo que la gente me reprocha. Lo que la gente me exige. Luego esto. Esto de tener veinte años, que no es nada. Ni vino que pueda subirse a la cabeza. Esto es: veinte años.

—¿Tú recuerdas a tu padre?

—Sí. Sé cómo era, y cómo hablaba, y cómo decía «no», y cómo movía los brazos y me ponía en las rodillas. Uno recuerda al padre no por los vestidos que nos ampre, no por el poco o mucho amor que le tengamos. No por eso, que no es nada. Lo recuerdas por cómo era cuando volvía triste, derrotado y rírico. Por los días sin pan y sin agua. Por los días en los que toda la escalera oía clamorosamente a pescado frito, a vinagre y aceite. Por la manera inconfundible del sonar de sus pasos. Lo recuerdas porque miraba la casa cuando volvía sin nada, como si fuera una roca... Hasta creo que el Evangelio dice algo así: «Olvídate de lo que comerás y beberás hoy y edifica tu casa sobre la roca...»

—Algo así, Edith.

—Y volvía a casa y se paralizaba todo. Y yo me quedaba quieta y como dormida en su mirada. Y comenzaba a preguntarme a mí misma: «¿Traerá cosas?». Y pensaba que, después de tantos días, podía venir hasta con camellos. ¿Acaso para decirle: «Entra bendito del Señor. ¿Qué haces ahí fuera? Preparado te tengo un hospedaje y lugar también para tus camellos.» ¿Para eso?

Edith tembló. Tembló un levisímico momento. Toda su figura se movió un instante. Como un relámpago, sus ojos miraron a Juan Mateo. Después, con la voz firme, siguió:

—Le llevaba agua para lavarse los pies. Agua con sal. Mi madre terminaba por decir: «Mejor venen».

—¿Tu madre!

—Mi madre. Y tú, ¿recuerdas a tu padre?

—Sí que le recuerdo. Cuando fumaba le gustaba cerrar los ojos. Después de tantos años, todavía recuerdo su forma de decir: «Me voy». Y su manera gravísima de mirarme cuando tenía dieciséis años. Miraba auscultándome mientras yo temblaba. Y como si se tratara de una tormenta, del nublado caliente del verano, me daban ganas de ponerme a recitar: Santa Bárbara bendita, en el cielo estás escrita... Mi madre, entonces, venía a decir siempre:

—Déjale en paz.

—Ya le dejo, mujer.

Pero durante días y semanas y meses me prometía no volver a realizar ningún acto indigno. Ni miraba la blusa de Raquel.

—¿Quién era Raquel, Juan Mateo?

—Raquel era Raquel, Edith.

IV

MARCOS Y JUAN MATEO

La noche de la pequeña ciudad es una noche honda, oscura, negra y sin estrellas. Juan Mateo ha acompañado hasta la pensión, el agujero y la ventana a Edith, y luego, completamente solo, ha ido de un lado para otro. Ha pasado ante los escaparates de Pedro y ha mirado con su mirada alerta, su mirada que mira a la ciudad de frente, la mole de la torre. El volumen de toro muerto que tiene la montaña. Es la hora de los guardias y los srenos. La hora en la que muchos hombres vuelven a casa, en la ciudad vacía, en la ciudad oscura, en la ciudad fría, sin llevar con ellos ni un solo camello. Y es inútil intentar pedir nada; la ciudad se cierra a las diez; sólo los ladrones buscan todavía a esa hora el camello y el pan.

Edith, piensa, no es una romanza. Ni para él, Juan Mateo, ni para nadie. Edith es una música profunda, una música en la que cada nota implica sufrimiento. Edith es la puerta más abierta, la única puerta de la ciudad que se abrirá. Porque la ciudad, la ciudad pequeña, la ciudad de las calles estrechas, puede perdonarlo todo. Hasta los pecados más graves, los más sucios, los que mayor deshonra pueden descargar sobre un hombre-hombre, pero no está dispuesta a olvidar que uno de los suyos, un hombre triste, murió ante ella. Un nombre, el de Sagasta, está clavado en su memoria. «Sagasta, un borracho.» «Sagasta, un suicida.»

Sagasta, que fué marido de una mujer que vive sola, por su cuenta y riesgo, en Francia. «En Francia nada menos», parecen decir, desde su silencio, todas las ventanas.

Edith, piensa Juan Mateo, será perdonada si, al fin, la ciudad triunfa sobre ella. Si se supiera su portal, el número de su cuarto y la seda roja de la butaca. Entonces, sólo entonces, la ciudad descansaría: nadie tendría que reprocharse nada. Una frase, porque la ciudad ama profundamente las frases, correría entre sus calles, al lado de la lluvia, como un susurro. Se diría: «¿No sabéis?»

—¿Qué?

—Los Sagasta: todos iguales. Edith, la misteriosa, la alejada, la que venía a reprocharnos lo de su padre, «como si tuviéramos alguna culpa de que fuera un borracho», es una mujer cualquiera.»

Y la ciudad será siempre así. Hasta que se marchen todos sus hombres al puerto y embarquen. Hasta que vean otros bosques y otras nubes. Hasta que el bosque vaya, por sus propios pasos, al fuego. Hasta que la montaña de Dios escuche su palabra y alcance, con sus pies de tierra y de roca, los hombres que no quieren andar. Que creen haber nacido con chanclos.

Juan Mateo subió la gran escalera, entró en su casa y se adentró, por último, en la terraza. Desde allí, sombra entera, cubierta de barco, nave para el frío, su cuarto da las espaldas a la ciudad para alcanzar la costa. Brillan, allá a lo lejos, las puntas redondas, las luciérnagas brillantes, las sombras de los barcos de pesca. La ciudad tiene un cabo, un cabo aislado, solemne, en el que edifican, ahora, un faro. La ciudad dice que es de primera. Que se verá desde lo alto de la ciudad y desde las grutas más escondidas del puerto. La ciudad cree, también, que el faro es su gran ocasión. Que tras el faro, hipnóticamente, vendrán los días grandes. Aquellos en los que la pequeña ciudad recibía sus propios barcos americanos y el puerto era la entrada del azúcar, el indiano y la seda. La ciudad pien-

sa que es noble y acreedora, por sí misma, a la vuelta de la fortuna. No de la gloria, que es áspera, con castillos y proas de guerra en los flancos del muelle, sino a la fortuna.

Desde la terraza, barco quieto, Juan Mateo subió a la casa de Marcos. Marcos, que, como Juan Mateo, como Edith, como Pedro, es del grupo que tiene de la ciudad un concepto único: la ciudad es piedra sin pulso. Piedra de piedra.

Marcos es el gran acontecimiento de la ciudad. Pero su acontecimiento parado. Su acontecimiento clasificado y en orden. Nada de genialidades. La ciudad sabe que Marcos es inteligente. Pero no tolera que esa inteligencia sea otra cosa que eso: la inteligencia y la erudición de la ciudad.

Marcos es demasiado inteligente, pero ya tocado, a pesar de él, del mal de la piedra. Sus flacos hombros, su espalda torcida y todo, en fin, de lo que lleva y cómo lo lleva invita a la risa. Pero a una risa sana, a una risa sana y misteriosa. Que la ciudad sabe perdonar a los suyos, a Marcos, cuando no quieren que su victoria sea una victoria auténtica. Una victoria a la manera de César: arrolladora y ardiente.

Marcos está escondido y agazapado bajo sus torpes maneras. La ciudad le da cada día su laurel y su arco. Cada mañana, como director del único periódico, Marcos se presenta a la ciudad con su editorial. Y Marcos paga cada día su precio.

Juan Mateo se hunde en el sillón favorito de Marcos y mira, en la mesa redonda, en el campo de batalla de Marcos, su último trabajo. Los libros mueven, en torno a la habitación, un casi infinito firmamento de lomos rojos. Es su manía: encuadernarlos.

Pero Marcos no quiere hoy, este hoy de los dos, dejar que Juan Mateo se pierda entre sus libros. Que se lleve uno y, como siempre, no se lo devuelva. Marcos le dice:

—Ya te vi en el cine.

—Ya.

—Con Edith.

—Con Edith.

—Con Edith Sagasta.

Porque, hay que decirlo, Marcos es el archivero mayor de la villa. De la ciudad, que la gente huye, como del diablo, de ese famélico nombrecillo de «villas». La ciudad es ciudad desde Alfonso el Sabio, Rey de las Cantigas. Y Marcos, que anda con paso rápido, flexible, como girando y persiguiéndose a sí mismo, sabe todo lo que ocurre en las calles. Y muchas veces lo que ocurre allí, pasando el arco, al otro lado de la cortina. Pero a Marcos van las noticias como el agua al mar: sin esfuerzo y sin malicia. Lo sabe todo como lee, desde su cama, rechazando el sueño, toda la sabiduría escrita: con un gesto afable, a la vez tierno y a la vez áspero. Por eso repite: «Con Edith Sagasta».

—Yo no sabía que era Sagasta hasta hoy. Hasta que ella me lo ha dicho.

—¿Ella misma?

—Con su propia voz. Te diré sus palabras: «Hija del Sagasta que murió en la cárcel».

—¿No se atrevió a decir del Sagasta que se suicidó en la cárcel?

—No lo dije.

—Sagasta, Isaac Sagasta, Juan Mateo, se suicidó en la cárcel ahorcándose con una correa. Unos guardias le recogieron borracho en una calle y lo llevaron a la cárcel. El hombre estaba ante la puerta de su casa y, por esa falta de piedad que tiene la gente ante los vencidos, se negó a llamar para que bajaran a por él. Supongo que pensaban dejarle allí, en la cárcel, hasta el día siguiente, y no se preocuparon de más. El hombre se ahorcó. Con su propia correa, con sus propias manos. Con su propio suicidio. Fué, en su tiempo, la gran noticia. La cárcel, según se demostró después, estaba completamente abandonada. Sagasta era un hombre pueril que creyó que estaba perdido por haber entrado en la cárcel. Una de esas tragedias tontas, casi absurdas. Pero se dieron a conocer muchas cosas. Se supo, sólo entonces, la dureza de la ciudad para con aquel pobre hombre. Y entonces, como se pudo, se echó tierra al asunto.

—¿Tierra, Marcos?

—Tierra, toda una montaña de tierra. La ciudad se justificó de la persecución que había hecho de Sagasta con el propio suicidio de éste, y después, con la conducta de su mujer y con...

—¿La posible de Edith?

—Eso mismo, Juan Mateo. Ni tú ni yo podemos olvidar que vivimos aquí, entre las murallas. Yo mismo soy buena prueba de ello. Soy el gran jobobado de la ciudad. El gran erudito al que se le



perdona todo porque es fácil, porque yo no sobresalto su calma. Pero yo no quiero más, y tú, sin embargo, quieres más. Yo estoy aquí, en mi trampa de carne y de roca, viviendo. Cuando vengo, cuando regreso a casa, tomo mis apuntes y comienzo mi obra. Hago un libro sobre la ciudad: escribo su ceniza, tomo los nombres ilustres desde el principio y los apuntó al lado de los muertos, al lado de los pescadores. Pero yo no puedo ir, como tú, que ya tienes contra tí a la ciudad y no te importa, del brazo, de Edith. Edith es como una prueba de lo que no puede ser, de lo que no está permitido. Es la prueba de que permanecemos nombre con hombro, unos al lado de los otros. Pero tú te irás de aquí. No eres de los nuestros: no sabes que la ciudad tiene también un calor dorado y pleno. No sabes que es pequeña, pero que toda ella, brilla, con sus fogones encendidos, en medio de la lluvia. Que nos defendemos un poco, hasta yo mismo, aunque el corazón no lo quiere, contra todos los que son como tú: los que sois capaces de ir con Edith del brazo, no para presumir de una aventura «que te abriría todas las puertas», sino para defenderla. Para levantar la señal del otro fuego.

—Quizá—dijo Juan Mateo—. Quizá sea así, como tú lo dices.

—¿No te pensarás casar con ella?

—No; desde luego que no. Ni ella lo merece, ni yo lo merezco.

—¿Entonces?

—Pienso defenderla y defenderme. Pienso aguantar con las manos sólo con ellas, los techos de la ira. Hasta que la gente se sacie. Hasta que ella y yo podamos ir a los barcos y abrir el agua con la proa.

—¿Y lo querrá así Edith? Porque la vida no la mueve, únicamente la buena voluntad. A todos nosotros nos pasa lo que a Rebeca. Cuando se lamentó al Señor y fué escuchada, con el buen augurio, se le dió una respuesta dura: «Dos naciones en tu vientre, y dos pueblos saldrán divididos desde tu seno, y un pueblo se juzgará al otro pueblo, y el mayor ha de servir al menor o más joven.»

—¿Y todo es?

—Que tú..., ¿de cuál eres?

—Edith, que yo sepa, es la más joven. Yo, el mayor.

Cuando Juan Mateo volvió a su casa, no se podía encontrar, en la pura sombra del mundo, el lugar donde la ciudad quería sembrar su faro, el rayo de luz que dominara la noche. La ruta que acercara de nuevo, como antes, el indiano, el azúcar y la seda. Todavía a las tres de la mañana, a las tres, el cargado relente de la noche sacudía el cuerpo de Juan Mateo al aire libre. Desde la terraza, que estaba a la altura de los pinos.

Cuando se decidió a entrar en el cuarto ordenó, como nunca hasta entonces lo había hecho, toda la habitación. Fué poniendo los libros en su sitio exacto. Toda la arquitectura de la casa, todo el hondo silencio de ella, parecía vivir equilibrado entre las cuatro paredes. El hombre, Juan Mateo, terminada la obra, se miró al espejo y no pudo saber porque nadie pudo decirselo, si en aquel momento se parecía a él mismo. A su figura íntima y profunda. Si en aquel momento de mirarse no habría compuesto, para su propia creación, los gestos esenciales y definitivos.

Juan Mateo apagó la luz. La ciudad estaba también apagada, vacía de pisadas. Cerrada.

Pedro, a esas mismas horas, convenía al padre que era preciso transformar el negocio. Miraba el padre, asombrado, irónico, pero domado, al hijo. Le veía por primera vez tal como era. Y venció el padre, en esa gran hora que tienen los hijos, todavía pudo decir: «Todos vosotros unos..., yo lo gané a pulso.» Y levantó la mano, la ancha mano del pulso, y abofeteó a Pedro. Luego subió las escaleras. Las subió con valor, pero sin fuerzas. El reino había quebrado.

V

LOS DIAS SIGUIENTES

La lucha entre Juan Mateo y la ciudad estaba decidida. Era, claro es, una lucha sin sangre. Una lucha de chanclos de goma contra botas fuertes, de soldado. De muros oscuros, altos e inatacables, contra la voluntad de un hombre. Hasta en la fábrica, cerca del fuego, al lado del hierro, donde por geometría y química de la existencia, Juan Mateo parecía más fuerte, más penetrado de su propio elemento, todo el mundo parecía saber su propio secreto: «La hijá de un suicida, de un ahorcado.» ¿Y no era, acaso, Juan Mateo un hombre extra-

ño? ¿No miraba a las gentes con la mirada recta, honda, acusadora, que parecía convertirle a él en juez? ¿No miraba, acaso, a la ciudad como si supiera que detrás de cada ventana se cuchicheaba que habría de cogerse a Edith en flagrante delito de carne?

La guerra se notaba en cada paso. Cada habitante había tomado su partido. Hubo, también, los que se declararon por la neutralidad. Los que pescaron, a la sombra, en el agua de los dos ríos. Pero Juan Mateo vió la huida de Marcos y vió también la huida de Pedro. La ciudad estrechaba su cerco.

Marcos, sin embargo, esperaba a Juan Mateo en la escalera de su casa. Juan Mateo sabía que no era capaz de hacer más y no se lo reprochaba. Allí recogía Marcos, de fuente fiel, la verdad: la ciudad pisaba cada paso de Juan. Pero lo peor es que estrechaba siempre, infatigablemente, el cerco de Edith. Edith, hija de Isáac Sagasta. La ciudad mandaba sus lebreles finos, sus hijos ligeros, sus billetes ágiles.

El cuchicheo y el dedo señalador, el dedo que seguía su rastro y denunciaba su paso, atemorizaba a la muchacha.

—¿Qué tienes, Edith?

—Frio.

—¿Y qué más?

—Miedo.

—¿Miedo a qué?

—Miedo; sólo miedo. Un miedo terrible. Y tengo miedo a toda hora de tí.

—¿De mí?

—Sí, de tí, que no me pides nada. De tí, que gobiernas mi mirada y me llevas y me traes en tu silencio. De tí. ¡Pídemelo algo para que me sepa a tú lado! ¡Pídemelo!

—¿Tengo necesariamente que pedir?

—Sí.

La ciudad parecía conocer que Edith estaba quebrantada. Que cada día se rompía su firmeza. Y la ciudad que es inteligente, hábil, sinuosa, terminó por admitir que Juan Mateo seguía intacto. Que no habría forma de romper su coraza. Y en tonces le aduló:

—Al fin y al cabo, Juan Mateo, es Edith Sagasta...

—Por eso.

Pedro y Marcos volvieron, un día, a pasear con Juan Mateo. Ello era una señal. Y andaban a su lado, entre los grupos, ellos tan cautos, como si no existiera guerra, como si algo hubiera cambiado.

Unos días después Juan Mateo fué, como siempre a casa de Edith. La casa de Edith estaba en un callejón oscuro, negro, vertical a la montaña, que parecía estar hecho para el cactus y la ortiga. Cada portal miraba con su boca abierta, con su rendija de madera y luz, como si supiera su destino, la ruta de sus pasos. Los números de las casas, por contraste incomprensible, ardían en farolitos. Cuando Juan Mateo llegó a casa de Edith se encontró con alguien que salía. El hombre le dijo:

—¿También tú?

Y no había ironía, ni maldad, ni alegría. Aquel hombre decía el «¿también tú?» como quien ratifica, con cierto rubor, pero cordialmente, algo indiscutible.

—No; yo no—dijo Juan Mateo.

Alguien había llevado hasta la habitación de Edith una butaca roja. Resaltaba allí, de pared a pared, como un símbolo. Era un despropósito y, sin embargo, por sí misma, señalaba los cambios.

—¿Qué me traes, Juan Mateo?

—Cacao, que sé te gusta.

—¿Y ya lo sabes?

—Sí; lo sé.

—¿Y qué dices?

—Yo no soy la ciudad, Edith. He estado, al revés, contra la ciudad. Por primera vez, Juan Mateo, el hombre Juan Mateo, veía a Edith con el pelo suelto. Un pelo largo, hondo, sedoso. Un pelo para el viento y la música. Un pelo fresco, alegre, suave. Un cabello fino, transparente, blando.

—¡Si hubieras sido tú, Juan Mateo!

—Eso hubiera sido lo mismo que entregarte a la ciudad. Que entregarte a tu padre, a lo que él es. A lo que representa. Luché para que la ciudad no se justificara en tí. Para que no se sintiera segura. ¡Y tú rompiste el pacto!

—¡Quédate!

—Si me quedo no podré dormir. Nunca puedo dormir así.

UNA SALA ENTERA DE LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DEDICADA A LA OBRA DE HERMENEGILDO ANGLADA



El pintor de las "luces de gema"

Los Museos de Chicago, de Búffalo, de Nueva York, de Suecia, de París, de Luxemburgo... ya colgaron obras de este español

«Gruta submarina», una de las obras del pintor catalán Hermenegildo Anglada Camarasa, concertista de colores y pintor del mar.

LA Exposición Nacional de Bellas Artes de este año dedica una sala entera a la obra del pintor catalán Hermenegildo Anglada Camarasa, el de «las luces de gema», según acertada frase de José Frances.

Concertistas de colores, Anglada Camarasa es el pintor de las flores y de los fondos submarinos, con esa destreza suya. Sus cuadros son como unos juegos florales de la cromática, que llegan hasta a bucear en los velados matices de un mundo de colores sumergidos.

El arte excelso de la pintura se convierte, en muchos cuadros de Anglada Camarasa, en un deporte de natación submarina en la que sus pinceles accionan a la manera del arpón a la caza, más que la pesca, de un matiz escurridizo o de una tonalidad de escamas. Parece un pintor con branquias, que no necesita de artificios de respiración para adentrarse en lo desconocido y casi subconsciente. Pintor de fondo, no superficial, Anglada Camarasa es como un ser anfibio que es tan artista con su plantado caballote terrestre como en el bucear ilusionado y salino de las calas mallorquinas, con su naturaleza viva de algas, medusas, peces y crustáceos fuertemente pegados a las rocas submarinas.



La mano derecha de Anglada: ochenta y dos años.

EL MOVIMIENTO EN PLASTICA

Pero, además de esos aspectos del temario pictórico de Anglada Camarasa, hay que decir que es también un excelente pintor del movimiento y la figura humana, cuando uno y otra se unen para el baile en sus más auténticas manifestaciones del folklore popular. Sus cuadros «Baile andaluz», «Baile español»... cons-

tituyen magníficas manifestaciones de esta otra faceta creadora y genialmente interpretativa de este pintor.

Hermenegildo Anglada Camarasa nació en la calle de Montserrat, de Barcelona, en el año 1872 y cursó estudios en la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal. Hijo de pintor, desde muy pequeño mostró grandes cualidades para el dibujo al natural cuando, llevado de la mano de su padre, iba a tomar apuntes al natural en el parque barcelonés de la Ciudadela. Esa práctica, siempre al aire libre, había de influir después, decisivamente, en las aficiones del pintor, y ésta es la explicación que él mismo da del hecho de que ahora «no pueda soportar los locales cerrados».

Luego comenzó a trabajar con Modesto Urgell, que también era un gran enamorado de la Naturaleza. De este maestro suyo cuenta Anglada Camarasa que el primer día de clase se dirigió a sus alumnos con estas primeras palabras: «Bueno, de manera que ustedes quieren ser pintores, ¿no? Pues, entonces, no sé qué hacen ahí sentados. ¡Lárguense al campo, vayan pintando lo que vean!» Y tenía razón, porque el pintor que no sabe pintar la vida resulta siempre frío y desalmado.



«Flores en jarro dorado», de Anglada, que figura en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

SECRETOS DEL COLOR

Luego Anglada se trasladó a París, donde iba a frecuentar los talleres de los más afamados maestros franceses. Entonces tenía Anglada veintitrés años. Uno de sus educadores parisinos fue Giraldeau, que era un gran dibujante, aunque su estilo y el del alumno español no concordaban de una manera perfecta. Un día Anglada se encaró con su maestro y le dijo: «Mire, maestro, yo no puedo dibujar esas líneas, ni ningunas otras, porque no las veo. Sólo veo volúmenes y manchas de claroscuro.» La cosa quedó entonces en el aire; pero cuando el joven pintor español tuvo, en aquel año de 1911, listo un envío de cuadros a la Exposición de Roma, entonces Giraldeau examinó esos cuadros uno a uno, se quedó unos momentos pensativo y luego abrazó al pintor español, diciéndole: «Anglada, me parece que eres tú el que tenías razón.»

En la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París sus obras alcanzaron un éxito creciente, confirmado por las adquisiciones de varios Museos, no sólo franceses, sino también austriacos, alemanes, italianos...; las obras de aquella época se hallan dispersas también por diversas colecciones particulares, entre las cuales se encuentra la de Santiago Rusiñol en Sitges y la de Maristany en Barcelona.

Además de numerosos estudios de París destacan de esta época los cuadros «Teatro al aire libre», «Quadrille», «Un restaurant nocturno», «Gitana vieja con granadas», «Mercado de gallinas en España», «Española» y otros muchos en los que se manifiestan de una manera plena las grandes cualidades coloristas de Anglada Camarasa.

MALLORCA Y SU FLECHAZO

Por aquel entonces Lautrec ya

había pintado todos los tipos que circulan por las más típicas encrucijadas parisinas y se sientan en los cafetines. El «Moulin» estaba ya agotado con él. Y entonces Anglada Camarasa, en vez de entrar por las puertas, se quedó fuera y pintó apasionadamente la noche, como una insinuación de lo que sería después esa serie de cuadros a media luz y velados de sus interpretaciones de paisajes submarinos. Muchas veces Anglada pintó en París con luz artificial, ya que, como él dice, «los colores se llevan dentro».

Anglada ha expuesto en Roma, París, Dresde, Berlín, Viena..., pero siempre manifestó un cariño especialísimo por sus Exposiciones celebradas en territorio español, como lo muestra especialmente por ese paisaje luminoso de Pollensa, en el que ha fijado, desde tanto tiempo ya, su residencia.

Su formación en los estudios de París estuvo salpicada de escapadas a Barcelona, en una de las cuales el pintor se acercó a ver al genial arquitecto Gaudí, que por entonces trabajaba en los andamios de su conocida obra «La Pedrera», del paseo de Gracia. El arquitecto estrechó la mano del pintor, pero se enfadó en seguida mucho con él. «Pero ¿qué diablos hacen ustedes en París? Es aquí, en España, en Cataluña, donde hay que estar.»

Y aquello fue decisivo para la vuelta de Anglada Camarasa a nuestro país. Poco después hacia un viaje a Mallorca, donde iba a quedar enamorado de tal manera de la isla que allí fijó su residencia y vive en Pollensa desde hace cuarenta y cinco años. Ha hecho en este tiempo escapadas por Europa, América del Sur, Estados Unidos...; pero cuando lleva unos meses de viaje ya empieza a sentir la necesidad de volver a la calma de su Pollensa.

Hemos hablado con Anglada Camarasa en Madrid en un ambiente hogareño y propicio a la conversación amigable.

CUARENTA Y CINCO AÑOS EN LA ISLA

En torno a la mesa están la señora y la hija del pintor, la señora de Pedrol, su cuñada y dueña de la casa, y miss Mary Harris, hija del escritor Hutchinson Harris, que escribió el primer libro importante publicado sobre su obra. «The Art of Anglada Camarasa».

Hojeamos las reproducciones que, a lo largo del texto, van siguiendo la extensa obra del pintor de «las luces de gema», como dijo en una ocasión José Fran-



Tres actitudes de Hermenegildo Anglada durante la entrevista que publicamos en estas páginas.

cés. Aquí están sus flores exuberantes, sus nocturnos de París, sus gitanas, sus composiciones levantineñas...

Anglada Camarasa —rostró curtido, cejas hirsutas en su blancura de ochenta y un años—, aunque se lamenta de que ya no está tan ágil como «antes», tiene todavía la mirada joven.

Envejecer sólo de cuerpo es un privilegio de los artistas.

—Pero ya no puedo nadar. ¡Si viese usted qué gran nadador era yo! ¡Y cómo me gustaba meterme por debajo del agua!

Anglada Camarasa ha dejado muchas de estas visiones submarinas en sus lienzos: cuadros de esos fondos de calas mallorquinas, que son como sinfonías de rocas, algas y peces multicolores.

—Vivo en Mallorca desde hace cuarenta y cinco años. Y no pienso dejarla. Aquello es la paz —dice—. Y el artista necesita la paz para trabajar. Yo no podía vivir en este ajeteo y las tertulias de los cafés, despellejándose los unos a los otros... La paz, la paz de nuestra Pollensa.

Al decir «nuestra», como en todos sus gestos y movimientos, hay en su voz un tono familiar, que engloba a los que le rodean. A él siempre le ha gustado la soledad.

La soledad de tres en compañía no es una mala soledad. La hija, Beatriz, observa a su padre con reverencia mientras va hablando. La madre—la esposa del pintor— nos ofrece unas pastas.

La madre y la hija son muy jóvenes. Y la chimenea crepita al fondo.

—Aunque Mallorca se haya convertido en su tierra adoptiva, usted es catalán de origen, ¿verdad?

—De pura cepa. Nací en la calle de Montserrat, en Barcelona, en el año... ¡En fin, hace muchos años!

Nos reímos todos.

—Hablando del arte abstracto...

—Mire, yo veo el mundo de otra forma. Pero si me pregunta por los «ismos» le diré que me parecen el reflejo natural de una época. De una época desequilibrada.

—¿Entonces...?

—¡Ah!, no: eso es otra cosa. Todo lo que es sincero es arte.

Lo malo es que cabe mucha mentira en esto del arte moderno.

—¿Y no ha cabido siempre en todas las maneras? Pero, continúe hablándome de usted, que es a lo que he venido.

Anglada Camarasa se echa a reír, cordial.

—¡Pero usted ha hecho un



«Campeñinos de Gandía», pertenecientes a la colección Adan Dihel, de Buenos Aires, Premio de Honor en la Sección Internacional de Filadelfia. Una de las obras más características de Anglada.

«leit motiv» de esto de la soledad! Nadie lo diría, viéndole aquí tan en familia...

—Me refiero al trabajo, desde luego. ¿Usted no conoce ese refrán que dice: «El buey suelto bien se lame»? Pues es lo más exacto que he conocido —y se ríe de nuevo, de buena gana—. Mire si me gustará andar solo, que estuve en Roma cinco veces y hasta la quinta vez no me acerqué a ver ningún museo.

—¿Le gusta Solana? Es el polo opuesto a usted.

—Sí, pero ¡qué pedazo de pintor! Un pintor de cuerpo entero. No se le ha hecho aun toda la justicia que merece.

En este momento alguien le solicita al teléfono y mientras quedamos solos, la señora de Pedrol, que también es amante de la pintura, nos muestra sus apuntes de animales al aire libre. Todo, en esta casa y en esta familia, flota alrededor del arte. No se iría uno nunca.

Beatriz, la hija, continúa enseñándonos reproducciones.

EN LAS CATARATAS DEL NIAGARA

Vuelve de nuevo Anglada.

Le pido que me cuente alguna anécdota de América.

Anglada Camarasa entorna los ojos y estruja la memoria hacia atrás.

—Sí, hombre, hay una muy buena. La de la venta de uno de mis cuadros.

—Este que está aquí —añade la hija trayéndome el libro de Harris, abierto por una de sus reproducciones.

—«Gitana con niño» —dice Anglada riendo—. No lo olvidaré nunca. Yo estaba tan contento porque M. Lerole me lo había comprado en 15.000 francos. Salimos a hacer una excursión... y de pronto alguien, hablando, comenta que el Museo de Buffalo acaba de comprar la «Gitana con niño» que tenía M. Lerole... ¡en 21.000 dólares! Ahora me río y comprendo que mi amigo andaba en apuros, pero en aquel momento —estábamos precisamente visitando las cataratas del Niágara— me dieron ganas de arrojarle a ellas de cabeza...

Anglada Camarasa tiene ya cuadros colgados en los Museos de Chicago, de Buffalo, de Nueva York, de Suecia, de París, de Luxemburgo...

Ahora le pregunto a la señora de Anglada:

—¿Qué tal resulta la vida con un pintor «solitario»?

—Muy bien. Yo no la cambiaría por ninguna otra.

El salón con su chimenea, la casita de Pollensa, los cientos de recuerdos en común...

—Mi mujer es una gran amante de la música. Y a mí me gusta oír la tocar el piano mientras trabajo. Beatriz también toca y ya este año la he dejado que se meta con los pinceles. Dibujar le ha gustado siempre.

—Son las dos cosas que quiero que aprenda: a pintar y a tocar el piano —añade la madre.

—Pintura y música —digo yo—. Dos buenas artes familiares.

—¡Ah!, desde luego van más ligados de lo que parece a primera vista. Quizá son las artes que más próximos una a la otra. Ya sabe usted que, según Leonardo, «la música y la pintura eran hermanas».

—Y Van Gogh se pasó mucho tiempo tratando de encontrar equivalencias entre los tonos cromáticos y los tonos musicales.

—¿De modo que usted también cree en el parentesco sinfónico de la pintura?

—¡Desde luego! Un cuadro que no tiene ritmo musical es como una zanahoria. Puede usted ponerlo.

Pero los cuadros de Anglada, si tienen ese ritmo musical y son sus obras bien ricas en color y materia, sean iluminadas a las luces de artefacto o al sol de nuestro mediodía, de levante o en la tranquila paz donde el pintor reside.

Esa paz que tanto favorece a su vocación y cualidades de artista, y que da como fruto las maravillas veladas de la vida submarina, en la que el pintor nos sumerge como en busca de un misterioso y legendario canto de sirena.

(Fotografías de Mora.)



Los «ismos» son el reflejo de una época desequilibrada.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA TRAMA DE LA SUBVERSION

Por James BURNHAM

THE WEB OF
SUBVERSION

Underground Networks
in the U. S. Government

JAMES BURNHAM

LA tela de araña de la subversión ha extendido sus hilos por todas las ramas, departamentos y órganos del Estado. Sin embargo, la concentración del esfuerzo táctico se ha desplazado de unos lugares a otros en el transcurso del tiempo, al dictado de factores internos americanos y por las necesidades de la política soviética.

Durante 1930 y los años siguientes el problema dominante fué el de la economía interior, sacudida por la depresión y la crisis mundiales. El comunismo clandestino, que trata de infiltrarse de tal modo que pueda ejercer al máximo su influencia para preparar la futura subversión, podía esperar los resultados más favorables de una concentración del esfuerzo en el campo económico.

A partir de 1940 la crisis económica fué sustituida por la crisis bélica. El desenlace de la guerra era decisivo para la Unión Soviética. El objetivo inmediato de la organización clandestina mundial se convirtió en explotar el conflicto de tal forma que sirviese a los intereses de la Unión Soviética y de la revolución mundial. Esto requería una penetración máxima y el manejo de todos los organismos que estaban dirigiendo el esfuerzo bélico.

De manera similar, tan pronto como quedó resuelto el problema militar, en cuanto se tuvo la seguridad de la derrota de Hitler (primavera de 1944), el interés máximo se centró en las cuestiones relativas a la organización internacional de la posguerra, y hacia ella se encaminaron los esfuerzos de la organización clandestina.

Esta tarea se ha visto facilitada por el hecho de que para cada nueva situación surgieran órganos de nueva creación, en los que los agentes tenían amplias oportunidades de ingresar y de medrar. Para hacer frente a la crisis económica surgieron los organismos del New Deal; con la guerra se crearon la Oficina de Guerra Económica, la Oficina de Producción de Guerra, la Administración Económica Exterior, la Oficina de Servicios Estratégicos, etc., y en la última fase de la guerra y una vez terminada ésta se crearon la Agencia Central de Información, los organismos

A CABA de ocuparse EL ESPAÑOL del problema de la infiltración comunista en los Estados Unidos con motivo del revuelo suscitado por las investigaciones del senador McCarthy y la aparición del libro «McCarthy y sus enemigos».

El libro que resumimos hoy trata del mismo tema. James Burnham, del que ya dimos a conocer a nuestros lectores la obra titulada «¿Contención o liberación?», es considerado como el teórico principal de política exterior del Partido Republicano. Indudablemente, su mayor virtud es la claridad. En medio de la confusión que reina hoy en todo el mundo por la polémica contra el senador McCarthy, el libro de Burnham es una exposición metódica y ordenada que da la clave exacta para la comprensión de la conjura mundial comunista y su actuación metódica en los Estados Unidos.

En el libro se detallan las actividades de todos los espías descubiertos en los distintos organismos del Estado. Muchos son nombres archiconocidos, de los que se ha ocupado la Prensa mundial. Otros sólo son familiares para aquellos que siguen de cerca los detalles de la infiltración soviética. En el resumen hemos prescindido de este farrago de datos interesantes para limitarnos a poner de relieve la magistral exposición que hace del sentido general de la conspiración, oculto a los ojos de muchos que sólo pueden ver lo parcial, porque siempre los árboles son los que no dejan ver el bosque.

«The Web of Subversion». «Underground Networks in the U. S. Government».—Por James Burnham.—The John Day Company. Nueva York. 248 págs., precio, 3,75 dólares.

FASE PRIMERA.—Organos económicos.—En virtud del programa del New Deal, iniciado por Roosevelt en marzo de 1933, se crearon docenas de organismos nuevos; fueron consolidados, liquidados y reorganizados. Como la finalidad nacional que se perseguía era crear empleo y aliviar el paro obrero, estos organismos no hilaban muy fino en la selección del personal que contrataban. Todos estos organismos fueron rápida y eficazmente infiltrados por los comunistas. Quizá el más importante de todos los nacidos en los años de la depresión fué la Oficina Nacional de Relaciones Laborales, verdadera carta magna laboral. En esta época las organizaciones sindicales se extendieron grandemente y se han consolidado como parte permanente de la vida nacional americana.

Entre los dirigentes de los sindicatos que se fueron formando había republicanos, demócratas, socialistas y comunistas. Tomó gran incremento la Federación Americana del Trabajo, lo mismo que ocurrió con los sindicatos independientes. Al mismo tiempo se creó otra federación sindical nueva,

encargados de la ocupación en Alemania y en el Japón, los del Plan Marshall y de Seguridad Mutua, y las Naciones Unidas, juntamente con el Banco Internacional, el Fondo Monetario Internacional y otras organizaciones auxiliares de la O. N. U.

Las investigaciones de los Comités del Congreso han ido poniendo de relieve cómo en todos estos organismos, e incluso en la Casa Blanca y en los departamentos principales del Estado, Tesorería y Fuerzas Armadas, Justicia, Agricultura, Trabajo y Comercio, ha habido infiltración de agentes soviéticos.

Resulta imposible calcular el número exacto de estos agentes, porque las investigaciones se han limitado a aquellos casos que tienen consecuencias presentes y sería inútil tratar de averiguar lo que pasó en organismos que han dejado de existir. Por otra parte, no sólo hay que tener en cuenta qué es lo que dichos agentes pudieron entregar a Rusia, sino también en qué medida contribuyeron a la determinación de la política americana.

el Congreso de Organizaciones Sindicales (C. I. O.), que floreció rápidamente, creciendo más que ninguna otra organización. La verdad es que prosperaron todos los dirigentes sindicales, pero ninguno se elevó tan rápidamente como los dirigentes comunistas. Gigantescos y poderosos sindicatos, enclavados en sectores claves de la economía nacional, quedaron bajo control comunista. Incluso sindicatos tan grandes como el del automóvil y el del acero estuvieron a punto de ser capturados por los comunistas. Lo mismo ocurrió con diversas fracciones de la Federación Americana del Trabajo.

Hasta 1950 los no comunistas del C. I. O. no fueron suficientemente fuertes para expulsar a una docena de importantes sindicatos dominados por los comunistas. Al final de la guerra, bajo la presión de los comunistas, el C. I. O. se había afiliado a la Federación Mundial de Sindicatos, controlada por los comunistas.

Dadas las circunstancias históricas, no cabe duda de que los sindicatos habrían hecho grandes progresos en los últimos veinte años, cualesquiera que hubiesen sido la ley que los regulase y la forma de administrarla; pero lo que es muy improbable es que con una ley adecuada hubiesen podido sacar los comunistas tanto partido del apogeo de los sindicatos.

FASE SEGUNDA.—Organismos de guerra.—Durante 1940 y 1941 la guerra se convirtió en el centro de la vida nacional americana. La organización clandestina comunista trasladó su concentración táctica a los organismos de guerra, viejos y nuevos, que se extendían rápidamente. Para saber lo que estaba ocurriendo y para ejercer influencia en los acontecimientos era necesario penetrar en las instituciones encargadas del esfuerzo de la guerra.

Desde el punto de vista de Moscú, este desplazamiento táctico era absolutamente imperativo, porque los jefes soviéticos sabían que, una vez empezada la guerra, todas las grandes cuestiones, durante décadas, habrían de depender de su desenlace. Entendían por «desenlace» no meramente el saber qué bando había de ganar, sino cómo y cuando se obtendría la victoria, a costa de qué compromisos y con qué agrupación de fuerzas. Con estas premisas los dirigentes soviéticos utilizaron la organización clandestina en los Estados Unidos para obtener no sólo datos sobre armas, producción, tropas, planos, etc., sino, lo que es aun más importante, para conocer la política y las intenciones americanas. Este espionaje no era más que una faceta de la tarea clandestina y difería de la información de los otros agentes, únicamente en que tuvo más éxito. Pero, al lado estaba otra misión política. Una vez establecida en un organismo, la organización clandestina había de encauzar éste en la dirección favorable a los intereses comunistas. La directriz suprema era, pues, la defensa de la Unión Soviética.

Durante la guerra, la mayor parte de los americanos creían que los intereses soviéticos y estadounidenses eran idénticos y que podían resumirse en la derrota militar de Hitler y del Mikado. Esto era un error. Hubo una superposición parcial y temporal, pero los intereses básicos soviéticos y americanos nunca coincidieron exactamente, ni siquiera en el campo de lo militar. Para Moscú, el problema nunca consistió meramente en derrotar a Hitler. Siempre pensaban en lo que había de venir detrás de la lucha militar. Su objetivo no era derrotar a Hitler, sino derrotarle de tal modo que el comunismo se extendiese por Europa occidental.

Los dirigentes moscovitas se preocupaban poco por la derrota del Japón, tarea ésta que dejaron en manos de los americanos. Les interesaba mucho más derrotar a Chan Kai Chek y la conquista comunista de China. Estaban dispuestos a utilizar los suministros americanos para desarrollar una «resistencia» en los territorios ocupados por los nazis, pero siempre que tuviesen la seguridad de que esta resistencia estaría dirigida por los comunistas, de que sería un arma no sólo contra los nazis, sino contra todos los anticomunistas de cualquier matiz político.

La errónea creencia de los patriotas americanos en la identidad de los objetivos soviéticos y americanos fué causa de que la tela de araña de la subversión pudiese extender libremente sus hilos por todas partes durante el periodo de guerra.

FASE TERCERA.—Los organismos internacionales.—A mediados de 1944 ya no cabía duda de que los nazis iban a ser derrotados. Para Moscú, el problema central se convirtió en la explotación al máximo de la derrota militar en interés del poder soviético y de la revolución mundial. Las cuestiones decisivas ya no eran militares, sino políticas.

La concentración del esfuerzo táctico de la organización clandestina en los Estados Unidos y en todas partes, se encauzó hacia los organismos de nueva creación o los ya existentes que habían de desempeñar un papel primordial en la posguerra. Así, por ejemplo, el espía Nathan Gregory Silvermaster estaba trabajando ya, antes de terminar el año 1944, en los organismos que liquidaban el material sobrante de guerra. Lo mismo pueden citarse ejemplos de todos y cada uno de los organismos que fueron teniendo importancia en la resolución de los problemas de posguerra, especialmente los organismos especializados de las Naciones Unidas, y ésta misma organización con su personal técnico. De manera especial pusieron empeño y tuvieron éxito los comunistas en la infiltración en todos los órganos determinantes de la política de posguerra: el Departamento de Estado, el de Tesorería, la Casa Blanca, el personal al servicio de los Comités del Congreso, los órganos que se ocupaban de las investigaciones atómicas, etc.

Por todas partes han surgido espías, aunque la gente puede tener una visión confusa de su distribución, como si se tratase de brotes esporádicos y anárquicos o de personas ganadas para la conjura por unas u otras razones, por todas partes. Pero puede verse claramente la alta dirección de la empresa por los cambios de táctica de los agentes comunistas y sus desplazamientos de unos organismos a otros.

No se trata, pues, de un atractivo mayor o menor de la causa comunista ejercido sobre los americanos, sino de la labor consciente y organizada de una minoría resuelta y audaz.



Jantzen
EL TRAJE DE BAÑO
INTERNACIONAL

Vd. puede poseer este

ADMIRABLE BUSTO



en tres
semanas

VALE N.º 60

Laboratorio SVELTOR
Barcelona
Osio, n.º 27

Ruego a Uds. me envíen la documentación completa sobre la fórmula n.º y la oferta para ensayar el tratamiento completo a sus expensas. Adjunto los sellos para gastos de envío reservado.

Mucho mejor que una muestra, Ud. podrá ensayar en su casa durante 10 días, a nuestras expensas, un tratamiento completo adaptado a su caso. Para que Ud. pueda recibirlo, basta con que escoja la fórmula que le conviene, indicándola en el vale y devolviéndonos éste sin remitir dinero.

gracias a los tratamientos científicos externos de doble acción **PLASTO-SEIN**, de fama mundial. Fruto de los trabajos de los profesores **COLLIP** y **CAMPBELL**, han permitido salvar millares de casos desesperados. No sufra Ud. por esa molestia íntima que martiriza a tantas mujeres...

Existen tres fórmulas diferentes que Ud. puede ensayar, a nuestras expensas.

DESARROLLAR

Los senos demasiado pequeños con la fórmula n.º 1.

FORTALECER

Los senos colgantes y flácidos con la fórmula n.º 2.

REDUCIR

Los senos demasiado pesados con la fórmula n.º 3.

28

Plasto-Sein
de extractos mamarios

PARIS · BRUSELAS · LA HAYA · MILAN
DUSSELDORF · CARACAS

EL ESPIONAJE RUSO MAC LEAN Y PETROV ESLABONES DE UNA MISMA CADENA

EL 24 de octubre de 1917 Trotsky y Antonov Ovseienko desencadenaban el ataque, la gran ola de la táctica insurreccional, que iba a significar nada menos que esto: un golpe de Estado.

Desde bien arriba, desde el último piso del Instituto Smolny, cuartel general del partido bolchevique, Ovseienko se comunicaba constantemente con el barrio obrero de Wiborg, mientras que los guardias rojos de Trotsky, cumpliendo matemáticamente un plan que se preveía y planeaba desde hacía meses, ocupaban los puentes sobre el Néva. Las centrales eléctricas municipales, los gasómetros y las estaciones de ferrocarril estaban ya, para aquellas horas, ocupadas por los marineros de Dybenko. Y todo ello en los momentos en los que, sobre la inmensa Perspectiva Newski—tan cerca un día de los fusiles españoles que apuntaban a Kolpino—una marea de desertores, huidos de los frentes, subía hacia el Almirantazgo. Delante de la catedral de Kazán, centro del San Petersburgo zarista, centenares de soldados, de mujeres y de obreros—según la directa observación de un espectador de la época—vivaqueaban tumbados en el suelo.

Mientras tanto en el Instituto Smolny se reunía la Comisión Comunista para tomar una resolución definitiva. Y reunida estaba, buscándole dificultades al plan de Trotsky, cuando Podwoski apareció con la noticia inesperada: «La insurrección está en marcha». El Cuartel General recibía, pues, la noticia al mismo tiempo que los desertores. Sólo Lenin, todavía disfrazado y con peluca, supo unas horas antes que el ataque comenzaba. Y cuando reprochó al pequeño judío el haber comenzado sin la huelga general y sin contar, de igual forma, con los sindicatos, se encontró con esta desnuda respuesta de Trotsky. Con esta respuesta definitiva: «Tengo el desorden de mi parte; es mejor que una huelga general.»

Es de suponer que Trotsky, en aquel momento, pensaba en las medidas adoptadas por Kerenski para proteger el Estado. Al otro lado del puente de la Fontanka, en el cruce de la Perspectiva Newski con la Perperstiva Liteyni, los periódicos gritaban con su ancha y apretada voz de papel las disposiciones oficiales del gobernador de la ciudad. ¿Qué medidas? Medidas puramente policíacas. Medidas de superficie. Medidas de orden. Medidas a ras del suelo. Por ello mismo los blindados militares se alinean clásicamente frente al palacio del Estado Mayor Central. Y los cosacos, con las altas «chapkas» de pelo negro sobre la oreja, vigilan el palacio María, residencia del Consejo de la República. Y por eso, en el jardín Alejandro, un batallón de mujeres sentadas en el suelo y en torno a los fusiles que forman pabellones brillantes, duermen o descabezan el pesado sueño de muchos días de vigilancia y de caos. O lo que es lo mismo: Kerenski opuso a la insurrección comunista de 1917 la táctica vieja y apollada de unos soldados guardando unos caserones de relieve oficial, mientras fuera, como la dinamita, un millar de hombres adiestrados «civilmente» durante meses y meses de ensayo, habían asaltado todos los centros técnicos de la ciudad. Todos los resortes de Petersburgo. Por eso Trotsky, cuando oye la desconfianza de las comisiones, advierte: «La insurrección no es un arte: es una máquina. Se necesitan técnicos para ponerla en marcha y técnicos para detenerla.»

Pues bien, desde entonces ha variado totalmente

UN EL BANQUILLO



Dos fotografías del diplomático inglés Donald Mac Lean en los días en que se produjo su entonces misteriosa desaparición

el procedimiento y la forma de combatir. Y ello así porque la maquinaria, multiplicación constante de los mismos síntomas, todavía no ha sido entendida por los occidentales. No se ha querido entender, ni escuchar, ni oír, ni ver, que estamos de cara a una revisión total de los supuestos históricos. Que no existen ya las viejas fórmulas. Que la ciudad no se puede defender con las armas superficiales de Kerenki.

UN MOMENTO CLAVE EN LA M. V. D. SOVIETICA

El Ministerio del Interior ruso, remitido siempre a las letras M. V. D., por tener como nombre oficial el de «Ministersvo Vnutrennyteh Del», es una gigantesca organización que, entre las numerosas funciones que cumplía con Beria, tenía una definitiva: la organización de los servicios de espionaje. Y espionaje tanto exterior como interior, «que tanto monta, monta tanto». Es obvio decir, por ello mismo, que Beria mandó al extranjero aquellos agentes repetida y difícilmente probados. De ahí que cualquier antiguo M. V. D., al pasarse con armas y bagajes al campo occidental, representen, en principio, una ingente suma de informes.

Con motivo del fusilamiento de Beria, el momento clave de esa terrible reorganización del Gobierno ordenada por Malenkov ha sido, como era de esperar, la transformación del Ministerio del Interior. Como de Rusia se sabe muy poco, hay que extraer, quierase o no, a cada acontecimiento que consigue pasar la «cortina de hierro», su importancia y su singularidad.

Al organizar el nuevo Gobierno, la variación más importante verificada por Malenkov, aparte de ampliar o resumir otros ministerios, se refiere al establecimiento de un «Comité de Seguridad del Estado», independiente de Sergel Kruglov, sucesor de Beria, y cuya presidencia ha venido a recaer en el general Iván Serpov. Este general, de cuarenta y ocho años, de quien se dice es uno de los favoritos de Malenkov, es el que ha tomado sobre sí la tarea de volver a poner en forma a un servicio que acusa con toda precisión el impacto y las resquebrajaduras del tiempo.

Las primeras medidas que se han tomado parecen descansar en un hecho simplicísimo: en el regreso a Moscú de la mayor parte de los viejos agentes. Nuevas gentes, hombres jóvenes, una nueva ola de refresco está acudiendo al frente invisible. ¿Cuáles son las posibilidades de los «nuevos»?

Es lógico que no se pueda responder correctamente a esa pregunta sin pecar de estupidez. Pero no cabe duda que si esta vez la reorganización alcanza a los fundamentos del Estado, a su Policía, cada medida invita al pánico. Sobre manera a los que, fuera de Rusia, pueden escoger quedarse. Recuerdese que algo semejante pasó con el origen y muerte de la G. P. U. Y que el creador de la «Guepcú», hombre de acuerdo con su fanatismo, iba a morir de apoplejía en julio de 1926, durante una reunión del Comité Central, pronunciando un violento discurso contra Trotsky. Y que cuando Menjinski recibe la herencia sabe muy bien que la organización policíaca tiene, antes que nada, un



El capitán del Estado Mayor ruso Khokhlov, que no quiso ser criminal por orden de Moscú, muestra los retratos de su esposa e hijo, que han quedado en Rusia

destino muy particular: el de luchar contra las disidencias del partido. Por eso la G. P. U., según Menjinski, responde a la fórmula de «invisible y secreta. Sus miembros no llevan uniforme; ningún signo exterior podrá reconocerlos. Además de una instrucción técnica y militar, reciben una instrucción política». Se excita su odio contra los adversarios, y en aquellos primeros tiempos de la alta tensión Trotsky-Stalin aprenden a odiar a los judíos.

RETO A SCOTLAND YARD

En 1951, como si se los hubiera tragado la tierra, dos diplomáticos ingleses desaparecían sin dejar la menor huella. Durante muchos días la Policía del Continente buscó su huella por todas partes. Hasta un periódico inglés, o un par de ellos, enviaron sus enviados especiales como policías. Todo fue inútil. Nadie supo dar un detalle preciso o concreto.

La historia de los dos diplomáticos es de una extrema sencillez: el 25 de mayo de 1951 tomaron el barco que hace la travesía de Falaise a Southampton. Desembarcaron, dieron un paseo, tomaron un taxi en San Malo y no se volvió a ver a ninguno de los dos.

Pronto, sin embargo, se tuvieron noticias de que estaban vivos. En el caso de Mac Lean, y en su nombre, se depositaba en un Banco suizo la can-



Las pitilleras-pistola de fabricación rusa con las que Khokhlov tenía que asesinar al ruso anticomunista Okolovich

tividad de mil libras esterlinas con destino a sus familiares.

De Burgess se sabía, de igual forma, que estaba vivo. El último año, por Navidades, envió a su madre, domiciliada en Arlington House S. W., una tarjeta de felicitación que fuera echada en un buzón cualquiera de Londres. La diplomacia inglesa recibía con ello, de frente y sin que nadie pudiera evitárselo, una grave y dolorosa afrenta. Sobre todo cuando se conoció que tanto Mac Lean como Burgess, sobre todo este último, no recataban su simpatía al comunismo.

De todas formas, el caso Mac Lean revistió una importancia destacada. ¿Por qué?

JUEGO DURO Y GOLPE BAJO

El primero y terrible campanillazo de atención lo dió la traición del sabio atómico Fuchs. Con él se cierra una cierta y esperanzadora creencia de cooperación entre los dos países. El Congreso de los Estados Unidos, con el descubrimiento del espionaje en los laboratorios británicos, se negó terminantemente al intercambio de secretos. Y con la captura de Fuchs, que alguien creyó provocada por los rusos, se creaba una espinosa cuestión de confianza entre los Estados. Por otra parte, como el suceso se ha renovado con la asiduidad necesaria para romper o quebrantar las relaciones anglo-americanas, no cabe tampoco imputarlo a la casualidad.

Ocho meses más tarde de aquel incidente Bruno Pontecorvo, otro de los investigadores, desapareció con su familia.

Pontecorvo estaba de vacaciones en Italia. Por aquellos días precisamente era obligado su regreso al centro de investigaciones atómicas de Harwell. Bruno Pontecorvo envió unas letras advirtiendo que un inevitable retraso le impediría llegar en el plazo previsto. Y mientras tanto, con la rapidez del rayo, siguiendo los planes que las mismas manos van dibujando a lo largo de todos estos años cuando se trata de estas repentinas desapariciones, desapareció para el mundo occidental.

A los nueve meses de ocurrido este hecho sensacional, y cuando otra vez la opinión pública americana se entregaba a cierto animoso intercambio de secretos, ocurrió precisamente la desaparición de Burgess y Mac Lean. Desaparición basada en los mismos principios: la rapidez, la celeridad y el matemático y misterioso procedimiento.

He aquí, pues, que el caso de Mac Lean y Burgess parecía, una vez más, un golpe bajo, y dado sin piedad, contra las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos. Un juego duro, grave, acerado, que no duda en manejar «como una maquinaria» el gran aparato de todas las soluciones.

De todas formas, Mac Lean no era un desconocido. Tanto él como Burgess, y de ahí la medida «antiamericana» de la desaparición, habían servido en los Estados Unidos como oficiales de la Embajada de la Gran Bretaña. Burgess había sido segundo secretario de la Embajada en Washington; pero de los dos era, sin duda, Mac Lean el gran sobresalto. La gran espina.

En el momento de su desaparición, Mac Lean era el jefe del departamento americano en el ministerio de Asuntos Exteriores, en el Foreign Office británico. Su conocimiento de los secretos británicos y norteamericanos era evidente. Había pertenecido también, como secretario del «Combinery Policy Committee», formado por norteamericanos, británicos y canadienses, para decidir qué secretos debían de hacerse públicos. Vivía a un paso, por tanto, de las Comisiones oficiales de la energía atómica.

La importancia de Mac Lean se la dió, inmediatamente y en todo su valor, Dean Acheson, entonces secretario de Estado, que al escuchar su desaparición exclamó: «Oh, my God, they know everything.» (¡Oh, Dios mío, están en conocimiento de todo!)

EL HERMANO DE MAC LEAN

El hermano del diplomático desaparecido, de nombre Alan Mac Lean, es quien ha dado, en líneas generales, mejor información sobre su hermano Donald. Estudió éste en Gresham. Más tarde, en 1931, en el Trinity Hall, de Cambridge, sigue el curso de lenguas modernas por «haber tomado mi hermano, por entonces, la decisión de entrar en los servicios del ministerio de Asuntos Exteriores».

Al año de estar en Cambridge muere su padre,

y sólo gracias a la ayuda de unos buenos amigos consigue terminar sus estudios y alcanzar su título con un brillante «Firts» en la carrera.

Desde esa época de la Universidad—dice Alan Mac Lean—conocíamos su preocupación y simpatía por el comunismo. «A menudo, en conversaciones con mi madre, decía que pensaba abandonar la idea del Foreign Office para irse a enseñar, como profesional de lenguas modernas, a Rusia.»

En 1935, terminados todos sus estudios, Donald Mac Lean, con ese historial que debería haber sido conocido por el ministerio británico, se presentaba a los exámenes y oposiciones del ministerio de Asuntos Exteriores en los que pronto, como hemos visto anteriormente, alcanzó los importantes puestos desempeñados en Washington y el no menos importante que ocupara, en 1948, en El Cairo. Y El Cairo es otro punto clave.

Así estaban las cosas, intentándose echar tierra al asunto, cuando la esposa y los hijos de Mac Lean, ante las barbas de toda la Policía, terminaron por desvanecerse en la gran isla de las desapariciones: en un tren suizo.

UN PASAPORTE INGLES VALIDO HASTA 1953

Los Mac Lean se casaron durante la guerra. Y se casaron precisamente cuando los tanques alemanes se disponían a abrir, con su torre de acero, las puertas de la ciudad. Dicen que fué muy difícil encontrar un sacerdote en aquellos momentos de pánico, pero que, al fin, encontraron uno que les casó. La mujer, Melinda Mac Lean, es hija de unos industriales de Chicago, quienes, visto cómo iban las cosas, se despidieron de la hija, tomando el primer barco para los Estados Unidos. Después de todas esas peripecias es cuando Mac Lean fué destinado a Washington.

Cuando ocurrió la desaparición del marido, Melinda tenía tres hijos. Uno, Fergus, de nueve años; Donald, de siete, y Melinda, por último, de tres. Y, sin embargo, a pesar de que debiera de haber existido alguna vigilancia en torno a la esposa, Melinda Mac Lean fué capaz de desaparecer misteriosamente, realizando, con toda evidencia, un plan cuidadosamente previsto y planeado.

Pasó la mayor parte del verano en Mallorca, volviendo el 7 de septiembre a Génova, donde vivía con su madre, mistress Melinda Dunbar.

El día antes de su desaparición estuvo en el Banco, arregló sus cuentas pendientes. Pagó una pequeña nota del garaje y compró un tanque de gasolina para su Chevrolet negro. Contó a su madre la historia de que pasaría el fin de semana con unos viejos amigos de El Cairo, donde, como ya sabemos, Mac Lean había sido consejero de la Embajada británica. Los amigos—según declaró posteriormente la madre—tenían de nombre Rummings y, según su hija, vivían en una villa próxima a Montreux.

La señora Melinda Mac Lean llevaba en el bolsillo un pasaporte inglés válido hasta 1953.

Entre las numerosas similitudes que tuvieron los dos casos, el del marido y el de la esposa, valgan unos detalles policíacos:

Posteriormente a la desaparición de Donald Mac Lean, su esposa recibió un telegrama de París. Estaba escrito como se comprobó, por una mano extraña, pero fué firmado «Teento», apodo familiar de Donald Mac Lean que conocían únicamente los íntimos. A su vez, un telegrama enviado por la señora Mac Lean ha llegado al destinatario firmado con las palabras «Pink Rose», sobrenombre familiar con el que se acostumbraba a llamar de niña a la señora Mac Lean.

Y así estaban las cosas, en ese difícil tiempo de meditación y de sobresalto, cuando el jefe del espionaje ruso en Australia, Vladimir Petrov, ha venido a dar noticia de los desaparecidos. He aquí, pues, el por qué de ser Mac Lean y Petrov eslabones de una misma cadena.

EL RELATO DE KOKHLOV, AGENTE DE LA M. V. D.—LA OPERACION «RENANIA»

Las revelaciones aportadas por Kokhlov, capitán soviético perteneciente a la M. V. D., encargado, según sus declaraciones, de asesinar al director de la Organización de los Rusos Blancos, cuya sede está en Francfort, han permitido aclarar muchas de las graves interrogaciones que los aliados tenían constantemente que hacerse. Al constituirse en

prisionero y solicitar, en febrero, el derecho de asilo, el capitán Kokhlov se ha convertido en una preciosa fuente de información.

Una vez oídas sus declaraciones, que es de suponer se encuentren ratificadas por otros conductos de los Servicios Secretos aliados, el comisario adjunto de los Estados Unidos en Alemania ha efectuado una doble protesta, ante el comisario ruso, Semenov, por los procedimientos utilizados por el espionaje soviético. Protesta Dowling contra las órdenes de asesinato recibidas por Kokhlov. Y protesta, de igual forma, contra el «raptor brutal» que se realizara en la persona del doctor Trouchnovich el 15 de abril, calificando esta última acción como «bárbara y contraria a todos los usos del mundo civilizado».

Hay que advertir que, con Kokhlov, han solicitado el derecho de asilo dos agentes más, que son los alemanes Hans Kukovich, de cuarenta y tres años, y Kurt Weber, de cuarenta. Estos últimos, residentes los dos en Alemania oriental, han comunicado a las autoridades aliadas un largo informe de sus actividades y, al igual que el agente de la M. V. D. rusa, puesto a disposición de los servicios aliados una serie importantísima de nombres.

Sin dar mayor importancia a las cosas que la que éstas tienen a simple vista, de la defección de los agentes de la M. V. D. pueden intentar extraerse para dar a la información una dirección honrada y concreta, dos hechos igualmente exactos: que la defección repentina y constante entre los agentes de la M. V. D. hacia Occidente tiene que adscribirse a la suma de noticias que por diversos conductos van llegando de estar procediéndose, en los momentos actuales, a una gran depuración de la antigua Policía de Beria. Y en segundo lugar, a un inevitable y humano cansancio ante las brutalidades que, en los casos como el de Petrov, de muchos años de contacto con la vida occidental, se agudizan. Pero siempre sin perder contacto con la primera versión.

«La operación Renania», objeto del servicio de asesinato de Kokhlov, tenía por objeto, como se ha dicho, el asesinato de Okolovich. Kokhlov, al referir los motivos que le han impedido hacerlo, habla de una «crisis de conciencia» provocada por su mujer, a quien el comisario aliado ha reclamado a los rusos. Esta es, sin embargo, la parte menos comprensible, psicológicamente, de las declaraciones del capitán, puesto que dejar a la mujer allí resulta, paradójicamente, un contrasentido a su libertad. Pero, como llueve sobre mojado, el frente resquebrajado de los M. V. D. puede suministrar, con sus relaciones parciales, la visión en bloque del espionaje ruso.

Una de las noticias que mayor sorpresa han causado entre los aliados es el desubrimiento, a través de Kokhlov, del paradero de Paniouchkine. Paniouchkine fué embajador de los soviets ante los Estados Unidos entre los años 1947 y 1951, y quien dirigió a continuación, y durante un año, la Embajada rusa en China roja. Hoy, gracias a Kokhlov, se ha vuelto a encontrar su pista «como jefe de la sección extranjera para maniobras de "terror y diversión"». Y es Paniouchkine quien convocó al capitán Kokhlov a su oficina, «instalada en la famosa prisión de la Lubianka, en Moscú».

Las revelaciones de Kokhlov alcanzan, naturalmente, un balance completo del estado, situación, etc., etc., de los servicios de espionaje rusos en Europa. Ha contado también de dónde proceden y dónde se fabrican, para los agentes de la M. V. D., las armas mortíferas que, como paquetes de cigarrillos o encendedores, puso también a disposición de las autoridades aliadas. Según su declaración, se fabrican en Kucino, localidad cercana a Moscú, mientras que otros laboratorios producen las drogas que, también de forma misteriosa y pacífica, llevan todos los M. V. D.

UN ITINERARIO MISTERIOSO: PARIS, ROMA, PRAGA Y MOSCÚ

Los dos, tanto Kokhlov como Petrov, han coincidido en afirmar, de forma inequívoca, el paradero de los sabios atómicos desaparecidos en 1951. Y en cuanto a Mac Lean, ya no hay misterio ninguno.

De Burgess y Mac Lean, las informaciones son las siguientes: «Mac Lean se ocupa actualmente en el departamento de Política Extranjera del Kremlin, con categoría de consejero, y participa en la redacción de muchas de las notas que, por



El «asesino» y su «víctima» se saludan amigablemente. El capitán Khokhlov (derecha), que pidió asilo a las autoridades de Bonn, y el anticomunista Okolovich

una razón u otra, facilita el ministerio de Asuntos Exteriores ruso.»

«Burgess, a su vez, se ocupa especialmente en la propaganda y colabora en la redacción de un periódico ruso en lengua inglesa.» En cuanto al famoso, discutido y misterioso viaje de los dos diplomáticos, he aquí el itinerario: París, Roma, Praga y Moscú.

EL «DAILY EXPRESS» TELEFONEA A MOSCÚ

Entre las numerosas cosas fantásticas y casi increíbles que el desarrollo de este gran asunto del espionaje ruso va arrojando a la luz del día, pocas cosas tan curiosas como la conversación que, según el «Daily Express», sostuviera la noche del 23 de abril con Moscú.

La comunicación se estableció con una mujer que afirmó ser la madre del capitán Kokhlov. El número solicitado a Moscú era el B. 39-195, que correspondía al apartamento situado en la calle Boris Ghebeki, 12, de Moscú, dirección que el capitán había dado como la de su madre.

He aquí la conversación (realizada en ruso):

—¿Es usted la señora Mikhailovskaya?

—Sí, sí.

—¿Es usted la madre del capitán Kokhlov?

—Sí.

—¿Sabe usted quién habla?

—Yo no sé nada. Pero, ¿quién habla?

—El «Daily Express», un periódico de Londres.

¿Sabe usted que él está en el Oeste? ¿Conoce usted este hecho?

Hubo una pausa, hasta que la voz de la señora insistió:

—¿Por qué razón me cuenta todo eso?

—Su hijo ha abandonado el Servicio Secreto, solicitando asilo a las autoridades americanas en Alemania. ¿Tendría usted alguna cosa que declararnos a este respecto?

—Yo no sé nada de lo que usted me habla.

—Nosotros quisiéramos saber si las revelaciones hechas por vuestro hijo en Bonn son verdicas.

—Yo no sé nada y no quiero hablaros.

La conversación duró tres minutos y su precio fué de 350 francos minuto. Es la primera vez después de la guerra que el «Daily Express» ha conseguido obtener un número privado en la U. R. S. S. La espera a la llamada fué de cincuenta y siete minutos.

Mientras tanto, en Bonn y en Canberra, en Alemania y Australia, dos jefes de la M. V. D. ponían en el banquillo de los acusados, casi como un miembro físico y presente, al espionaje soviético.

PETROF, PEZ GORDO DE LAS DESERCIONES

El caso Petrov, excesivamente reciente y actual, nos evita reincidir en el examen de los sucesos. Una cosa sería, sin embargo, digna de tenerse en cuenta: el aire fantástico, y fuera de la realidad, que toman todas estas cuestiones de la vida y la muerte. El mundo parece totalmente racionalizado, totalmente incapaz, por estólido y duro, para ninguna consideración sensible, y, sin embargo, todos los episodios del espionaje, sobre todo los de las deserciones, de una manera u otra, van teniendo por heroína a una mujer. En este caso, a Evokiya Petrov, que aporta, por sí misma, un valioso caudal de informaciones, por ser, como se sabe, la encargada de «cifras» de la Embajada soviética en la que su marido, alto funcionario de ella, actuaba como jefe del espionaje ruso en Australia. Y no hay que olvidar que en Australia, en sus perdidos y remotos desiertos de chumbera, se hicieron las más importantes pruebas atómicas de Inglaterra.

Vladimir Petrov ha puesto en claro ante el British Intelligence Service todo lo relacionado con la desaparición de sus diplomáticos.

Les ha dicho dónde están empleados y lo que se les paga. Les ha revelado también los nombres de los que planearon la fuga y los de aquellos que ayudaran a Mac Lean y Burgess a cruzar el Continente. La cadena, en fin, que tan pronto pasa gentes de un lado a otro de la frontera de silencio o, aprovechando su fuerza diplomático, actúa en todas partes como potencia enemiga.

Graves han debido ser las revelaciones de Petrov, verdadero y grandísimo pez gordo de las deserciones, cuando varios correos han traído copia directa, urgente y por avión, de sus declaraciones, no sólo a Londres, sino a la mayor parte de los Servicios Secretos de cada una de las naciones occidentales. Declaraciones y documentación que revelan en detalle las actividades comunistas en países extranjeros, el nombre de los agentes identificados y los «colaboradores» importantes. Todo ello, pues, que convierte a Petrov, sin género de duda, en el testigo de excepción. En el hombre que ha hecho se produzca, con toda rapidez y premura, una reorganización en casi todos los Servicios Secretos del mundo ruso.

Por eso, sobre la marcha, rindiéndose a la evidencia de que no es posible respetar las viejas leyes del juego, Londres se ha visto en la necesidad de expulsar en estos mismos días a los dos agregados militares soviéticos de la Embajada de Londres.

PROTECTORES DE LOS ROJOS ESPAÑOLES

Y es en estos momentos de revisión de todas las equivocaciones cuando vuelve a surgir a la palestra el nombre de España. En cada nuevo caso de tradición o de espionaje, los que lo realizan son siempre hombres de reconocida y destacada actuación protectora de los rojos españoles. La singularidad y la ejemplar repetición del problema ha saltado al Congreso de los Estados Unidos y se ha esgrimido estos días como un nuevo cargo contra la ceguera política en la encuesta pública de «Ejército-Mac Carthy», en los Estados Unidos. Y ahí, recogidas en el atestado sobre Robert Oppenheimer, otro de los investigadores de la energía atómica suspendido de todos sus empleos, quedan sus palabras: «Como muchos americanos, yo envié sumas importantes para la causa de los republicanos españoles. Estas cantidades pasaban por manos comunistas, y yo lo sabía, pero en aquella época yo no consideraba a los comunistas como peligrosos...»

Las palabras, pues, de Trotsky están pendientes: «La insurrección actúa como una máquina.» Y para hacerla frente, las armas de Kerenski fueron inútiles. Se necesita la calentura política. La creencia firme, profunda y generosa, de que la Cristianidad se defiende a la manera de España: tan pronto en Trento como en Muelberg. Que Muelberg fué, como otras veces, una batalla española en las orillas europeas del Eiba.



*Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.*

Prestigio de

**Galerías
Preciados**

MADRID

VALENCIA TIENE UN NUEVO MUSEO

EL COLEGIO DEL PATRIARCA (UNA ISLA DEL SIGLO XVII EN MEDIO DE LA CIUDAD)

HA SIDO IDENTIFICADA
UNA NUEVA MINIATURA
DE EL GRECO

(Crónica de nuestro enviado especial, Jaime Campmany.)

NO es que yo vaya a presumir ahora de llevar en la bolsa trasera de mis alforjas de viajero (la bolsa trasera de las alforjas del viajero es para los recuerdos, y la delantera, para los deseos) un número tal de geografías urbanas que me permita la pedantería de generalizar sobre ciudades; pero si hay en el mundo una ciudad *nuclear*—según lo que yo entiendo por *nuclear*, claro—, esa ciudad es Valencia.

Valencia tiene en su centro mismo, en el centro de su gravitación ciudadana, una especie de almendra apretada y varia, un núcleo agrupado y diverso que, además de otros ademases, le presta una extraña y amable personalidad. Valencia parece una ciudad hecha a círculos concéntricos, como cuando se arroja una piedra en un estanque, como si en medio de los arrozales inundados y del verde escandaloso de la vega se hubiese tirado una semilla de ciudad, un germen urbano, breve, brevísimo, pero perfecto, que después hubiese ido creciendo y desarrollándose, como Dios manda. Valencia parece nacida de ese viejo truco de los prestidigitadores de circo que van sacando de una caja grande otras cajas cada vez más pequeñas, hasta llegar a una tan minúscula, que el público no tiene más remedio que allanarse al asombro, a la admiración y a la sonrisa.

Si a Valencia le fuésemos moliendo el pericarpio y el mesocarpio como a una fruta, hasta dejarla en el puro hueso; si fuésemos rebanándole el protoplasma hasta dejarle limpia la yema, se nos quedaría entre las manos una ciudad tan breve y tan completa, que habría de afiligrarse de ternura ante ella como ante un niño recién nacido.

La ciudad abre sus puertas al tren y le deja camino libre, en



La miniatura de «El sueño de San Martín», del Greco, que se conservó por muchos años en el armario de las reliquias



Don Eladio España, el fraile que conoce el Colegio, explica la historia del mismo a los visitantes

ese divertido juego de señales, rojas y verdes que tan en serio se toman los jefes de estación, hasta el mismísimo cogollo ciudadano. Y el viajero recién apeado se encuentra sin más preám-

bulos en el grano de la ciudad. Con sólo unos pasos cortos y breves, el viajero adquiere un pequeño recinto en el cual, sin embargo, lo encontrará todo: el humo de las locomotoras y de las despedidas en la guarida de los trenes, los muros altos de la plaza de toros como guardando un sueño de oles y de aire y donaire de verónicas, el agua caliente del hotel, el buzón del correo, el pasillo universitario, la paz fresca y oscura del templo, la ventanilla de los Bancos por donde los tiburones de las finanzas meten la cabeza para apacentarse de billetes, la otra ventanilla del cinematógrafo por donde la burguesía y el pueblo llano meten también la cabeza para pacer el derecho al entretenimiento... Y en medio de todo ello, como un milagro nacido en el adoquinado y en la arquitectura, el mercado de flores, el ámbito rizado de los claveles, el labio suave y sensual de los gladiolos, la «clausura primera de la armonía» de la rosa, redimiendo a la ciudad de su propio pecado original, del pecado de su propia existencia,



Los cuadros que han quedado expuestos en el Museo del Colegio del Patriarca, y que sólo constituyen una parte de su inmenso tesoro artístico, han tenido que ser desprovistos de la veladura que el polvo de los siglos amontonó sobre ellos

ejerciendo desde allí su mudo magisterio de efímera eternidad, de su guilleniana «tranquilidad futura».

EL SIGLO XVII, DETRÁS DE LA PUERTA

Sin salirse de la Valencia subuno, en el primer círculo de la ciudad, a la vuelta de la esquina, hay algo que ver: el Colegio del Patriarca. La entrada es fácil, casi sin tránsito. Incluso se puede llegar en taxi, incluso se pueden escuchar desde el umbral el traqueteo penoso de los tranvías y los ajetreos de la gen-

te en las calles concurridas. Pero el paso que salva la puerta del Colegio del Patriarca es un paso de tres siglos. Es indefinible esta sensación inevitable del visitante de haberse despojado de trescientos años de existencia y de historia; se encoge un tanto el ánimo y el ánimo; el andar se nos hace, sin saber cómo, grave y pausado; la mirada se nos remansa de sosiego y el ademán se nos desmaya de humildad. Sería imposible ser aquí dentro desenvuelto y apresurado, y no queda otro remedio que atravesar naves y claustros, corredores y estancias, con la sensación un tanto molesta, vagamente molesta, de que la ropa se nos ha quedado, de pronto, ridícula y anacrónica, fuera de lugar y de tiempo, y que nos la reprochan las miradas graves de los retratos, los mármoles renacentistas del claustro, la paz antigua de los corredores oscuros que parece que nunca fué turbada. Casi no queda otra amarra, otro apoyo de realidad que la voz dulce y suave de este viejecillo de pelo cano y mirada clara, milagrosamente intrépido, que asiste a nuestro asombro con una tierna picardía infantil pintada en el rostro. Casi a tirones de esa voz, teniendo que arrancar constantemente los ojos de la solicitud de todos los alrededores, voy entrando en los secretos laberintos del caserón, que parecen habitados de puros milagros. Detrás de cualquier puerta, en el esquinazo de cualquier pasillo puede uno hallarse preso en el prodigio del arte, en la magia de lo antiguo, en el sobrecogimiento de un aire que se debía respirar hace trescientos años, y que, sin embargo, está allí todavía, incontaminado e intacto.

El fralcecico del pelo cano y la mirada clara se llama don Eladio. Don Eladio España. Es amable, humilde, sonriente como un niño, tranquilo y ágil a la vez; cuando habla, pronuncia palabras sencillas, que nos llegan extrañadamente cargadas de un orgullo profundo por todo lo que enumera; pero es un orgullo que no hiera, como si nos hiciera partícipes de la propiedad de todas aquellas riquezas. El dice «Ribalta, Ribera, reliquia, el Greco, el divino Morales, oro, Felipe II, Van der Weyden o el Patriarca» como si se estuviese refiriendo a amigos íntimos, a amigos de toda la vida a los cuales guardara, sin embargo, un profundo respeto y una enorme gratitud.

AQUI TODOS LOS JUEVES SON CORPUS

Además de la iglesia, el Colegio tiene una capilla, dedicada exclusivamente a la adoración de Cristo vivo en el Sacramento de la Eucaristía. Todo Valencia habla del «Colegio del Patriarca»; pero el Colegio se denomina en realidad «Real Colegio y Seminario de Corpus Christi». Don Eladio, con voz que apenas espanta el silencio espeso y religioso de la capilla, nos va iniciando en la historia. En el zaguán se abren tres puertas. Don Eladio se dirige hacia la de la derecha, pero antes nos muestra un gran lienzo:

—Es el Beato, pintado por Ur-

bano Fos en el siglo XVII. El Beato Juan de Ribera, nuestro fundador, fué Patriarca de Antioquia, arzobispo, Virrey y capitán general de Valencia. Fundó el Colegio adaptando la forma española de los Colegios Mayores; la institución data de finales del siglo XVI y fué colocada bajo el patronazgo del Rey Felipe II. En el Seminario se ingresa por oposición, una oposición muy dura. Todos los colegiales han de ser naturales del Arzobispado de Valencia. Es muy rigurosa la selección de colegiales.

Don Eladio España nos confirma este rigor selectivo enumerando ilustres dignidades de la Iglesia actual salidas del Seminario.

—A los admitidos, sin excepción, se conceden becas, gratuitas.

La puerta que se abre a la derecha del zaguán deja paso a la capilla llamada del Monumento.

—Aquí se celebran los cultos al Santísimo Sacramento. Para nosotros, todos los jueves son Corpus.

Los dos muros laterales del rectángulo de la capilla están cubiertos por seis tapices flamencos, que conservan la frescura del color y la consistencia del tejido milagrosamente al través de los siglos, como si el tiempo no se hubiese atrevido a cruzar, como nosotros ahora, la portada de piedra del orden corintio. No es fácil desentrañar el sentido del dibujo de los tapices ni la identificación de figuras; pero el fralcecico, casi al acecho de mi mirada inquisitiva, acude en mi socorro; y uno se puede recrear en la representación simbólica de esos cuatro pecados capitales: la ira y la pereza, la gula y la lujuria, y en las escenas de la vida de Salomón y de la parábola de la viña, y de la Iglesia militante y triunfante. En la bóveda, profetas y paisajes del Antiguo Testamento pintados al fresco por Tomás Hernández. Y en el retablo, un «Entierro de Cristo», de Ribalta, y una «Oración del Huerto» y una «Cristo atado a la Columna» del mismo pintor. El «Cristo a atado a la Columna» es impresionante, y mi guía soporta con paciente sonrisa los dilatados minutos de mi admiración y me empuja suavemente hacia los ángulos desde los cuales mejora la visión. En la capilla se abren dos nichos con esculturas de Gregorio Hernández y Gaspar Giner.

CUATRO PINTURAS PARA UN DIA DEL AÑO

El claustro, renacentista, apoya su galería alta sobre columnas de mármol blanco, traídas de Génova. En el centro preside una estatua del Beato, firmada por Mariano Benlliure. En la galería baja, en cada uno de los ángulos, cuatro grandes cajas de madera cerradas. Quizás las haya mirado yo extrañado.

—Son cuatro pinturas que sólo se muestran el día de la octava del Corpus. Pero hoy haremos una excepción.

Las pinturas son de Fabricio Castel, de Martín de Vos, el Viejo, y de «Stradanus»; de grandes dimensiones, muy hermosas y bellas. Me emociona un poco pensar en que sólo han sido vis-

tas tantas veces como años de vida tienen, aunque estos años sumen más de trescientos y cuatrocientos.

EL TESORO ESCONDIDO

Esparcidos por todos los recinicos de la casa, agrupados casi marco con marco en la Sala Rectoral, salpicando los viejos muros de sacristías, zaguanes y escaleras, un número interminable de pinturas nos llama la mirada, que sólo se separa de ellos para caer prendida y admirada en otros. En humildes rincones oscuros, ignorados, sin luz ni perspectivas para la buena contemplación, un verdadero tesoro pictórico se encuentra encerrado en el Colegio del Patriarca. Don Eladio España parece haber adivinado nuestro pensamiento y adelanta la disculpa:

—El Colegio vive con las mismas rentas de hace muchos, muchísimos años. No podemos ni siquiera sufragar los gastos de las becas gratuitas para los colegiales, y ahora su número es mucho más reducido del que permiten nuestras constituciones. Por otro lado el Colegio no ha obtenido nunca ninguna subvención de organismos oficiales locales, provinciales o nacionales. Tenemos un tesoro que vale millones y que, sin embargo, no nos es posible presentar con el decoro necesario y la comodidad necesaria para su contemplación por falta de unos miles de duros. Ahora el Colegio, haciendo un sacrificio inmenso, prescindiendo de parte de su capital, ha construido un pequeño museo, que se abrirá al público dentro de unos días, y en el que quedarán expuestas algunas de las obras pictóricas más importantes de las que tenemos. Pero aunque el sacrificio ha sido enorme, no es todavía suficiente. Como usted ve, todavía nos quedan cuadros para llenar muchas naves...

Don Eladio, el frailecico sencillo, de pelo cano y mirada clara, que es como uno quisiera que fueran todos los frailes, casi como uno se imagina que deben ser los bienaventurados, me dice esta cosa con un dejo de tristeza, como pidiendo disculpa por aquella pobreza de presentación.

He bajado al museo, al pequeño museo construido con aquel dinero de la Fundación, mantenido en la misma cifra al través de los siglos, milagrosamente también, como el tejido de los tapices, la madera de los muebles, el color de la buena pintura y la solemnidad vieja de la atmósfera, y que ahora ha sido mutilado para regalarnos a todos uno de los más bellos momentos que pueda gozar el visitante de Valencia.

Es un museo más bien pequeño, sencillo, desnudo, sin otro vestido que la gloria de los lienzos. Me parece mentira creer en el sacrificio obligado para su construcción, no sólo al ver lo que encierra, sino porque a las salas, lisas y blanqueadas, se pasa a través de una puerta forra-

da de oro, un oro viejo, desportillado en algunas aristas, donde la yema del dedo se araña con el grosor del metal. Don Eladio sonríe y nos dice todo lo más sencillamente que puede:

—No sabíamos que toda la plancha fuese oro...

Don Eladio disfruta con el asombro de mi mirada, que creo se habrá salvado del relampagueo de la codicia. Desisto de dar noticia de los cuadros que alberga el museo, porque a estas horas sus puertas estarán abiertas para todos los visitantes. Allí arriba, en la Sala Rectoral, quedan todavía las señales geométricas de los lienzos, descolgados de allí, arrancados de allí como de un sueño de siglos. Es como si, de pronto, todo este tesoro, que había permanecido como escondido, como ignorado, se hubiese descubierto, se hubiese rescatado para la emoción artística, se nos hubiera entrado por las puertas del goce estético.

Toda la prisa del mundo urgiéndome los pasos no hubiese sido capaz de hacerme pasar ante uno de aquellos lienzos. Un «Nacimiento». Lo pintó un hombre de complicado apellido a quien llamaban el Greco. El Niño Dios, menudo y blanco, como un corderito recién nacido, está en el centro, sobre el regazo blando y amoroso de María. Todo el cuadro está iluminado de una extraña luz que parece sobrenatural. Entorno los ojos como queriendo descubrir dentro del cuadro, detrás de él, aquel invisible sol que ilumina las figuras. El fraile me deja hacer. Después cierra la mano a medias, haciendo antejo y la sube hasta los míos. En efecto, de aquel Niño, menudo y blanco, como un corderito recién nacido, nace toda la luz del cuadro, toda la luz de la estancia, toda la luz del mundo; una luz que ilumina sin cegar, suavísimamente inmensa...

LA CUARTA MINIATURA DEL GRECO

Don Eladio deja en mis manos ahora una miniatura. Es una acuarela sobre vitela que representa el sueño de San Martín. Entre las obras del Greco no figuraba catalogada. Su identificación es recentísima.

Y así, en pocos minutos, las manos de don Eladio van dejando en las mías trabajos de filigrana en madera de boj, marfiles, platas, libros, códices, cartas...

rastros y vestigios de los siglos que se fueron. La letra de fray Luis de Granada, la caligrafía de santos y reyes, los bordados en oro del ajuar sagrado del Colegio, van pasando ante mis ojos asombrados. El Libro de Horas de Felipe III el Hermoso me ha abierto, a la luz del claustro, en el mediodía valenciano, la gracia de su secreto. Es un códice de la escuela de Brujas, de cuando el siglo XVI andaba en pañales. En la parte inferior de las hojas, unas miniaturas bellísimas en las que aquellos niños que fueron nuestros remotos abuelos juegan al toro, a la gallina ciega y al «aguavá». Las figuras infantiles son bajas y gorduzuelas, cuellicortas y macizas, como las de los toreros de los grabados viejos, y parecen haber sido creadas para ilustrar romances y letrillas del Góngora de la luz, con sus plazuelas llenas de corbetas de chicos cacaroleando sus caballos de caña y cabeza de guadamecí.

«dos hilos por riendas».

Sería imposible detenerse a ver y a tocar los incunables de la Biblioteca, los latines de San Alberto Magno, y San Bruno, y Santo Tomás Moro; los viejos manuscritos de la paciente cultura amontonada durante siglos y siglos; los protocolos del archivo, con el testamento de aquella Reina de Aragón y de las dos Sicilias que se llamó doña Germana, mujer de don Fernando el Católico, y el de Santo Tomás de Villanueva, y el de Pablo de San Leocadio. Y el acta de la prenda de las joyas de la Reina Isabel al Cabildo Municipal de Valencia por una cantidad prestada para la conquista de Granada, y la del casamiento de la hija del Papa Borgia, y toda la historia pequeña y menuda del Reino de Valencia al través de las escrituras y notas de dos mil doscientos escribanos valencianos desde la mitad del siglo XIV...

LAS HABITACIONES DEL BEATO

El Beato Juan de Ribera, que tantas riquezas y magnificencias había amontonado en la capilla y en el Colegio, vivía, amigos, en las más pobres habitaciones de la casa. Su celda es de pobre suelo y desnudas paredes, desprovista de vanidades y de riquezas, como si fuese el propio refugio de la humildad. Los



Este triptico del Calvario, atribuido a Van der Weyden, es otra de las joyas de la pintura que podrán ser contempladas en el nuevo Museo



El Greco pintó para goce espiritual de las generaciones este nacimiento extraordinario. Es uno de los cuadros que han quedado expuestos en el Museo recién inaugurado en el Colegio del Patriarca



«La última cena», de Ribalta, preside el altar mayor de la capilla. El cuadro es una de las más originales interpretaciones pictóricas del tema

padres conservan la celda tal y como la habitaba su fundador y siguen la norma de su ejemplo. Yo he entrado en esta celda, a la que se sube por estrechas escaleras, después de pasar por la capilla grande, presidida por un cuadro de Ribalta, una «Santa Cena», en la que los Apóstoles se agrupan en mesa redonda con el Divino Maestro. El cuadro es más alto que ancho, extrañamente, y en él Jesucristo, que preside la mesa al fondo, sale milagrosamente al primer plano. En la bóveda y en los muros hay frescos de Bartolomé Matarana. En la capilla del Beato, el sepulcro del fundador. El divino Morales pintó al Beato en vida y, por su expreso encargo, difunto y yacente, mientras un ángel presentaba su alma a la Santísima Trinidad y un diablo leía la cuenta de sus pecados.

EL RELICARIO

El relicario, que cubre el muro derecho de la capilla denominada de las Reliquias, está fabricado de talla dada de color de piedra azul, con dorados florones.

—Lo construyeron Gaspar Bruel y Bautista Semeria—nos dice don Eladio.

Las reliquias sólo se exponen a la veneración los viernes; pero la amabilidad del padre es inagotable, y las pesadas y enormes puertas se abren ante mí.

La voz del fraile se torna grave y emocionada:

—Un ramal de la corona de espinas, un fragmento del mantel de la última cena, otra espina de la corona del Salvador, un trozo del santísimo sudario...

Reliquias de todos los Santos Apóstoles, «dignum crucis» hasta cuatro, reliquias de mártires, un autógrafo de Santo Tomás Moro, un manuscrito de sermones de San Vicente Ferrer...

Don Eladio me cuenta el robo de los relicarios de plata y oro, de los engastes de piedras preciosas que hicieron los franceses en el año 1812. Don Eladio me lo dice con pesar, pero sin rencor.

—Sí, claro; los franceses...

Y después me dice cómo, después de los tres años de guerra, volvió él al Colegio y sus primeros pasos fueron hasta llegar allí.

—Cuando abrí las puertas y me encontré todo intacto caí de rodillas llorando.

Y ahora también se arrodilla para despedirse de las reliquias, mientras las puertas pesadas y enormes giran y se cierran sobre el sagrado tesoro.

EL MUNDANAL RUIDO

La mañana se ha ido. Al salir al claustro una lluvia fina acrecienta el silencio de la casa. Un reloj marca la una y veinticinco, y el frailecico del pelocano y la mirada clara, que es como uno quisiera que fueran todos los frailes, se sobresalta:

—A la una y media se cierra el Colegio y nadie puede entrar o salir de él. Es una norma del tiempo de la fundación que todavía se conserva. En aquellos tiempos, cuando algún sirviente quedaba dentro del Colegio después de la hora de cerrar, se le descolgaba a la calle por la ventana.

Y don Eladio me muestra todavía el dispositivo rudimentario por donde se descolgaba con cuerdas al descuido, metido en una especie de jaula de madera.

Salgo del Colegio con el tiempo justo de no utilizar el mismo procedimiento, que resulta un tanto inquietante. Casi no tengo tiempo de decir algo de lo que quisiera decir a don Eladio. Ya casi en la puerta de la calle veo colgado de un muro un enorme caimán disecado.

—Es el «dragón» del Patriarca. Lo mandó poner aquí para recomendar silenciosamente silencio.

Pero yo, en la calle ya, vuelvo a estar inevitablemente perdido para el silencio y para la paz de esta gota sosegada, anclada en el océano de tráfico y trajín de Valencia, que es el Colegio del Patriarca. De nuevo, qué vamos a hacer, me encuentro en medio del mundanal ruido.

Jaimé CAMPANY

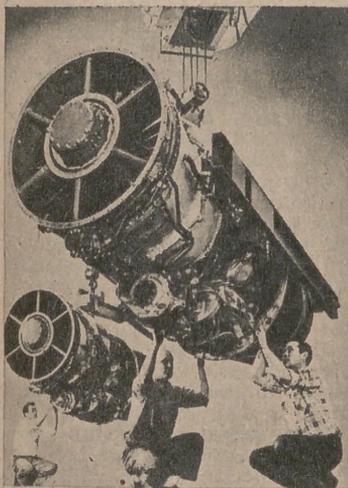
LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

EL VIAJE DE GALLARZA A EE. UU.

El Ministro del Aire español trata de dar nuevo impulso a nuestra producción aeronáutica



Ingenieros norteamericanos inspeccionan un motor a reacción

LA sincera amistad hispano-americana, culminada con la firma del pacto de amistad y defensa mutua del Palacio de Santa Cruz, tenía que aparejar, sin duda alguna, la intensificación de nuestras relaciones, materializada no sólo en el constante venir de personalidades diplomáticas, políticas y militares americanas, sino con la ida a América también de técnicos españoles de toda clase, desde la economía a la milicia, corriente esta última que ha dado lugar, recientemente, a dos trascendentales viajes: los de nuestros Ministros de Comercio y del Aire, a los que seguirá, se dice, el de nuestro Ministro de Agricultura. En su día, EL ESPAÑOL se ocupó, con la atención que el hecho mereciera, de la visita a los Estados Unidos del señor Arburúa. Hoy nos toca recoger en estas mismas páginas la del teniente general González Gallarza. Esta visita—segunda de las que hace a los Estados Unidos nuestro Ministro del Aire—se está realizando en el momento mismo en que escribimos. Se trata, en primer término, bien se comprende, de una visita de amable cortesía, pero también motivada en el deseo de un contacto directo para intercambiar puntos de vista sobre las posibilidades de una acción común. La Prensa extranjera, singularmente la americana, ha añadido como móvil, as-



El general norteamericano Twining da la bienvenida al Ministro español del Aire a su llegada a Washington. A la derecha, el señor Lequerica

mismo, del viaje de nuestro Ministro a los Estados Unidos, los deseos del teniente general González Gallarza de dar nuevo impulso a nuestra producción aeronáutica, concretamente ordenada, al decir de estas informaciones, hacia la fabricación de piezas de repuesto y de aviones de reacción. He aquí, sin duda, algo especialmente importante, no sólo para nuestra industria nacional aeronáutica, sino también para la causa conjunta de la defensa occidental, según vamos a ver en seguida. Sin embargo, será menester una previa introducción para presentar al lector profano una exposición somera de lo que actualmente representan y significan las industrias de aviación en la poderosa República de América del Norte y en nuestra Patria, no por modesta esta producción menospreciable en modo alguno, como vamos a ver.

El Ministro español, con un sentido amplio de experimentado, se ha hecho acompañar en su viaje por el general del Estado Mayor de nuestro Ejército del Aire y por una Comisión de técnicos industriales aeronáuticos de nuestra Patria, estableciendo inmediatamente contacto con las autoridades superiores de la Aviación americana: Talbott, el secretario de este departamento; Twining, su general de Estado Mayor, y los generales también y jefes de Estado Mayor de diversos organismos y servicios Bryan Boatner, Donald Putt, E. Briggs, Emmet O'Donnell, B. Stone, Truman H. Landon y H. Burns. Se ha fijado un plan de visitas que, tras la previa estancia en Washington, incluye diversas industrias y las bases aéreas de Tinker (Oklahoma), Los Angeles, Nellis (Nevada), Randolph (Tejas) y Keester (Mississippi), desde donde



El gráfico muestra el itinerario inicial del viaje del Ministro del Aire español. Tras la estancia previa y postrera en Washington, se prevé en este itinerario la visita a Illinois, con sus industrias aeronáuticas y su base de Chanute, dotada de instalaciones de instrucción de material y meteorología; Tinker, en Oklahoma, cuartel general de importantes formaciones; Los Angeles, grandes industrias y unidades de bombarderos; Nellis (Nevada), con una Escuela superior de pilotos; Randolph (Texas), con Escuela de vuelos y Academia de Sanidad, y Keester (Mississippi), con la Escuela técnica de motores, radar y guerra química. Este itinerario parece haber tenido alguna modificación últimamente



El dibujo indica la división aeronáutica de los Estados Unidos en siete zonas; de ellas, cuatro atlánticas, dos interiores y una en el Pacífico. Las industrias aeronáuticas yanquis se concentran principalmente al borde de este último océano y del Atlántico. En total, se calcula que existen en suelo metropolitano no menos de 150 bases aéreas en los Estados Unidos.

está previsto el regreso a Washington. Se calcula la duración del viaje en unos veinte días.

EL POTENCIAL AEREO NORTEAMERICANO

Sin hipérbolo de ninguna clase, es menester proclamar a la Aviación americana como un arma poderosísima, que ni ahora ni nunca tuvo ninguna otra siquiera similar en el mundo. No se trata, ciertamente, de ninguna improvisación. Los Estados Unidos han creado perseverantemente su arma aérea a través del tiempo y a costa de enormes sacrificios. En Norteamérica precisamente nació, hace ahora medio siglo, la navegación aérea. Al genio creador de los yanquis se ha añadido aquí algo esencial para crear semejante poderío aéreo: el desarrollo industrial de los Estados Unidos y el avance prodigioso de su técnica, que han hecho posible el objetivo de su estrategia actual: lograr el dominio del aire ante la eventualidad de cualquier contingencia.

Sin una potente base industrial previa sería imposible haber creado la fabricación de material de vuelo en las proporciones y con las calidades exigidas. Es aquí, sin duda alguna, en donde radica clara y concluyente la superioridad militar de América frente a Rusia. Pese a los esfuerzos de la industria soviética y aunque el Kremlin ha logrado, indudablemente, crear una poderosa flota aérea también, ni la finura de la técnica ni la enorme capacidad de producción americana puede resultar igualada, ni siquiera seguida de cerca, por los rusos.

Las industrias bases de la aeronáutica son fundamentalmente cuatro: la del petróleo, la metalurgia, la del automóvil y la del caucho.

La producción propia de petróleo favorece y asegura el desarrollo de la aviación. La metalurgia, la construcción del fuselaje y la célula. La del automóvil, la del motor aéreo, y la del caucho, la de los trenes de aterrizaje y el de las instalaciones de los servicios eléctricos. La gran industria aeronáutica americana debería así surgir necesariamente tras del

desarrollo portentoso de las fabricaciones antes citadas.

Esta industria aeronáutica se encuentra situada, en América del Norte, sobre todo, en la costa atlántica, cerca de Paterson (Nueva Jersey), en las proximidades de Buffalo, Baltimore, Hartford (Connecticut) y Long Island. Pero también existen importantísimas instalaciones industriales en la costa del Pacífico: en Los Angeles, San Diego, Inglewood, Santa Mónica y Seattle. Esta gigantesca industria aeronáutica americana no sólo se mantiene por razones militares y de defensa nacional. Sus posibilidades y la singular disposición de los Estados Unidos para el tráfico aéreo han facilitado el desarrollo de una importantísima producción aeronáutica civil, que prácticamente ha acaparado casi toda la producción mundial de aviones de línea. La industria de motores para ella, la de las células y la de accesorios y piezas de recambio permiten atender ampliamente su desarrollo. Y esto es de la mayor importancia, porque la base de una poderosa industria de guerra es siempre una poderosa industria de paz. Sólo a los países de una potente flota mercante, por ejemplo, les está permitido poseer igualmente una potente flota militar, del mismo modo que sólo una potente aviación comercial puede permitir a los Estados disponer de una potente aviación militar. Del desarrollo de la industria aeronáutica americana dan fe estas elocuentes cifras: frente a una producción de 5.856 aviones en 1939, se pasó, en 1944, a otra de 196.351 aparatos de todas clases! Ningún país del mundo dispone de la red aérea comercial de los Estados Unidos. Su desarrollo sobrepasa la cifra de los 126.000 kilómetros, en el interior del país, más otros 174.000 que comprende la red exterior. En total, justamente 300.000 kilómetros, esto es, poco menos de la distancia de la Tierra a la Luna, que representa un total de kilómetros volados al año de más de 900 millones, esto es, exactamente, seis veces la distancia de la Tierra al Sol. La aviación civil dispone de unos 88.600 aparatos de todas clases, siendo el nú-

mero de pilotos civiles de 580.000.

Tales son las cifras que resumen el enorme potencial aéreo norteamericano. La aviación militar resulta, en consecuencia, un corolario apenas de cuanto antecede.

150 GRANDES BASES AEREAS

No podía ser, en efecto, a la vista de los anteriores datos, ni mucho menos, imposible el que la política militar americana creara una flota aérea sin par en el mundo, ni cuantitativa ni cualitativamente. Los intensos precedentes de la primera, y sobre todo de la segunda guerra mundial, con sus diferentes campos de batalla en Europa, en Asia, en África y en el Pacífico han dado a los técnicos y las tripulaciones yanquis, además, una experiencia que ha resultado inapreciable para el logro de la hegemonía del cielo. El mundo entero se ha llenado de bases americanas, que sitúan estrechamente a Rusia. Si la paz reina aún en la tierra, sin ninguna duda se debe a este magnífico esfuerzo y a esta previsión de los Estados Unidos. Pero, limitándonos aquí al suelo patrio americano, cuyas instalaciones principales visita ahora nuestro Ministro del Aire, el número de grandes bases no baja seguramente de ciento cincuenta. Estas bases, a las que se asigna corrientemente diversos cometidos, pudiéramos especializarlas, sin embargo, limitando nuestro recuento a las más importantes:

Bases aéreas para instrucción.—En Tejas existen las de Lakland, de instrucción elemental, y Randolph, para la instrucción de vuelos y Academia de Sanidad; en Arizona, la de Chandler, Escuela Superior de Vuelo; en Nevada, las de Lowry, de armamentos, fotografía, información y otros servicios, y la de Nellis, para el adiestramiento superior de pilotos; en Illinois, la de Chanute, de meteorología e instrucción del material, y la de Scott, de transmisiones, y en Mississippi, la de Keeler, escuela técnica de motores, radar y guerra química.

Bases aéreas para instrucción superior.—En Alabama, las de Craig y Gunter, para la enseñanza del servicio de Estado Mayor, y la de Maxwell, en donde está la Escuela Superior de Guerra Aérea; en Ohio, la de Wright Patterson, de tecnología aeronáutica, y en Florida, la de Tyndall, Escuela táctica.

Las bases principales del gran bombardeo estratégico son, en Luisiana, la de Barksdale; en Tejas, las de Biggs y Carswell; en California, las de Castle y March; en Washington, la de Spokane; en Nebraska, la de Kearney; en Nueva Méjico, la de Walker, y en Florida, la de Mac Dill. Hay, naturalmente, más bases de esta clase, en las que se estacionan corrientemente una o dos «Alas».

La aviación metropolitana dispone, entre otras bases, de las siguientes, que son las principales: en Tejas, la de Bergstrom y la de Brooks; en California, la de Hamilton; en Washington, la de Mac Chord; en Nueva York, las de Mitchell y Stewart; en Michigan, la de Selfridge; en Virginia, la de Langley; en Carolina,

la de Pope, y en Georgia, la de Robins.

Las grandes unidades de transporte aéreo tienen sus principales bases en Andrews (Washington), Fuirfiel-Suisin (California), Kelly (Tejas), Westover (Massachusetts) y Presqu'ile (Maine).

Los mandos aéreos superiores utilizan, según los casos, algunas de las bases anteriormente citadas u otras nuevas, como las de Brookley (Alabama), Norton (California), Tinker (Oklahoma), Olmsted (Pensilvania), George (Wyoming) y Holloman (Nueva Méjico). Para pruebas de aviones se utilizan las bases de Eglin, en Florida, y de Edwards, en California, y para la de armas experimentales, la de Kirtland, en Nueva Méjico.

Tal es el cuadro resumido del despliegue aeronáutico yanqui, claro exponente de todo el enorme poderío de la Aviación americana!

LA INDUSTRIA AERONAUTICA ESPANOLA ES TOTALMENTE RECIENTE

Frente a este resumen y ante estos guarismos, cualquiera comparación con la potencia aeronáutica de otras potencias, de las «grandes» inclusive, resulta forzosamente deslucido para éstas. Lógicamente ha de parecer, en consecuencia, modesta nuestra industria aeronáutica. Pero no por ello carece de valor. En todo caso, bueno será recordar que esta industria nacional, como tanta otra actividad de nuestra economía, es fruto del propio y exclusivo esfuerzo español, porque hasta ahora, y para su desarrollo, como para el de nuestra producción en general, España no obtuvo la menor ayuda exterior, sino, al revés, el más férz bloqueo monetario nos negó divisas para ello, mientras que otras potencias que recibían dólares en abundancia—Inglaterra, por ejemplo—no dudaban en exportar a la Unión Soviética los prototipos últimos de su producción de motores de aviación.

Nuestra industria aeronáutica, en realidad, es totalmente reciente; hija también del nuevo y actual Régimen, aunque alguna producción tenga raíces más antiguas. Esta industria ha sido alentada oficialmente por nuestro actual Régimen, suministrándola, incluso, no sólo protección, sino ayuda técnica y financiera; también a través de nuestro Instituto Nacional de Industria. Aparte de otras industrias menores, como esa santanderina que produce avionetas, de la que se ha hablado últimamente, nuestras principales factorías son las siguientes:

Para la construcción de aviones nuestra principal empresa nacional dispone de factorías en Getafe, Sevilla y Cádiz. Antes de nuestra guerra de Liberación ya se fabricaban aviones en España. Nuestra industria llegó entonces a surtir la mayor parte de nuestras necesidades aeronáuticas, en verdad que a la sazón muy modestas. En 1924 surgió la fábrica de Getafe, para aviones metálicos. En Cádiz, en Puntales, se instaló, en 1926, otra factoría para construir, según la moda del tiempo, hidroaviones también metálicos. Esta incipiente industria aeronáutica



Desembarco de material y especialistas de un transporte aéreo norteamericano en la base de Talavera

nacional produjo 400 aviones Breguet XIX, el gran aparato que hizo época por entonces, construido en Getafe, y 27 aviones e hidros Vickers, más 40 «Dornier», que se hicieron en Cádiz. Este último aparato era análogo al utilizado por Franco y Ruiz de Alde en su viaje a América del Sur. De nuestras factorías salieron otros aviones famosos, como el «Jesús del Gran Poder» y el «Cuatro Vientos», con los que nuestros pilotos realizaron gloriosas proezas.

La guerra de Liberación, en vez de representar un rudo golpe para estos inicios de la fabricación aeronáutica nacional, significó un decidido impulso. La factoría de Getafe fué casi totalmente destruida y desmantelada por los rojos. Pero al terminar nuestra guerra se reconstruyó rápidamente y se amplió, comenzando la fabricación inmediatamente de cien aviones trimotores de bombardeo y de transporte. En Sevilla se instalaron nuevas factorías, que comenzaron constru-

yendo bimotores de bombardeo Heinkel 111, de los que el Gobierno español hizo el primer pedido oficial de 200 aparatos. La factoría de Cádiz recibió también pedidos, pero no ya de hidros, sino de aviones escuela, de los que, en 1951, llevaba construidos no menos de 350.

El Estado español se decidió a participar en estas empresas hace más de diez años. Se han aumentado así las instalaciones y el personal pasó, de este modo, de un salto de 400 empleados y obreros a cerca de tres mil. A su vez nuestra industria aérea comenzó a estudiar y luego a construir prototipos propios. Getafe se ha especializado en la fabricación del Alcotán; Sevilla, en estructuras y repuestos, además del C. A. S. A. 2.111, que es un bimotor de bombardeo, y Cádiz, en la producción de estabilizadores y avionetas C. A. S. A. 1.131.

Nuestra fábrica de automóvil s Hispano-Suiza, de Barcelona, cuya producción comenzó en 1906, empezó a construir motores de



Técnicos españoles dan los últimos toques a un aparato Halcon, construido en Getafe

aviación nueve años después. Estos motores se hicieron famosos en la primera guerra mundial. En 1918, al terminar ésta, se creó una empresa filial de aquella, La Hispano, cuyos talleres se instalaron en Guadalajara, para fabricar automóviles, motores y material de guerra en general, pero principalmente aeronáutico. Más tarde se liquidó esta sociedad, pasando la fabricación de automóviles a poder de una casa extranjera y quedando la producción de aviones a cargo de la original Hispano-Suiza. Hasta 1936 se fabricaron en Guadalajara los aparatos que habían sido célebres en la primera guerra mundial: Havilland, Nieuport y Hawker Fury. Los rojos terminaron con estas instalaciones, mientras que la Hispano-Suiza instalaba en Sevilla, en 1937, esto es, en plena guerra de Liberación, talleres para la reparación y construcción de aviones Fiat. En 1943 se crea, con capital privado y estatal, la Hispano Aviación, que desde entonces ha ido constantemente incrementando sus actividades. Inicialmente construyó doscientos aparatos Me-109 J. y una centena de transformación H. S. 42, así como maquinaria y herramienta.

Otra industria aeronáutica nacional fabrica hélices, así como trenes de aterrizaje, dispositivos de accionamiento hidráulico y herramientas neumáticas. Esta industria radica en Barcelona y data de hace cuatro años. También es industria esencial para nuestra producción aeronáutica la fabricación de motores para avión, que tiene por sede Barcelona igualmente, y que ha partido de la fabricación inicial de automóviles creada por Elizalde en 1908. Antes de la guerra esta empresa construía motores afamados con patentes Lorraine y Walter J-4, así como, en estrella, Dragón. Pero desde que terminó nuestra guerra ha construido motores Beta, para Ju-52 y para los aparatos españoles C. A. S. A. 202, Halcón, Tigre, Inta H-M y, por último, otros más potentes para los nuevos aparatos españoles C. A. S. A. 201, Alcotán y C. A. S. A. 207 Azor, estos últimos de 1.800 caballos de vapor, pesando estos últimos aparatos quince toneladas y siendo capaces de transportar cada uno 30 pasajeros a 2.000 kilómetros de distancia. En cuanto a las industrias del caucho, las poseemos principalmente en Barcelona (Manresa), Santander (Torrelavega) y Bilbao.

Tal es, en síntesis, nuestra industria aeronáutica, modesta desde luego, pero nueva y pujante, que ha creado ya entre nosotros el hábito de trabajo de esta fabricación, permitiendo disponer de algo inapreciable: de un cuadro inicial apto de técnicos y operarios instruidos. Por todo ello, no carece en absoluto de valor el esfuerzo propio ni deja de ser plausible nuestra autosolución, en esto como en tanta otra cosa, de nuestra industria básica, aeronáutica.

LA AVIACION DE PAZ ES SOLO PREVENTIVA

A la postre, lo que importa para poseer una fuerza aérea no es tanto contar con una abundante aviación militar en tiempo de paz

como disponer de una poderosa industria capaz de crearla. La aviación de paz es sólo preventiva, para el primer choque, y singularmente para que sirva de escuela al personal. Por eso dispone, proporcionalmente, de un número tan crecido de aviones de instrucción. Pero es sólo cuando la guerra llega cuando, lanzada a su máximo rendimiento, la industria previamente dispuesta construye, en definitiva, la flota aérea. Y ello por varias causas. En primer término, porque la aviación es un arma muy cara. Puede calcularse que los americanos, por ejemplo, gastan, por hombre del Ejército del Aire—cociente de dividir el presupuesto correspondiente por los efectivos de aquél—, cerca de medio millón de pesetas. En segundo lugar, el arma aérea se gasta pronto. Los prototipos de hoy, los modelos más avanzados del instante, mañana, no más, serán ya viejo material de desecho. Pasa en seguida este material. Se consume pronto y queda fuera de moda y superado por nuevos aviones rapidísimamente. Es cierto que los alemanes, por ejemplo, tenían al comenzar la segunda guerra mundial el mejor Ejército del Aire del momento. Es verdad que Rusia había logrado asimismo, en el camino de esta fabricación, progresos evidentes. Era tradicional también en Francia y en Inglaterra, sobre todo, la fortaleza de la aviación militar. Pero cuando la guerra mundial última se generalizó e intensificó, la primacía aerea la logró pronto la Aviación de América. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque mientras Francia alcanzaba apenas una producción de unos pocos millares de aviones al año; Rusia, 30.000; Inglaterra, 33.400, y Alemania, alrededor de 40.000, América llegaba a la cifra de los 96.400. Y todo fué así tan rápido que entre los años 1941 y 1944 esta producción aeronáutica americana se incrementó en el 1571 por 100, lográndose así, por ejemplo, que por cada avión que contaba la escuadra en 1940 pasara a tener 20 en 1944. América dispuso así de cuanta aviación precisaba para batirse en las cinco partes del mundo, al mismo tiempo que equipaba a las aviaciones aliadas. Sólo Rusia recibió más de 13.300 aparatos yanquis.

«MATERIAL, MUCHO MATERIAL Y SIEMPRE MÁS MATERIAL»

La guerra ha sufrido una total transformación a través de los tiempos. Antaño, en la antigüedad clásica, la ganaban las formaciones macizas de infantería provista de lanza, espada y escudo. Luego, en la Edad Media, la agilidad de los jinetes. Al iniciarse la Edad Moderna, el fuego comenzó a parecer cada vez más decisivo en el campo de batalla. En las guerras modernas, el fenómeno industrial, que ha repercutido tanto sobre la Humanidad en todos los órdenes, lo hizo también sobre el campo de batalla; el cañón de tiro rápido y las armas automáticas, primero; los carros, el automovilismo y la aviación, luego, lo transformaron todo. El dilema quedó planteado en la primera guerra mundial. ¿Quién gana las batallas?, se preguntaron entonces los técnicos.

¿El hombre o las armas? Los alemanes se pronunciaron por estas últimas y lanzaron esta terminante conclusión explicativa de la razón del éxito: «Material andor moral!» ¡El material, por encima y antes de la moral! La máquina antes que el hombre! Es, sin embargo, demasiado radical tal conclusión. Verdún, aun en aquella contienda, fué ganada por el hombre contra el material, en los días en que Pétain, el gran soldado francés, alentara a los suyos al grito de «¡Arriba los corazones!» Pero, sin duda, la guerra moderna no se puede hacer ya sin material. Si Napoleón pudo decir que para ganar la guerra hacían falta tres cosas: «Dinero, dinero y dinero», hoy podríamos decir igualmente—sin menosprecio, naturalmente, para el combatiente y el soldado—que para vencer hace falta «material, mucho material y siempre más material».

El material se desgasta y se consume en cantidades ingentes. Por cada soldado es menester mover, en campaña, cientos de toneladas de material de todo género: viveres, municiones, petróleo, cemento, blindajes, etc. El ejército de la producción exige así efectivos muy superiores a los del «ejército combatiente». Y sólo con el apoyo de aquél se logra éxito en el campo de batalla. La primera guerra mundial dió a estos efectos impresionantes lecciones. Para montar la ofensiva aliada en Malmaison, apenas empleando tres Cuerpos de Ejército, fué menester situar previamente 285 trenes de municiones; de ellos, 64 de granadas para la artillería de campaña, 180 de proyectiles para la artillería media, 20 para los morteros y nueve para la fusilería y las ametralladoras, más otros 200 trenes de material de fortificación. Pero la última guerra ha dejado muy atrás aquellas previsiones. Con un vagón de cartuchería apenas hay para sostener un tiro; con otro vagón de proyectiles de cañón sólo puede hacerse un tiro de contrabatería, y, en fin, otro vagón cargado de proyectiles de cañón hará falta para abrir una simple brecha de 25 metros en una somera alambrada de campaña. Cinco trenes, nada menos, precisa el transporte de material de fortificación ligera para un frente divisionario de seis kilómetros.

¡Material, más material y siempre material! ha sido el grito de guerra de ayer y será seguramente, más angustiosos todavía, el de una posible guerra mañana. Ningún país del mundo es capaz de disponer de todo el que precisa. Necesitará, en todo caso, importarlo o, al menos, importar materias primas para construirlo. Sólo que la guerra moderna no es ya de Estados, sino de coaliciones. Por tanto, aunque no es posible aspirar a la autarquía defensiva y militar, ello, a la postre, tampoco resulta ya indispensable. Cada país ayuda y es ayudado por sus amigos. De aquí la imprescindible necesidad de armonizar las economías de guerra—y, por tanto, actuar ya en plena paz—para el mejor rendimiento de las posibilidades comunes. Esta cooperación empleada incluso por la unificación de armamentos, tal como comenzó

ron haciendo, en parte, alemanes e italianos antes de la última guerra, y terminaron realizando y realizan en buena parte las potencias occidentales actualmente. Ello tiene muchas ventajas; intercambia los armamentos, se suministran éstos mejor de municiones, se dispone de los repuestos convenientes y se facilitan los servicios. Esto no excluye—no puede excluir—a los Estados de mayores posibilidades industriales de que lleven el peso de la producción del material y que de hecho regulen su fabricación, reservándose fundamentalmente la más difícil, por ejemplo, la artillería de gran potencia, los buques de mayor desplazamiento, incluso los gigantescos bombarderos. Pero la industria restante es menester distribuirla y regularla armónicamente. Todos los países son capaces de hacer algo. Y la suma de todos los sumandos es la que dará el éxito.

Pese a la enorme producción, por ejemplo, de los astilleros americanos, el Pentágono ha apoyado a algunos países amigos del Occidente, de escasa industria naval, para que construyan incluso buques pequeños de madera, porque, sin duda, serán útiles y precisos, en su día, si la guerra llegara, para servicios de patrulla, vigilancia, rastreo de minas, etcétera. La propia fabricación de municiones y armas ligeras se está fomentando en Europa occidental por los Estados Unidos.

SETECIENTOS CINCUENTA AVIONES DE REACCIÓN AL AÑO

Ha sido, indudablemente, la responsabilidad de estas consideraciones la que ha movido a nuestro Ministro del Aire—a decir de la Prensa internacional—para plantear a los técnicos yanquis la conveniencia de dar un impulso a nuestra industria aeronáutica no sólo para mejorar sus instalaciones, sino, concretamente, para fabricar piezas de recambio y repuesto, motores de reacción y aparatos de este tipo, en número, se dice, de unos 750 anuales. Algo análogo, en lo que se refiere a piezas de recambio, ha sido ya hecho con algunas industrias europeas; por ejemplo, con la Fiat italiana.

Alguien podrá pensar que, dadas las enormes disponibilidades de la industria aérea americana, semejante propósito español no resulta indispensable. Y, sin embargo, tal conclusión es un grave error. Primero porque, aun produciendo poco nuestra industria comparada con la americana, a la postre es un sumando de producción no despreciable. Como puede ser también el apoyo de otras fabricaciones europeas. En segundo lugar, y ello no es menos importante, porque la industria española de aviación está en Europa, lo que evita su producción la necesidad del transporte o través del Atlántico, siempre peligroso en caso de una guerra. Cuanto más trasiegos se eviten, por tanto, mucho mejor. Sobre disminuir así el riesgo de la pérdida prematura del material añadamos la conclusión de que al no necesitar transporte queda éste más desgestionado para otros materiales imprescindibles. Pero aun hay una tercera razón de peso.



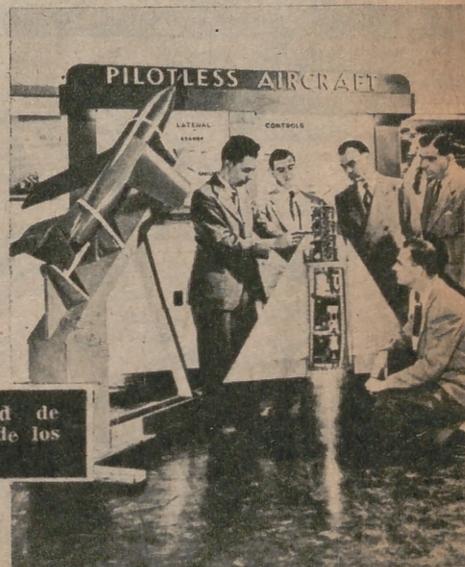
En el mapa se expresa la división aeronáutica española, que comprende cinco regiones peninsulares; una, central; otra del Estrecho; otra, levantina; otra, pirenaica, y otra, atlántica. Las banderas indican la sede de los cuarteles generales aéreos respectivos. Además de estas regiones, existen las tres zonas aéreas de Baleares, Marruecos y Canarias, incluyendo esta última el África Occidental Española.

La guerra, lo hemos dicho, desgasta mucho el material. Y, sobre todo, el aéreo. Rápidamente el uso, el deterioro por el tiempo o por el servicio, cuando no por el fuego enemigo, le avería e inutiliza con frecuencia más o menos parcialmente. Es menester repararle. Es menester reconstruir el que esté gravemente averiado. El transporte de todo este material—de aviación o no, porque nuestra afirmación es común a todo el material de guerra—a los Estados Unidos para ser reparado allí y devuelto luego significa una pérdida de tiempo, una carestía de trabajo, un recargo de transportes y, en definitiva, una reducción de rendimiento que es menester evitar. La guerra moderna ha creado, al efecto, un servicio interesantísimo y totalmente nuevo: el de la «recuperación». Se aprovecha mediante él todo el material al límite, incluso el que se toma al enemigo. Los Parques de Artillería, de Transmisiones, de Automovilismo, de Intendencia, de Sanidad y, desde luego, los de Aviación, tienen por la tarea preferente este servicio de reconstruir y entretener el material. Los aviones precisan, frecuente y regularmente, que se les cambie, por ejemplo, sus motores. Es menester reponer también su tren de aterrizaje. Arreglar las averías de su célula o de su red eléctrica. Para todo esto es menester una industria previa, muy potente, puesto que los aviones que habrá que atender serán, forzosamente, muchos. Una industria que no se puede improvisar ni por su material ni por la técnica de sus hombres. El plan de nuestro Ministro del Aire resulta así archijustificado. Dicen los informadores que el propio general Twining le ha encontrado tan sensato que se

dispone a apoyarle. El teniente general Gallarza aspi... como se ha dicho, a la construcción incluso en España de aviones de reacción, lo que idénticamente está justificado porque es os aparatos no vienen de América en vuelo como los grandes bombarderos, y esa construcción española de elegidos prototipos evitará, al menos parcialmente, el transporte marítimo, repetimos que siempre peligroso, en una guerra.

Es verdad que en Europa hay también, allá del Pirineo, industria aeronáutica. Pero la germana ha sido radicalmente desmontada—grave error!—por acuerdo de los «grandes», tras de la derrota de Alemania. Otras industrias continentales de aeronáutica han decaído mucho. Pero, sobre todo, radican en países en donde la ideología comunista está excesivamente generalizada par poder confiar demasiado en la regularidad de producción, y España, gracias a Dios, está exenta de tal peligro. ¡Lo que ciertamente tiene, a estos efectos, como en tantos otros, importancia trascendental!

HISPANUS



Estudiantes de la Universidad de Virginia aprenden los secretos de los nuevos aviones sin piloto

EL ESPAÑOL

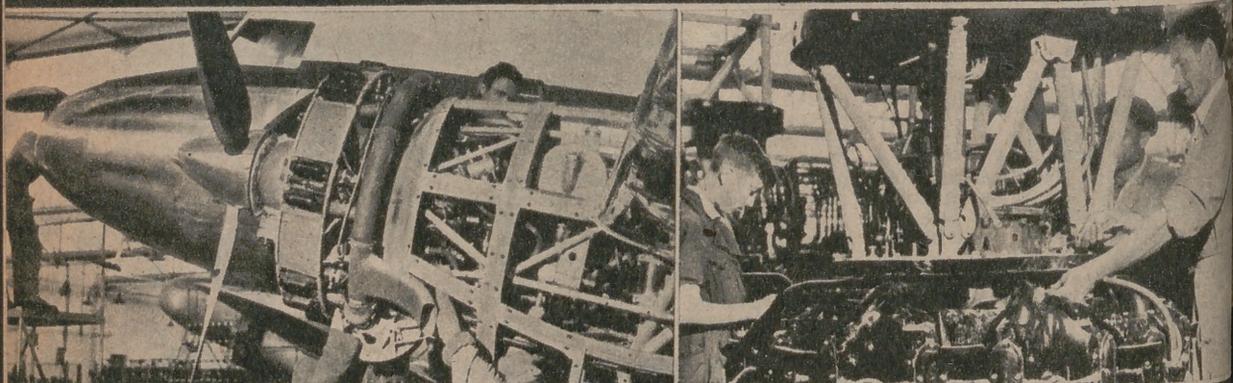
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

EL VIAJE DE GALLARZA A EE. UU.



¡MATERIAL, MUCHO MATERIAL Y SIEMPRE MAS MATERIAL!



Arriba: El Ministro español del Aire, general González Gallarza, acompañado por el jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas norteamericanas, general Twiss, pasa revista a las fuerzas que le rindieron honores a su llegada a Washington. Abajo: Estas dos fotografías del montaje de un motor aéreo fueron tomadas en las fábricas de Cetafe.

VEA LA
PAGINA 59